minotauro

# J.G. BALLARD

## EL MUNDO DE CRISTAL



Índice

Portada
Portadilla
Primera parte. Equinoccio
1. El río oscuro
2. La orquídea enjoyada
3. Un mulato en la pasarela
4. Un hombre ahogado
5. La jungla cristalizada
6. El accidente
Segunda parte. El hombre iluminado
7. Espejos y asesinos
8. La casa de verano
9. Serena
10. La máscara
11. El hotel blanco
12. Duelo con un cocodrilo
13. Zarabanda para leprosos
14. El sol prismático
Créditos

# J.G.
# BALLARD

EL MUNDO
DE CRISTAL

minotauro

De día, pájaros fantásticos volaban a través de la jungla petrificada, y cocodrilos enjoyados resplandecían como salamandras heráldicas a orillas del río cristalino.
De noche, el hombre iluminado corría entre los árboles, sus brazos como las ruedas de un carro dorado, su cabeza como una corona fantasmal...

# PRIMERA PARTE

# EQUINOCCIO

# 1

# El río oscuro

Más que nada, lo que impresionó al doctor Sanders cuando miró por primera vez hacia la desembocadura abierta del estuario del Matarre fue la oscuridad del río. Tras muchos retrasos, el pequeño vapor de pasajeros se aproximó por fin a la línea de embarcaderos, pero, aunque ya eran las diez de la mañana, la superficie del agua todavía estaba gris y mansa y se fundía con los tonos sombríos de la vegetación que se derramaba a lo largo de las orillas.

A intervalos, cuando el cielo se llenaba de nubes, el agua se volvía casi negra, como un tinte podrido. En contraste, el desorden de almacenes y pequeños hoteles que formaban Port Matarre brillaban sobre el oleaje oscuro con un fulgor fantasmal, casi parecían iluminados por faroles interiores más que por la luz del sol, como templetes de una necrópolis abandonada, construida sobre una serie de muelles en los límites de la jungla.

Durante la larga espera en la baranda de la cubierta de pasajeros, el doctor Sanders se fijó en aquella penumbra, más propia del amanecer, que lo impregnaba todo, interrumpida solo por repentinos cambios interiores de luz. El vapor llevaba dos horas anclado en el centro del estuario, haciendo sonar su mortecina sirena de vez en cuando. Sin embargo, si no fuera por la vaga sensación de incertidumbre provocada por la oscuridad de la superficie del río, aquellos pocos pasajeros habrían enloquecido de pura irritación. Aparte de una lancha militar de desembarco

francesa, no parecía que hubiera ninguna otra embarcación amarrada en los muelles. Mientras contemplaba la orilla, el doctor casi estuvo seguro de que el vapor se había detenido deliberadamente, aunque se le escapaba el motivo. El vapor era el bote que transportaba regularmente el correo desde Libreville, con su cargamento semanal de correspondencia, brandi y repuestos de coches, y no había razones aparentes que justificaran su retención, a no ser que se hubiera declarado un brote de la plaga.

Políticamente, este rincón aislado de la República de Camerún todavía se recuperaba de una intentona de golpe de Estado ocurrida diez años atrás, cuando un puñado de rebeldes se hizo fuerte en las minas de esmeraldas y diamantes de Mont Royal, ochenta kilómetros corriente arriba. A pesar de la presencia de la lancha de desembarco de la delegación militar francesa que supervisaba el adiestramiento de las tropas locales, la vida en aquel puerto anodino en la desembocadura del río parecía completamente normal. Ante la mirada curiosa de un grupo de niños, en ese momento estaban descargando un *jeep*. La gente deambulaba por los embarcaderos y por los soportales de la calle principal mientras unas cuantas canoas cargadas de latas de aceite de palma se deslizaban por las aguas oscuras en dirección al mercado nativo al oeste del puerto.

No obstante, la sensación de desasosiego persistía. Desconcertado por aquella tenue luz, el doctor volvió su atención hacia la costa, siguiendo el río, que dibujaba un suave meandro hacia el sudeste. Aquí y allá, las interrupciones en los límites de la selva señalaban el curso de un camino, pero en su conjunto la jungla se extendía en un manto uniforme de color verde oliva hacia las colinas del interior. Habitualmente, desteñidas por el sol, las copas de los árboles eran de un amarillo pálido, pero hasta casi ocho kilómetros tierra adentro se veían árboles de color verde oscuro que se elevaban en el aire gris como cipreses inmensos, sombríos e inmóviles, tocados apenas por unos débiles resplandores de luz.

Alguien, impaciente, tamborileó con los dedos en la baranda, transmitiendo su vibración de una punta a otra, y media docena de

pasajeros a cada lado de Sanders se movieron inquietos y empezaron a murmurar entre ellos, lanzando miradas hacia el timón, desde donde el capitán observaba ausente el embarcadero, sin que pareciera preocuparle el retraso.

El doctor Sanders se volvió hacia el padre Balthus, que estaba a unos pocos pasos a su izquierda.

—La luz…, ¿se ha fijado? ¿Es que se espera un eclipse? El sol parece incapaz de decidirse.

El sacerdote fumaba constantemente; sus largos dedos separaban el cigarrillo a dos centímetros de la boca después de cada inhalación. Como Sanders, no miraba hacia el embarcadero, sino hacia las laderas de la selva tierra adentro. Bajo la delicada luz, su delgado rostro de erudito parecía fatigado y esquelético. Durante los tres días de viaje desde Libreville se había mostrado muy discreto, evidentemente distraído por algún asunto privado, y solo empezó a hablar con su compañero de mesa cuando se enteró del cargo que este ejercía en la leprosería de Fort Isabelle. El médico dedujo que regresaba a su parroquia de Mont Royal después de un mes de excedencia, pero había algo demasiado artificial en aquella explicación que repitió varias veces en el mismo tono automático, distinto de su habitual tartamudeo indeciso. Aun así, Sanders era consciente del peligro de atribuir a los demás sus propios motivos ambiguos para recalar en Port Matarre.

No obstante, al principio, había sospechado que, después de todo, el padre Balthus podía no ser un sacerdote. Aquella mirada absorta y sus nerviosas manos pálidas mostraban todas las señales del impostor, quizás un novicio expulsado que aún mantenía la esperanza de encontrar algún tipo de salvación dentro de una sotana prestada. Sin embargo, era completamente auténtico, fuera cual fuera el significado del término y de sus límites. El primer oficial, el camarero y varios pasajeros lo habían reconocido, habían elogiado su regreso y en general parecían aceptar su comportamiento retraído.

—¿Un eclipse? —El padre Balthus lanzó la colilla al agua oscura. El vapor se movía ahora sobre su propia estela, y las venas de espuma se hundían en las profundidades como luminosos hilos de baba—. Creo que no, doctor. ¿Acaso no debería durar un máximo de ocho minutos?

Los repentinos destellos de luz sobre el agua se reflejaron en sus afilados pómulos y en su barbilla, mostrando durante un instante un perfil más duro. Consciente de la mirada crítica de Sanders, el padre Balthus añadió en el último momento y como para tranquilizarle:

—La luz en Port Matarre siempre es así, opaca, como si permanentemente estuviera amaneciendo... ¿Conoce el cuadro de Böcklin, llamado *La isla de los muertos*, en el que unos cipreses montan guardia sobre un acantilado perforado por una bóveda mientras una tempestad se cierne sobre el mar? Está en el Kunstmuseum, en mi nativa Basilea. —El padre Balthus se interrumpió al ver que los motores del vapor arrancaban de nuevo—. Nos movemos. Por fin.

—Gracias a Dios. Tendría que haberme avisado, Balthus.

Sanders se sacó su pitillera del bolsillo, pero el sacerdote ya tenía otro cigarrillo entre los dedos de la mano ahuecada, que había extraído con la habilidad de un prestidigitador. Balthus apuntó con el cigarrillo hacia el atracadero, donde una considerable cantidad de gendarmes y aduaneros esperaba al vapor.

—Y ahora, ¿qué tontería es esta?

El doctor miró hacia la orilla. Fueran cuales fuesen los problemas personales de Balthus, la falta de caridad del sacerdote le irritó, así que murmuró en tono seco:

—Tal vez haya algún problema de credenciales.

—No con las mías, doctor. —El padre Balthus se volvió y le lanzó una mirada perspicaz—. Y estoy seguro de que usted tiene las suyas en orden.

Los demás pasajeros se alejaron de la baranda y bajaron a recoger sus equipajes. Sanders se disculpó con una sonrisa y se dirigió hacia su camarote. Apartando al sacerdote de su mente —en media hora se separarían, y en la selva partirían por caminos diferentes hacia lo que allí les esperase—, palpó su pasaporte en el bolsillo, recordándose a sí mismo que no debía olvidárselo en el camarote. El deseo de viajar de incógnito, con todas sus ventajas, podía manifestarse de alguna manera inesperada.

Cuando el médico llegó a la escalerilla que había detrás de la chimenea, miró hacia la cubierta de popa, donde los pasajeros de tercera clase amontonaban sus bultos y sus maletas baratas. En el centro de la cubierta, tapada en parte por un toldo de lona, había una lancha grande con el casco de color rojo y amarillo, parte del cargamento destinado a Port Matarre.

Descansando en el ancho banco detrás del timón, con un brazo apoyado contra el parabrisas de cristal y cromo, un hombre pequeño y delgado, de unos cuarenta años, vestía un traje de lino blanco sobre el que se acentuaba la sombra de la barba negra que enmarcaba su rostro. El flequillo negro, peinado sobre la frente prominente, y los ojos diminutos le conferían un aspecto tenso y vigilante. Aquel hombre, Ventress —el doctor Sanders no había podido averiguar acerca de él más que su nombre—, era su compañero de camarote. Durante el viaje desde Libreville se había paseado por el vapor como un tigre enjaulado, discutiendo con los pasajeros de tercera clase y con la tripulación, mostrando bruscos cambios de temperamento, que iban desde una especie de humor irónico hasta un desinterés huraño cuando se encerraba en su camarote para contemplar por el ojo de buey el pequeño círculo de cielo vacío.

Sanders intentó hablar con él un par de veces, pero Ventress lo ignoró la mayor parte del tiempo, callándose los motivos de su viaje a Port Matarre. De todos modos, a estas alturas el doctor ya estaba acostumbrado a que lo evitaran. Justo antes de embarcar, tuvo un ligero contratiempo, más embarazoso para el resto de pasajeros que

para él mismo, sobre la elección de compañero de compartimento. La fama lo precedía (lo que para el mundo en general era fama no pasaba de ser simple popularidad personal, pensó Sanders, y no había duda de que lo contrario también era cierto), así que nadie quería compartir camarote con el subdirector del hospital para leprosos de Fort Isabelle.

Entonces Ventress dio un paso adelante. Con la maleta en la mano llamó a la puerta de Sanders, lo saludó con la cabeza y simplemente preguntó:

—¿Es contagiosa?

Tras una pausa durante la que estudió aquella figura de traje blanco y esquelético rostro barbudo —algo en él le recordó que en el mundo no faltaban los que, por sus propias razones, deseaban contagiarse de la enfermedad—, el doctor Sanders dijo:

—Como bien ha preguntado, la enfermedad es contagiosa, sí, pero son necesarios años de exposición y contacto para su transmisión. El periodo de incubación puede ser de veinte o treinta años.

—Como la muerte. Bien. —Ventress mostró una leve sonrisa y entró en el camarote. Tendió una mano huesuda y estrechó la de Sanders con firmeza; sus dedos fuertes mantuvieron el apretón del médico—. Lo que no han pensado nuestros timoratos pasajeros, doctor, es que fuera de su colonia hay simplemente otra más grande.

Más tarde, mientras contemplaba a Ventress repantingado en la lancha motora de la cubierta de popa, el médico reflexionó sobre su críptica presentación. La luz vacilante continuaba meciéndose sobre el estuario, pero ahora el traje blanco de su compañero de camarote daba la impresión de concentrar todo aquel intenso fulgor oculto, del mismo modo que la sotana del padre Balthus parecía reflejar los tonos oscuros. Los pasajeros de tercera clase se arremolinaban alrededor de la lancha motora, pero Ventress no mostraba interés

alguno por ellos ni por el muelle cada vez más cercano y sus expectantes policías y aduaneros. En cambio, miraba fijamente por la desierta borda de estribor hacia la desembocadura del río y hacia la distante selva que se perdía entre las brumas. Con sus ojillos entrecerrados, parecía como si fundiera deliberadamente las vistas que tenía frente a él con algún paisaje que habitaba dentro de su cabeza.

Sanders apenas había visto a Ventress durante el trayecto costa arriba, pero una noche en el camarote, rebuscando en la oscuridad en el interior de una maleta equivocada, notó la culata de una pistola automática de gran calibre enfundada en una sobaquera. En aquel momento, la presencia de esa arma resolvió de inmediato algunos de los enigmas que rodeaban la menuda y frágil figura de Ventress.

—Doctor... —lo llamó Ventress agitando levemente la mano, como para recordarle que soñaba despierto—. ¿Una copa antes de que cierre el bar? —Sanders quiso rechazar el ofrecimiento, pero el otro ya había dado media vuelta y cambiaba de tema—. Mire el sol, doctor, ahí está. No puede aventurarse por esta selva a ciegas.

—Intentaré no hacerlo. ¿Va a desembarcar?

—Por supuesto. Por aquí no hay prisas, doctor. Este es un paisaje sin tiempo.

Sanders lo dejó allí y se fue al camarote. Las tres maletas, una de Ventress, de brillante y cara piel de cocodrilo, y las suyas, de uso diario y bastante desgastadas, esperaban junto a la puerta. Se quitó la chaqueta, se lavó las manos en el lavabo y se las secó solo ligeramente, con la esperanza de que el penetrante perfume del jabón lo hiciera parecer menos paria a ojos de los oficiales inspectores.

Pero Sanders sabía muy bien que, a estas alturas, tras quince años en África, diez de ellos en el hospital de Fort Isabelle, cualquier oportunidad que hubiera tenido alguna vez de cambiar su propio aspecto exterior, su imagen ante el mundo en general, había desaparecido hacía mucho tiempo. El traje de algodón manchado

por el uso, claramente pequeño para sus anchos hombros, la camisa azul a rayas y la corbata negra, la cabeza robusta, el pelo canoso descuidado y la sombra de la barba en el mentón constituían señales involuntarias que evidenciaban que él era el médico de los leprosos, indicios tan inconfundibles como su propia boca, firme y marcada por las cicatrices, y su mirada crítica.

Al abrir el pasaporte, comparó la fotografía que le habían sacado ocho años atrás con la imagen que se reflejaba en el espejo. A primera vista, los dos hombres parecían distintos; el primero, de rostro serio y sincero, moralmente comprometido con los leprosos, obviamente en la cumbre de su labor médica, parecía el aplicado hermano pequeño del segundo, un distante y característico médico rural.

Sanders se miró la chaqueta descolorida y las manos callosas, a sabiendas de lo engañosa que era esa primera impresión, y de lo bien que entendía, si no sus motivos presentes, al menos los de su yo más joven, y las verdaderas razones que lo habían llevado a Fort Isabelle. Al ver la fecha de nacimiento en el pasaporte, recordó que ya había cumplido los cuarenta, y trató de imaginarse con diez años más, pero los elementos latentes que habían aparecido en su cara durante los últimos años parecían haber perdido impulso. Ventress se había referido a la selva de Matarre como un paisaje sin tiempo, y tal vez parte del atractivo de aquel lugar para Sanders residía en que allí por fin podría librarse de las cuestiones sobre motivos e identidad que se entrelazaban con su sentido del tiempo y del pasado.

El vapor estaba ahora a unos seis metros del embarcadero y, a través del ojo de buey, el doctor Sanders vio las piernas enfundadas en caqui del grupo de recibimiento. Se sacó del bolsillo un sobre ajado y extrajo de dentro una carta escrita con tinta azul pálido que casi había traspasado el fino papel. Tanto el sobre como la carta estaban marcados con el sello de un censor, y la zona donde

Sanders suponía que figuraba la dirección del remitente había sido recortada.

Mientras el vapor golpeaba contra el embarcadero, leyó la carta por última vez en el barco.

*Jueves, 5 de enero*

Mi querido Edward:

Por fin estamos aquí. Esta selva es la más hermosa de África, una casa llena de joyas. Es difícil encontrar palabras para describir esta maravilla cada mañana cuando miramos hacia las laderas, aún medio tapadas por la niebla pero relucientes como Santa Sofía, porque cada rama parece una cúpula enjoyada. De hecho, Max dice que me estoy volviendo demasiado bizantina: llevo la melena suelta hasta la cintura incluso en la clínica, y muestro una afectada expresión melancólica, aunque lo cierto es que siento alegría en mi corazón por primera vez en muchos años. A los dos nos gustaría que estuvieras aquí. La clínica es pequeña, hay una veintena de pacientes. Afortunadamente, los habitantes de estas laderas salvajes andan por la vida con una suerte de paciencia de ensueño, y consideran que nuestro trabajo con ellos es más social que terapéutico. Caminan por la selva oscura con coronas de luz en la cabeza.

Max te envía sus mejores deseos, igual que yo. Pensamos en ti a menudo.

La luz lo viste todo de zafiros y diamantes.

Con cariño,

*SUZANNE*

Mientras los tacones metálicos del grupo de inspección resonaban en la cubierta por encima de su cabeza, el doctor Sanders leyó de nuevo la última línea de la carta. De no ser por las garantías

extraoficiales pero firmes que le había proporcionado la prefectura de Libreville, no habría creído que Suzanne Clair y su marido estuvieran en Port Matarre, porque sus descripciones del bosque cercano a la clínica eran muy diferentes de esa luz sombría que cubría el río y la selva. Nadie había podido decirle dónde estaban Suzanne y Max ni el motivo de aquella repentina censura impuesta al correo que salía de la provincia. Y cuando insistió demasiado, le recordaron que las personas acusadas de cargos criminales estaban sujetas a la censura, pero en lo que concernía a Suzanne y Max Clair aquella insinuación era grotesca.

Al pensar en el menudo e inteligente microbiólogo y en su mujer, alta y de cabellera negra, de frente amplia y mirada calmada, el doctor recordó su repentina partida desde Fort Isabelle tres meses antes. La relación de Sanders con Suzanne había durado dos años, alimentada solo por su propia incapacidad para tomar una decisión. Su fracaso en el momento de comprometerse plenamente con ella le dejó claro que Suzanne se había convertido en el centro de todas sus incertidumbres en Fort Isabelle. Desde hacía algún tiempo sospechaba que las razones para servir en la leprosería no eran del todo humanitarias, y que de manera inconsciente podría sentirse más atraído de lo que imaginaba por la idea de la lepra y de lo que representaba. En su mente había identificado la sombría belleza de Suzanne con el lado oscuro de su propia psique, y su relación fue un intento de aceptarse a sí mismo y sus propios motivos ambiguos.

Pensándolo bien, Sanders descubrió que existía una explicación mucho más siniestra para que la pareja se hubiera alejado del hospital. Cuando llegó la carta de Suzanne, con su extraña y estática visión del bosque —la lepra maculoanestésica afectaba al tejido nervioso—, decidió ir tras ellos. Renunció a preguntar más sobre la carta censurada para que Suzanne no se enterase de su llegada, pidió un mes de excedencia en el hospital y partió hacia Port Matarre.

Por la descripción que Suzanne había hecho de las laderas salvajes, dedujo que la clínica estaría en algún lugar cercano a Mont

Royal, posiblemente en alguno de los asentamientos mineros propiedad de los franceses, con sus guardias de seguridad excesivamente celosos. Con todo, la actividad en el embarcadero, donde ahora media docena de soldados se movían de un lado a otro cerca de un coche aparcado del ejército, indicaba que estaba pasando algo más.

Mientras empezaba a doblar la carta de Suzanne, alisando aquel papel fino como un pétalo, se abrió de repente la puerta del camarote, golpeándole el codo. Ventress entró, le pidió disculpas y le hizo un gesto con la cabeza.

—Perdóneme, doctor. Mi maleta. —Y añadió después—: Los funcionarios de aduana están aquí.

Molesto por haber sido sorprendido leyendo la carta de nuevo, Sanders se metió el papel y el sobre en el bolsillo. Esta vez pareció que Ventress no se daba cuenta. Con una mano sujetaba el asa de la maleta y parecía prestar mucha más atención a los sonidos procedentes de la cubierta superior. No había duda de que se preguntaba qué debía hacer con la pistola. Lo que menos se esperaban todos era una revisión completa de los equipajes.

Decidido a dejar solo a Ventress para que pudiera deshacerse de la pistola lanzándola por el ojo de buey, Sanders cargó sus propias maletas.

—Bueno, adiós, doctor —le dijo Ventress sonriendo y mostrando un rostro si cabe aún más cadavérico debajo de la barba rala. Mantuvo la puerta abierta y añadió—: Ha sido muy interesante; compartir el camarote con usted ha sido un verdadero placer.

Sanders asintió.

—Y quizá también algo así como un desafío, ¿no, *monsieur* Ventress? Espero que todas sus victorias le resulten tan fáciles como esta.

—¡*Touché*, doctor! —Ventress se despidió de él y luego le hizo una seña mientras bajaba por el pasillo—. Pero con mucho gusto lo dejo con la que ríe la última..., la vieja de la guadaña, ¿eh?

Sin mirar atrás, Sanders subió la escalerilla hacia el bar, consciente de que Ventress lo observaba desde la puerta del camarote. Balthus y los demás pasajeros estaban sentados, escuchando una prolongada arenga del primer oficial, dos funcionarios de aduana y un sargento de la policía. Revisaban la lista de pasajeros, escrutando a cada uno como si buscaran a un viajero perdido.

Mientras dejaba las maletas en el suelo, Sanders oyó la siguiente frase:

—No se admite la entrada de periodistas... —Y entonces uno de los funcionarios de aduana le hizo señas.

—¿El doctor Sanders? —preguntó poniendo especial énfasis en el nombre, como si fuese un alias—. ¿De la Universidad de Libreville...? —Bajó la voz—. ¿Del Departamento de Física...? ¿Puedo ver sus papeles?

Sacó su pasaporte. A unos metros a su izquierda, el padre Balthus lo miró con interés.

—Mi nombre es Sanders, vengo de la leprosería de Fort Isabelle.

Tras disculparse por el error, los aduaneros se miraron entre ellos y le dejaron pasar, marcándole las maletas con una tiza sin molestarse en abrirlas. Instantes después bajaba por la pasarela. En el embarcadero los soldados nativos holgazaneaban alrededor del coche militar. El asiento trasero seguía vacío, presumiblemente reservado para el desaparecido físico de la Universidad de Libreville.

Mientras entregaba las maletas a un mozo con la leyenda «Hotel Europa» impresa en la gorra de plato, el doctor Sanders se dio cuenta de que la inspección del equipaje de los que se iban de Port Matarre era mucho más minuciosa. Habían reunido a un grupo de treinta o cuarenta pasajeros de tercera en el extremo más alejado del muelle, y la policía y los aduaneros los registraban uno por uno. La mayoría de los nativos llevaban sacos de dormir, y los policías los desenrollaban y rebuscaban entre el relleno.

En contraste con aquella actividad, el pueblo estaba prácticamente desierto. Los soportales a ambos lados de la calle

principal estaban vacíos, y las ventanas del hotel Europa colgaban inmóviles en el aire oscuro, las estrechas contraventanas como tapas de ataúdes. Allí, en el centro del pueblo, las desconchadas fachadas blancas hacían que la sombría luz de la selva pareciera aún más dominante. Al mirar de nuevo el río, que se retorcía adentrándose en la selva como una inmensa serpiente, Sanders tuvo la sensación de que, a excepción de algunos restos, toda la vida a su alrededor había sido engullida.

Mientras seguía al mozo por las escaleras del hotel, vio la figura vestida de negro del padre Balthus en la galería de abajo. El sacerdote caminaba apresuradamente, el pequeño maletín de viaje colgaba de una de sus manos. Pasó entre dos columnas, después cruzó la calle y desapareció entre las sombras de las arcadas de delante del hotel. Sanders lo vio de nuevo, a intervalos: el sol alumbraba su oscura figura, las columnas blancas de la galería lo enmarcaban como el obturador defectuoso de un aparato estroboscopio. Entonces, sin razón aparente, el sacerdote cruzó la calle de nuevo, el dobladillo de la sotana negra levantó una nube de polvo alrededor de sus zapatos. Su robusta cara pasó junto al doctor sin volverse, como el perfil pálido y borroso de alguien apenas vislumbrado en una pesadilla.

Sanders lo señaló con el dedo.

—¿Adónde va? —le preguntó al mozo—. El sacerdote... venía conmigo en el vapor.

—Al seminario. Los jesuitas aún están aquí.

—¿Aún? ¿Qué quiere decir?

Sanders avanzó hacia las puertas giratorias, pero en ese momento salía una joven francesa de pelo negro. Al ver su rostro reflejado en los cristales en movimiento, tuvo una visión repentina de Suzanne Clair. Aunque la joven apenas aparentaba veinte años, como poco diez menos que Suzanne, tenía las mismas caderas anchas, igual andar pausado, idénticos ojos grises y vivaces. Al cruzarse con él murmuró «*pardon*...». Luego, devolviéndole la mirada con una leve sonrisa, se dirigió hacia el camión del ejército

que salía marcha atrás de una calle lateral. El médico vio cómo se alejaba. Su delicado traje blanco y su elegancia metropolitana parecían fuera de lugar en la luz sucia de Port Matarre.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Sanders—. ¿Han encontrado un nuevo yacimiento de diamantes?

Esa explicación le hubiera dado sentido a la censura y a los registros de los aduaneros, pero algo en el estudiado encogimiento de hombros del mozo lo hizo dudar. Además, el censor habría interpretado las referencias de la carta de Suzanne a los diamantes y zafiros como una invitación abierta a repartirse la cosecha.

El recepcionista fue igualmente evasivo. Para fastidio de Sanders, insistió en explicarle la tarifa semanal, a pesar de que ya le había asegurado que partiría hacia Mont Royal al día siguiente.

—Doctor, debe comprender que no habrá ningún barco, el servicio ha sido suspendido. Le saldrá más barato si le cobro la tarifa semanal. Pero como usted desee.

—Está bien. —Sanders firmó el registro. Por precaución, dio como dirección la Universidad de Libreville. Había sido ponente de varias conferencias en la facultad de Medicina, y desde allí le reenviarían a Fort Isabelle el correo. Ese engaño podría serle útil más adelante.

—¿Y qué pasa con el ferrocarril? —le preguntó al recepcionista —. ¿O el servicio de autobuses? Tiene que haber algún transporte a Mont Royal.

—No tenemos ferrocarril. —El recepcionista chasqueó los dedos —. Ya sabe, doctor, que no es muy difícil transportar los diamantes. Quizá pueda informarse acerca del autobús.

Sanders estudió el rostro delgado y oliváceo del hombre. Sus ojos acuosos recorrieron las maletas del médico y luego la galería y el tapiz de la jungla que asomaba por encima de los tejados de enfrente. Daba la impresión de que esperaba que apareciera algo.

El médico se guardó su estilográfica.

—Dígame, ¿por qué Port Matarre parece tan oscuro? El cielo no está cubierto, y, sin embargo, apenas puede verse el sol.

El recepcionista sacudió la cabeza. Cuando habló, lo hizo más para sí mismo que dirigiéndose a su interlocutor:

—No está oscuro, doctor, son las hojas. Absorben minerales del suelo y eso hace que todo parezca siempre oscuro.

Aquella idea parecía contener algo de verdad. Desde las ventanas de su habitación, que daba a los soportales, Sanders miró hacia la selva. Los enormes árboles rodeaban el puerto como si intentaran empujarlo hacia el río. En la calle, las sombras tenían la densidad habitual, seguían los talones de las pocas personas que se aventuraban a través de las galerías, pero en la selva no había ningún tipo de contraste. Las hojas expuestas a la luz del sol eran tan oscuras como las que estaban debajo, casi como si la selva entera estuviera consumiendo toda la luz del sol, del mismo modo en que el río vaciaba al pueblo de vida y movimiento. La negrura del dosel de vegetación, el tono oliváceo de las hojas daba a la selva una sombría pesadez, destacada aún más por las motas de luz que parpadeaban en el aire.

Preocupado, el doctor casi no se dio cuenta de que llamaban a la puerta. Al abrirla se encontró a Ventress en el pasillo. Aquella figura vestida de blanco, de cráneo anguloso, parecía personificar los colores óseos del pueblo desierto.

—¿Qué quiere?

Ventress dio un paso adelante. Llevaba un sobre en la mano.

—Encontré esto en el camarote después de que se fuera, doctor. He pensado que debía traérselo.

Cogió el sobre mientras buscaba en su bolsillo la carta de Suzanne. Era evidente que se le había caído al suelo con las prisas. Metió la carta en el sobre e invitó a Ventress a entrar en la habitación.

—Se lo agradezco, no me di cuenta...

Ventress echó un vistazo a su alrededor. Desde que había desembarcado del vapor, había cambiado visiblemente. Su conducta lacónica y brusca había dado paso a una evidente inquietud. Su figura compacta, comprimida como si todos sus músculos estuvieran

en tensión permanente, contenía una intensa energía nerviosa que incomodó a Sanders. Los ojos del hombre recorrieron aquel agujero ruinoso en busca de alguna perspectiva oculta.

—¿Puedo llevarme algo a cambio, doctor? —Antes de que pudiera contestar, Ventress se acercó a la maleta más grande, apoyada en una banqueta al lado del armario. Se inclinó ligeramente, abrió los pestillos y levantó la tapa. De debajo de una bata doblada, extrajo su pistola automática. Sin darle al otro tiempo para protestar, se la metió en la chaqueta.

—¿Qué demonios...? —El doctor Sanders cruzó la habitación y cerró la tapa de la maleta—. ¡Es usted un cínico!

Ventress le mostró una leve sonrisa, pasó por su lado y se dirigió hacia la puerta. Enfadado, Sanders lo agarró por el brazo y tiró de él hasta casi levantarlo en el aire. La cara de Ventress se cerró como una trampa. Se deslizó a un lado con inusitada agilidad y se apartó de él.

Cuando Sanders volvió a echársele encima, Ventress valoró la posibilidad de usar la pistola, pero acabó por levantar una mano para calmar al médico.

—Le pido disculpas, por supuesto. Pero no tenía otra manera de hacerlo. Intente comprenderme: tenía que engañar a esos idiotas de a bordo.

—¡Tonterías! ¡Se ha aprovechado de mí!

Ventress negó con la cabeza.

—Se equivoca, Sanders. Le aseguro que no tengo ningún prejuicio hacia su particular vocación..., ni mucho menos. Créame, le entiendo, doctor…

—¡Muy bien! —dijo abriendo la puerta bruscamente—. ¡Ahora, fuera!

No obstante, Ventress se mantuvo allí inmóvil. Parecía querer decirle algo, como si fuera consciente de que había descubierto alguna debilidad personal de Sanders y tratara de disculparse. Pero entonces se encogió de hombros levemente y salió de la habitación, fastidiado por el enfado del médico.

Cuando se hubo ido, el doctor Sanders se sentó en el sillón, de espaldas a la ventana. La treta de Ventress le había molestado no solo por la suposición de que los aduaneros, para no contaminarse, evitarían tocar su maleta, sino porque el contrabando de la pistola parecía simbolizar, en términos sexuales, y aun sin ser consciente del todo, sus motivos recónditos para venir a Port Matarre en busca de Suzanne Clair. Y que Ventress, con aquel rostro cadavérico y su traje blanco, le hubiera puesto de manifiesto aquellos impulsos todavía ocultos le resultaba aún más irritante.

Comió temprano en el restaurante del hotel. Las mesas estaban casi vacías, y el único huésped a la vista era la joven francesa de cabellera morena, que estaba sentada sola, escribiendo en una libreta junto a su ensalada. De vez en cuando miraba a Sanders, que volvió a sorprenderse por su parecido con Suzanne Clair. Tal vez por su pelo negro, o por la inusual luz de Port Matarre, su rostro parecía más pálido que el que recordaba de Suzanne, como si las dos mujeres fueran primas, distintas solo por el tono un poco más oscuro de la sangre de Suzanne. Mientras miraba a la chica, casi podía ver a Suzanne a su lado, reflejada en un espejo oculto a medias en su mente.

Cuando ella se levantó de la mesa, le saludó asintiendo con la cabeza, recogió su libreta, se detuvo un instante en el vestíbulo y salió a la calle.

Después del almuerzo, Sanders comenzó a buscar algún tipo de transporte que lo llevara hasta Mont Royal. Como había afirmado el recepcionista, no había ningún tren hasta el pueblo minero. Tiempo atrás hubo un servicio de autobuses dos veces al día, pero por alguna razón se había interrumpido. En la estación, cerca de los cuarteles militares de las afueras de la ciudad, el doctor encontró cerrada la oficina de venta de billetes. Los horarios colgaban de los tableros a la luz del sol, y unos pocos nativos dormitaban en los bancos a la sombra. Pasados diez minutos, llegó un revisor con una escoba, masticando un trozo de caña de azúcar. Le preguntó cuándo se reanudaría el servicio, y el hombre se encogió de hombros.

—Quizá mañana, o pasado mañana, señor. ¿Quién sabe? El puente se ha derrumbado.

—¿Dónde está eso?

—¿Dónde? En Myanga, a diez kilómetros de Mont Royal. Es un barranco muy empinado; el puente simplemente se desplomó. Se trata de un lugar inestable, señor.

El doctor Sanders señaló hacia los cuarteles militares, donde estaban cargando media docena de camiones con suministros. A un lado, enormes rollos de alambre de espino se apilaban en el suelo junto a algunas secciones de cercas metálicas.

—Parecen bastante ocupados. ¿Cómo van a pasar?

—Están reparando el puente, señor.

—¿Con alambre de espino? —Sanders negó con la cabeza, cansado de aquella actitud evasiva—. ¿Qué está pasando exactamente allí arriba, en Mont Royal?

El revisor masticó la caña de azúcar.

—¿Que qué está pasando? —repitió en tono soñador—. No está pasando nada, señor.

El doctor se alejó y se detuvo frente a las puertas del cuartel hasta que el centinela le hizo un gesto para que se fuera. Al otro lado de la calle, la fachada de oscura vegetación se elevaba en el aire como una inmensa ola a punto de caer sobre el pueblo vacío. A unos cuarenta metros por encima de su cabeza, las grandes ramas colgaban como alas medio desplegadas, los troncos se inclinaban hacia él. Sanders estuvo tentado de cruzar la calle y acercarse a la selva, pero había algo amenazador y opresivo en aquel silencio. Dio media vuelta y se dirigió de nuevo al hotel.

Una hora más tarde, después de varias indagaciones infructuosas, llamó a la prefectura de policía que estaba cerca del puerto. La actividad en el vapor se había calmado y la mayoría de los pasajeros estaban a bordo. Un pescante estaba bajando la lancha al embarcadero.

Sanders fue directo al grano, y le enseñó la carta de Suzanne al capitán africano que estaba al cargo.

—Capitán, tal vez usted podría explicarme ¿por qué fue necesario eliminar el remite? Son amigos míos y me gustaría pasar dos semanas de vacaciones con ellos. Pero ahora parece que no hay manera de llegar a Mont Royal, y una cierta atmósfera de misterio rodea el lugar.

El capitán asintió con la cabeza, reflexionando con la carta sobre la mesa. De vez en cuando pinchaba el papel con una regla de acero, como si examinara los pétalos prensados de alguna flor rara y tal vez venenosa.

—Entiendo, doctor. Es difícil para usted.

—Pero ¿por qué han impuesto esta censura? —insistió Sanders —. ¿Hay algún tipo de disturbios políticos? ¿Existe algún grupo rebelde que se haya hecho fuerte en las minas? Naturalmente, estoy preocupado por el bienestar del doctor y de *madame* Clair.

El capitán negó con la cabeza.

—Doctor, puedo asegurarle que no hay ningún problema político en Mont Royal. De hecho, ya casi no queda nadie allí. La mayoría de los trabajadores se han marchado.

—¿Por qué? He notado lo mismo aquí. El pueblo está casi vacío.

El capitán se levantó y se acercó a la ventana. Señaló la franja oscura de la selva que se hacinaba sobre los tejados del barrio indígena más allá de los almacenes.

—La jungla, doctor, ¿la ve? Les da miedo; es siempre tan negra y opresiva... —Volvió a su escritorio y jugueteó con la regla. Sanders esperó a que el hombre se decidiera a hablar—. En confianza, puedo explicarle que hay una nueva enfermedad desconocida que afecta a las plantas, y empieza en la selva cerca de Mont Royal...

—¿Qué quiere decir? —lo interrumpió Sanders—. ¿Una enfermedad vírica, como el mosaico del tabaco?

—Sí, eso es... —El capitán asintió con vigor, a pesar de que no parecía tener mucha idea de lo que estaba hablando. No obstante, miró con calma el límite de la selva que se veía desde la ventana—. De todos modos, aunque no es algo venenoso, debemos tomar precauciones. Algunos expertos analizarán la jungla, enviarán

muestras a Libreville, y comprenda que para eso se necesita tiempo... —Le devolvió la carta de Suzanne—. Averiguaré la dirección de sus amigos. Vuelva otro día. ¿De acuerdo?

—¿Podré ir a Mont Royal? —le preguntó Sanders—. ¿El ejército no ha cerrado el acceso a la zona?

—No... —insistió el capitán—. Es usted libre. —Hizo un gesto con las manos, encerrando pequeñas parcelas de aire—. Solo unas pocas áreas, ¿sabe? No es peligroso; sus amigos estarán bien. No queremos a nadie deambulando por allí, tratando de crear problemas.

Ya en la puerta, el doctor le preguntó:

—¿Cuánto hace que ha empezado todo esto? —Señaló la ventana—. Aquí el bosque es muy oscuro.

El capitán se rascó la frente. Por un momento pareció cansado y esquivo.

—Alrededor de un año. Tal vez más. Al principio nadie le dio importancia...

# 2

# La orquídea enjoyada

Afuera, en las escaleras, el doctor Sanders vio a la joven francesa que había almorzado en el hotel. Llevaba un bolso y usaba unas gafas oscuras que no conseguían disimular la mirada inquisitiva de su rostro inteligente. Lo observó cuando pasó por su lado.

—¿Hay noticias?

Sanders se detuvo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la emergencia.

—¿Así es como llaman a esto? Tiene usted más suerte que yo. No había oído ese término.

La joven no hizo caso del comentario. Lo miró de arriba abajo, como si no supiera quién era.

—Puede llamarlo como quiera —dijo con naturalidad—. Si aún no es una emergencia, lo será pronto. —Se acercó a Sanders y le dijo en voz baja—: ¿Quiere ir a Mont Royal, doctor?

Sanders empezó a alejarse, y la joven lo siguió.

—¿Es una espía de la policía? —le preguntó Sanders—. ¿O tiene un servicio de autobuses secreto? ¿O ambas cosas, quizás?

—Nada de eso. Escuche. —Lo detuvo cuando ya habían cruzado la calle. Estaban frente a la primera de las tiendas de *souvenirs* situadas en la bajada desde los almacenes hasta los embarcaderos. Se quitó las gafas de sol y le sonrió con sinceridad—. Siento haberme metido donde no me llaman; el recepcionista del hotel me

dijo quién era usted. Yo también tengo que quedarme aquí y pensé que usted podía saber algo. Estoy en Port Matarre desde el último barco.

—Es increíble. —El doctor Sanders avanzó mirando los tenderetes llenos de adornos baratos de marfil, pequeñas estatuillas que imitaban el estilo oceánico que los artesanos nativos habían sacado de algunas revistas europeas—. Port Matarre se parece bastante al purgatorio.

—Dígame, ¿usted está aquí por algún asunto oficial? —La muchacha le tocó el brazo. Se había puesto las gafas de nuevo, como si eso le diera algún tipo de ventaja en el interrogatorio—. Dio su dirección de la Universidad de Libreville, en el registro del hotel.

—La facultad de Medicina —dijo el médico—. Para tranquilizar su curiosidad, si es que es posible, estoy aquí de vacaciones, simplemente. ¿Y qué hay de usted?

Con voz calmada, después de echarle una mirada confirmatoria a Sanders, dijo:

—Soy periodista *freelance* de una agencia que vende material a revistas ilustradas francesas.

—¿Periodista? —El doctor Sanders la miró ahora con más interés. Durante la breve conversación había evitado mirarla directamente, desconcertado en parte por sus gafas de sol, que parecían poner de relieve los extraños contrastes de luz y oscuridad de Port Matarre, y en parte por sus semejanzas con Suzanne Clair—. No me di cuenta... Disculpe si he sido brusco, pero en todo el día no he conseguido sacar nada en claro. Puede hablarme de esa emergencia... Voy a aceptar ese término para todo esto.

La joven señaló un bar en una esquina próxima.

—Vayamos allí, que es más tranquilo. He estado dándole la lata a la policía toda la semana.

Tras instalarse en una mesa apartada junto a la ventana, se presentó como Louise Peret. Aunque dispuesta a aceptar a Sanders como una especie de camarada en su conspiración, todavía llevaba puestas las gafas de sol, ocultando algo íntimo. Aquel rostro

enmascarado y su conducta atrevida le parecieron al médico tan típicos de Port Matarre como el extraño atuendo de Ventress, pero al ver el sutil acercamiento de sus manos sobre la mesa notó que ella estaba buscando algún punto de contacto.

—Esperan a un físico de la universidad —dijo—. Creo que a un tal doctor Tatlin, aunque es difícil comprobarlo desde aquí. Al principio pensé que usted podía ser Tatlin.

—¿A un físico...? No tiene sentido. Según el capitán de la policía, la zona afectada de la selva sufre una nueva enfermedad vírica. ¿Usted ha estado tratando de ir a Mont Royal toda la semana?

—No exactamente. Vine aquí con un compañero de la agencia, un norteamericano llamado Anderson. Al desembarcar, él se fue a Port Royal en un coche alquilado para sacar fotografías. Yo tenía que quedarme aquí para escribir una historia lo antes posible.

—¿Él vio algo?

—Bueno, hace cuatro días que hablé con él por teléfono, pero la línea no funcionaba bien, casi no pude oír nada. Se limitó a decir algo como que la selva estaba llena de joyas, pero seguro que estaba bromeando. —La chica hizo un gesto con las manos en el aire.

—¿Una manera de hablar?

—Exacto. Si hubiera visto un nuevo yacimiento de diamantes, me lo habría dicho tal cual. De todos modos, al día siguiente la línea telefónica se cortó, y aún la están reparando; ni siquiera la policía puede llamar.

Sanders pidió dos brandis. Aceptó un cigarrillo de Louise y miró por la ventana hacia los embarcaderos a lo largo del río. Subían los últimos bultos del cargamento a bordo del vapor, y los pasajeros se apoyaban en la barandilla o estaban sentados pacientemente encima de sus equipajes, mirando la cubierta.

—Es difícil saber si hay que tomarse en serio todo esto —dijo Sanders—. Parece evidente que está pasando algo, pero podría ser cualquier cosa.

—Entonces, ¿qué pasa con la policía y con los convoyes del ejército? ¿Y lo de los aduaneros de esta mañana?

El doctor Sanders se encogió de hombros.

—La burocracia… Si las líneas telefónicas están cortadas, probablemente ellos sepan tan poco como nosotros. Lo que no puedo entender es por qué vinieron usted y ese norteamericano. Parece que Mont Royal está incluso más muerto que Port Matarre.

—Anderson tenía una pista sobre algún tipo de problema cerca de las minas; no me explicó nada con mucho detalle porque, claro, era su historia, pero sabíamos que el ejército había enviado refuerzos. Dígame, doctor, ¿sigue decidido a ir a Mont Royal? ¿A buscar a sus amigos?

—Si puedo, sí. Tiene que haber alguna manera. Después de todo, son solo ochenta kilómetros y, en caso de apuro, podría ir caminando.

Louise se echó a reír.

—Yo no. —En ese momento una figura vestida de negro pasó por delante de la ventana en dirección al mercado—. El padre Balthus —dijo Louise—. Su misión está cerca de Mont Royal… También indagué acerca de él. Ahí tiene un compañero de viaje para usted.

—Lo dudo. —Observó al sacerdote que se alejaba de allí a paso decidido, levantando el fino rostro mientras cruzaba la calle. Caminaba con la cabeza y los hombros rígidos, pero las manos se le balanceaban con vida propia—. El padre Balthus no parece muy dado a la penitencia... Creo que tiene otros problemas en la cabeza. —Sanders, terminando su brandi, se levantó—. Sin embargo, algo es algo. Creo que voy a hablar con el bueno del padre. La veré cuando vuelva al hotel. ¿Quizá podríamos cenar juntos?

—Por supuesto. —Lo saludó con la mano mientras él salía y luego se sentó frente a la ventana con el rostro inmóvil e inexpresivo.

A unos cien metros de distancia, el médico vio al sacerdote. Balthus había llegado a las afueras del mercado indígena y se movía entre los primeros tenderetes, yendo de izquierda a derecha, como si buscara a alguien. Sanders lo siguió de lejos. El mercado estaba casi vacío y decidió observarlo durante unos minutos antes de acercarse a él. De vez en cuando, en el momento en que el padre Balthus miraba a su alrededor, el doctor le veía el rostro enjuto, la nariz fina levantada en un gesto crítico mientras miraba por encima de las cabezas de las mujeres nativas.

El médico observó los tenderetes, e hizo una pausa para examinar las estatuillas talladas y las curiosidades. La pequeña industria local había hecho pleno uso de los desechos de las minas de Mont Royal, y muchas de las tallas de madera de teca y de marfil estaban decoradas con fragmentos de calcita y fluorita recogidos de los montones de basura, ingeniosamente trabajados para formar coronas y collares en miniatura para las estatuillas. Gran parte de las figuras estaban hechas con trozos de jade y ámbar impuro. Los artesanos habían abandonado toda pretensión de recrear la imaginería cristiana y tallado ídolos acuclillados con enormes barrigas colgantes y rostros sonrientes.

Sin dejar de observar al padre Balthus, Sanders examinó una estatuilla de una deidad indígena cuyos ojos estaban tallados en cristal de fluoruro de calcio, y el mineral era fosforescente a la luz del sol. Asintió con la cabeza a la dueña del tenderete, felicitándola por la pieza. La mujer trató de aprovechar la oportunidad, le mostró una amplia sonrisa y apartó el trozo de tejido desteñido que tapaba la parte trasera del puesto.

—¡Vaya, eso es precioso! —El doctor extendió las manos para coger el adorno que había quedado al descubierto, pero la mujer se interpuso. Brillando bajo la luz del sol, se veía lo que parecía ser una inmensa orquídea cristalina tallada en un material similar al cuarzo. Habían reproducido la estructura de la flor por completo y luego la habían incrustado en una base de cristal, casi como si hubieran hecho aparecer un espécimen vivo en el centro de un gran colgante

esculpido en cristal. Las caras internas del cuarzo estaban cortadas con una habilidad destacable, de manera que una docena de imágenes de la orquídea se reflejaban unas sobre las otras, como si se vieran a través de un laberinto de prismas. Cuando Sanders movía la cabeza, una fuente continua de luz brotaba de la joya.

Se metió la mano en el bolsillo para sacar la cartera, y entonces la mujer sonrió de nuevo y apartó la tela para mostrarle varios adornos más. Al lado de la orquídea había un ramillete de hojas unidas a una ramita, talladas en un mineral traslúcido similar al jade. Cada una de las hojas había sido reproducida con una maestría exquisita, las venas formaban una pálida celosía bajo el cristal. La rama de siete hojas, en la que aparecían fielmente reproducidas las yemas en las uniones y la leve deformación del tallo, parecía más el trabajo de un joyero japonés medieval que el propio de la rudimentaria escultura africana.

Al lado de la rama había una pieza todavía más extraña, un hongo esculpido que parecía una enorme esponja enjoyada. Tanto el hongo como la ramita brillaban en una docena de imágenes reflejadas en las caras de la montura. El doctor se interpuso entre las tallas y el sol, pero la luz que había en ellos brillaba como si manara de una fuente interior.

Antes de que pudiese abrir la billetera, se oyó un grito en la distancia. Había estallado una algarada cerca de una de las paradas. Los dueños de los puestos corrían en todas direcciones, y se oyó el grito de una mujer. En el centro de la escena estaba el padre Balthus, sosteniendo algo con los brazos por encima de la cabeza, levantando la tela negra de su sotana como las alas abiertas de un pájaro vengador.

—¡Espéreme! —le gritó Sanders por encima del hombro a la dueña de la parada, pero ella ya había echado la tela y disimulado las piezas entre los montones de hojas de palma y los cestos de harina de cacao que guardaba en la trastienda.

El doctor la dejó allí y corrió a través de la multitud hacia el padre Balthus. Ahora el sacerdote estaba solo, rodeado por un

círculo de curiosos, manteniendo con las manos levantadas una escultura indígena que representaba un crucifijo. Blandiéndolo como una espada sobre su cabeza, lo movió de izquierda a derecha como si enviara señales a alguna cumbre distante. Cada pocos segundos se detenía y bajaba la talla para inspeccionarla, su rostro estaba tenso y el sudor le recorría la frente.

La estatuilla, pariente un poco más rudimentario de la orquídea enjoyada que acababa de ver Sanders, estaba tallada en una piedra de color amarillo pálido, similar al crisólito, con la figura de Cristo incrustada en una funda de cuarzo. A medida que el sacerdote balanceaba la estatuilla en el aire, agitándola en un paroxismo de ira, los cristales parecían licuarse, y la luz brotaba de ellos como de una vela ardiendo.

—¡Balthus...!

El doctor Sanders se abrió paso entre la multitud que observaba al sacerdote. Evitaban mirarlo directamente, atentos a la posible aparición de la policía, como si fueran conscientes de su propia complicidad con cualquier acto de *lesa majestad* que pudiera estar cometiendo el padre Balthus. El sacerdote no les prestaba atención y seguía balanceando la talla, luego la bajó y palpó la superficie cristalina.

—Balthus, ¿qué hace...? —empezó, pero el sacerdote lo apartó a un lado. Moviendo el crucifijo como si fuera una hélice, contempló los destellos intermitentes de luz, interesado solo en exorcizar los poderes de aquella cruz.

El propietario de un puesto gritó, y Sanders vio a lo lejos a un sargento de la policía local que se acercaba con precaución. La multitud empezó a dispersarse. Jadeando por el esfuerzo, el padre Balthus dejó caer al suelo uno de los brazos del crucifijo. Empuñándolo todavía como una espada mellada, miró la superficie mate. La funda cristalina se había desvanecido en el aire.

—¡Obsceno, obsceno...! —murmuró cuando Sanders lo cogió por el brazo y lo arrastró por entre los tenderetes. El doctor se detuvo un instante a lanzar la talla sobre la tela azul que cubría el

puesto del dueño. El eje, fabricado con algún tipo de madera pulida, estaba frío como un trozo de hielo. Sacó un billete de cinco francos del bolsillo y se lo metió en las manos al dueño del puesto, y luego empujó al padre Balthus por delante de él. El sacerdote miraba al cielo y a la selva distante más allá del mercado. En las profundidades de las grandes ramas las hojas brillaban con la misma luz intensa que había emitido aquel crucifijo.

—Balthus, ¿es que no se da cuenta? —Sanders tomó la mano del sacerdote con fuerza cuando llegaron al embarcadero. Su pálida mano estaba tan fría como el crucifijo—. Esa cruz era una especie de cumplido. No tenía nada de obsceno... Usted ha visto miles de cruces enjoyadas.

Entonces el sacerdote pareció reconocerlo. El rostro delgado miró fijamente al médico, y retiró la mano.

—¡Está claro que no lo entiende, doctor! ¡Esa cruz no estaba incrustada de joyas!

Sanders contempló al sacerdote mientras se alejaba a grandes zancadas, la cabeza y los hombros rígidos de un orgullo feroz y autosuficiente, las manos finas a la espalda, retorciéndose y sacudiéndose como serpientes nerviosas.

Ese mismo día más tarde, mientras cenaba con Louise Peret en el hotel desierto, el doctor Sanders dijo:

—No sé qué motivos mueven al buen padre Balthus, pero estoy seguro de que su obispo no los aprobaría.

—¿Cree que tal vez se ha cambiado de bando? —dijo Louise.

Sanders se rio.

—Puede que eso sea demasiado exagerado, pero sospecho que, profesionalmente hablando, él trataba de confirmar sus dudas en lugar de disiparlas. El crucifijo del mercado lo puso muy furioso... Parecía literalmente tratar de sacudirlo hasta matarlo.

—Pero ¿por qué? He visto esas tallas indígenas, son bonitas, pero en realidad no son más que adornos vulgares y corrientes.

—No, Louise. Esa es la diferencia. Como Balthus bien sabía, no son ordinarias en absoluto. Hay algo más en la luz que emiten... No he tenido la oportunidad de examinar ninguna con atención, pero esa luz parece que proviene de su interior, no del sol. Es una luz dura, intensa, la misma que podemos ver en todo Port Matarre.

—Lo sé. —La mano de Louise buscó las gafas de sol junto al plato, como si tratara de asegurarse de que tenía al alcance un talismán poderoso. A intervalos, abría las patillas y las cerraba con un gesto automático—. Cuando llegas aquí por primera vez, todo parece oscuro, pero entonces ves la selva y las estrellas que arden en las hojas. —Tocó las gafas—. Por eso siempre llevo esto, doctor.

—¿En serio? —Sanders cogió las gafas y las sostuvo en el aire. Eran las más grandes que había visto nunca, la montura tenía casi ocho centímetros de ancho—. ¿De dónde las ha sacado? Son enormes, Louise, le dividen el rostro en dos mitades.

Louise se encogió de hombros. Encendió un cigarrillo haciendo una floritura nerviosa.

—Es veintiuno de marzo, doctor, el día del equinoccio.

—¿El equinoccio? Sí, desde luego..., cuando el sol cruza el ecuador y el día y la noche tienen la misma duración... —Sanders meditó sobre aquello. Esas divisiones entre luz y oscuridad parecían invadir Port Matarre: los contrastes entre el traje blanco de Ventress y la sotana negra del padre Balthus; las sombras que llenaban las galerías blancas; e incluso sus pensamientos sobre Suzanne Clair, la sombría gemela de la joven que lo observaba desde el otro lado de la mesa con su mirada sincera.

—Por lo menos se puede elegir, doctor, que ya es algo. Ahora nada es borroso o gris. —Se inclinó hacia delante—. ¿Por qué ha venido a Port Matarre? Esos amigos, ¿realmente los está buscando?

Sanders apartó la mirada.

—Es muy difícil de explicar; yo... —Dudó de si confiar en ella, y luego, no sin esfuerzo, consiguió calmarse. Se incorporó y le tocó la mano—. Mire, mañana trataremos de alquilar un coche o una barca. Si compartimos gastos, podremos estar más tiempo en Mont Royal.

—Le acompañaré con mucho gusto. Pero ¿cree que es seguro?

—Por el momento. Pero sea lo que sea lo que cree la policía, estoy seguro de que no se trata de un virus. —Rozó la esmeralda del anillo de oro en el dedo de Louise, y añadió—: En cierta manera soy algo así como un experto en la materia.

Sin mover la mano, Louise dijo en voz baja:

—Estoy segura de eso, doctor; esta tarde he hablado con el camarero del vapor. —Y añadió—: La cocinera de mi tía es ahora una paciente de su leprosería.

El médico vaciló.

—Louise, no es *mi* leprosería. No crea que estoy tan ligado ella. Como bien ha dicho, quizá sea este el momento de elegir.

Habían acabado el café. Sanders se levantó y tomó del brazo a Louise. Puede que por su parecido con Suzanne le pareció entender sus movimientos cuando lo rozó con las caderas y los hombros, como si una intimidad muy familiar empezara a repetirse. Louise evitó mirarlo, pero mantuvo el cuerpo muy cerca de él mientras caminaron por entre las mesas.

Salieron al vestíbulo vacío. El recepcionista dormía con la cabeza apoyada en la pequeña centralita. A la izquierda, en el pasamanos de cobre amarillo de la escalera, brillaba una luz húmeda, las hojas lacias de las macetas de palma caían sobre los gastados escalones. Sin soltar el brazo de Louise y sintiendo los dedos de ella aferrados a su mano, Sanders miró hacia la entrada. Entre las sombras de los soportales, alcanzó a ver los zapatos y los pantalones de un hombre apoyado contra una columna.

—Es demasiado tarde para salir —dijo Louise.

Sanders la miró, consciente de que por una vez toda la inercia de las convenciones sexuales y su propia resistencia a involucrarse íntimamente con los demás se habían desvanecido. Además, tuvo la sensación de que el día pasado en Port Matarre y el ambiente ambivalente del pueblo desierto los colocaba de alguna manera en un punto crucial bajo las sombras blancas y negras del equinoccio. En esos momentos de equilibrio, cualquier acto era posible.

Cuando llegaron a la puerta del doctor, Louise le soltó la mano y entró en la habitación sombría. Él la siguió y cerró la puerta. Louise se volvió hacia él. La luz pálida del letrero de neón le iluminaba una mejilla y la boca. Las gafas cayeron al suelo cuando se rozaron las manos, y Sanders la estrechó con fuerza entre sus brazos, olvidándose por el momento de Suzanne Clair y de la imagen sombría de su rostro que flotaba ante sus ojos como la luz tenue de un farol.

Poco después de la medianoche, mientras dormía descansando la cabeza en un extremo de la almohada, Sanders se despertó al notar que Louise le rozaba el hombro.

—¿Louise...? —Se acercó a ella y le pasó un brazo por la cintura, pero ella le apartó la mano—. ¿Qué pasa...?

—La ventana. Ve a la ventana y mira hacia el sudeste.

—¿Qué? —A la luz de la luna y mientras ella le hacía un gesto para que cruzara la habitación, Sanders vio en su rostro una expresión seria—. Por supuesto, Louise...

Ella esperó junto a la cama mientras él cruzaba la alfombra descolorida y abría las contraventanas y las mosquiteras. El médico levantó la mirada hacia el cielo repleto de estrellas. Frente a él, a una inclinación de cuarenta y cinco grados en el firmamento, vio las constelaciones de Tauro y de Orión. Al lado de ellas, pasaba una estrella de una magnitud inmensa con una enorme corona de luz que eclipsaba a su paso las estrellas más pequeñas. Al principio Sanders no se dio cuenta de que era el satélite Echo. Su luminosidad había aumentado por lo menos diez veces, transformando el puntito de luz tenue, que durante años había horadado con fidelidad el cielo nocturno, en un astro brillante, solo empañado por la luna. Ahora era visible en todo África, desde la costa de Liberia hasta las orillas del mar Rojo, un inmenso farol aéreo encendido con la misma luz que había visto esa tarde en las flores enjoyadas.

Pensando sin demasiada convicción que tal vez el globo se desintegraba, formando una nube de aluminio como un gigantesco espejo, el doctor Sanders contempló el recorrido del satélite hacia el sudeste. A medida que la luz disminuía, en el oscuro dosel de la selva parpadearon un millón de puntos de luz. A su lado, el cuerpo pálido de Louise refulgía envuelto en diamantes, y abajo, la superficie negra del río centelleaba como el lomo de una serpiente dormida.

# 3

# Un mulato en la pasarela

En la oscuridad, las gastadas columnas de las galerías se alejaban como fantasmas pálidos hacia el límite oriental del pueblo, coronadas por el silencioso dosel de la jungla. Sanders se detuvo en la entrada del hotel y dejó que el aire de la noche le acariciase el traje arrugado. Todavía podía sentir el tenue perfume de Louise en sus manos y en su cara. Avanzó hasta la calle y miró hacia la ventana. Perturbado por la imagen del satélite, que había cruzado el cielo nocturno como un faro de advertencia, había salido de aquella habitación estrecha y de paredes altas para dar un paseo. Mientras iba por la galería hacia el río, viendo de vez en cuando la figura acurrucada de algún que otro indígena durmiendo debajo de unos cartones, pensó en Louise, con su sonrisa fácil y sus manos nerviosas y sus gafas de sol obsesivas. Por primera vez se sintió convencido de la total realidad de Port Matarre. Sus recuerdos de la leprosería y de Suzanne Clair se habían desvanecido. De algún modo, su viaje a Mont Royal había perdido sentido. En todo caso, tendría más sentido volver con Louise a Fort Isabelle y tratar de empezar allí una nueva vida sin Suzanne. No obstante, era necesario que encontrara a Suzanne Clair, cuya presencia aún flotaba sobre la selva próxima a Mont Royal como un planeta siniestro. También sentía que Louise tenía otras preocupaciones. Ella le había hablado de un pasado sin resolver, de una infancia en una de las comunidades francesas del Congo y, después, de algún tipo de

humillación ocurrida durante la rebelión contra el Gobierno central tras la independencia, cuando ella y otros periodistas fueron detenidos por la gendarmería amotinada en la provincia rebelde de Katanga. Tanto para Louise como para él mismo, Port Matarre, con aquella luz vacía, era una zona neutral, un punto muerto en el ecuador africano al que ambos habían sido empujados. Sin embargo, nada de lo que ocurriera allí, entre ellos o con cualquier otro, tendría necesariamente un valor duradero.

Al final de la calle, frente a las luces de la prefectura policial medio vacía, Sanders giró a la derecha y se dirigió a lo largo de la orilla del río hacia el mercado indígena. El barco había zarpado rumbo a Libreville, y los embarcaderos principales estaban vacíos, con la excepción de los cascos grises de cuatro lanchas de desembarco amarradas de dos en dos. Más allá del mercado estaba el puerto nativo, un laberinto de pequeños muelles y pasarelas. De noche, aquella barriada acuática formada por unas doscientas barcas y balsas estaba ocupada por los dueños de los puestos del mercado. Al lado de los timones, en precarias estufas de latón, ardían fuegos que alumbraban las cabinas bajo los techos curvos de ratán donde dormía la gente. Uno o dos hombres estaban sentados en las pasarelas de las barcas, y un pequeño grupo jugaba a los dados en el extremo del primer embarcadero, pero, por lo demás, aquel barrio flotante estaba en silencio, y la noche eclipsaba su cargamento de joyas.

El bar donde habían estado Louise y él la tarde anterior aún permanecía abierto. En el callejón frente a la entrada, dos jóvenes africanos con vaqueros azules descansaban junto a un automóvil abandonado; uno de ellos sentado en el capó y apoyado contra el parabrisas. Cuando Sanders entró en el bar, lo observaron con estudiada indiferencia.

El establecimiento se encontraba casi vacío. Al fondo, el administrador europeo de una plantación y su capataz africano hablaban con dos comerciantes mestizos del lugar. Sanders se llevó

el *whisky* a un apartado junto a la ventana y contempló el río, calculando cuándo pasaría de nuevo el satélite.

Estaba pensando otra vez en las hojas enjoyadas que había visto en el mercado por la tarde cuando alguien le tocó el hombro y murmuró:

—¿Doctor Sanders? ¿No es muy tarde para estar aún levantado?

Sanders se volvió y se encontró frente a la pequeña figura vestida de blanco de Ventress y su sonrisa irónica de siempre. Al recordar el incidente del día anterior, dijo:

—No, Ventress, es demasiado temprano. Le saco un día de ventaja.

Ventress asintió con energía, como si le alegrase que Sanders fuera por delante de él de alguna manera, aunque solo fuera verbal. A pesar de que estaba de pie, al médico le pareció que, con aquella chaqueta abotonada y tan apretada sobre su pecho estrecho, el cuerpo de Ventress había encogido.

—Eso es bueno, Sanders, muy bueno. —Ventress miró a su alrededor, a los apartados vacíos—. ¿Puedo unirme a usted un momento?

—Bueno... —No se esforzó en ser agradable. El incidente con la pistola automática le recordó la frialdad y el cálculo que había en todo lo que hacía ese hombre. Después de las recientes horas con Louise, la última persona que quería tener a su lado era Ventress y su conducta maniaca—. Usted mismo.

—Mi querido Sanders, no quiero molestarle. Me quedaré aquí de pie. —Y ajeno al hecho de que el médico casi le daba la espalda, Ventress prosiguió—: Es usted muy razonable, doctor, las noches en Port Matarre son mucho más interesantes que los días. ¿No cree?

Sanders miró a su alrededor sin saber muy bien a qué se refería Ventress. El hombre que estaba en la galería de enfrente mientras Louise y él subían por las escaleras bien podría haber sido Ventress.

—En cierto sentido...

—La astronomía, por casualidad, ¿no será una de sus aficiones? —preguntó Ventress, y se inclinó sobre la mesa con su sonrisa

burlona.

—He visto el satélite, si eso es lo que intenta averiguar —dijo Sanders—. Dígame, ¿cómo explica su repentino aumento de tamaño?

Ventress asintió con gesto pomposo.

—Una gran pregunta, doctor. Para contestarla necesitaría, me temo que literalmente, todo el tiempo del mundo.

Antes de que Sanders pudiera preguntarle por qué, se abrió la puerta y entró uno de los jóvenes africanos que estaban junto al automóvil. Intercambió una rápida mirada con Ventress y salió de nuevo.

Tras hacerle una breve reverencia al doctor, sacó su maleta de piel de cocodrilo del apartado contiguo, se detuvo un segundo antes de irse y le susurró:

—Todo el tiempo del mundo... ¡Recuérdelo, doctor!

Preguntándose qué era lo que Ventress quería ocultar con aquellos enigmas, el doctor Sanders se terminó el *whisky*. La figura blanca, maleta en mano, desapareció en la oscuridad cerca de los embarcaderos, siguiendo a los dos africanos a paso acelerado.

Sanders esperó cinco minutos para salir, suponiendo que Ventress estaría a punto de subirse a una lancha, ya fuera alquilada o robada, hacia Mont Royal. A pesar de que pronto le seguiría, se alegró de librarse de él en Port Matarre. La presencia de Ventress de alguna manera añadía un innecesario elemento aleatorio a los ya de por sí confusos patrones de las galerías y las sombras, como en una partida de ajedrez en la que ambos jugadores sospecharan que había una pieza oculta en el tablero.

Al pasar frente al automóvil abandonado, Sanders se dio cuenta de que se había iniciado una algarabía en el centro del puerto indígena. Habían apagado muchos de los fuegos. Otros estaban siendo avivados, y las llamas bailaban en las aguas revueltas por las olas que producían las lanchas surcando el río de un lado a otro. Las pasarelas aéreas que recorrían los embarcaderos se tambaleaban

bajo el peso de hombres a la carrera que se agarraban a las barandillas y hacían bruscos giros para pasar de una a otra.

Sanders se acercó hasta el borde del agua. Entonces vio la pequeña figura de Ventress corriendo en el centro de la persecución, como una araña atrapada en una tela que se desvanece. Ventress le gritaba al joven, que llevaba su maleta por la pasarela y le sacaba diez metros de ventaja. Un mulato alto, de pelo muy corto y camisa de color caqui, se aproximaba hacia ellos con un trozo de tubería a modo de porra en una mano cubierta de cicatrices. Detrás de Ventress, dos hombres con camisetas oscuras habían derribado al segundo joven y estaban golpeándolo en el suelo. Sendos machetes brillaban en las manos de los hombres, y el joven les lanzaba patadas y se retorcía en la pasarela como un pez a punto de ser destripado. Acabó cayendo sobre una barca, una larga herida asomaba en un lado de sus vaqueros. Apretándose la pierna con una mano para contener la sangre, gateó por encima de la barca hasta el embarcadero y echó a correr por entre los fardos de harina de cacao.

Ventress gritó otra vez desde la pasarela de arriba, y el joven que llevaba la maleta la levantó y esquivó al mulato que trataba de pegarle en la cabeza con la tubería. El muchacho lanzó la maleta por los aires hacia delante, pasó por debajo de la barandilla y saltó a la siguiente barca atada al embarcadero, aplastando el techo de mimbre. La cabina se derrumbó en un amasijo de mantas y bidones de gasolina volcados. Hubo un intenso destello cuando un escondite de joyas cristalinas quedó a la vista, iluminado por los fuegos de las demás barcas.

Mientras miraba las joyas brillantes reflejadas en las aguas revueltas del puerto y las filas de barcas se iban soltando de sus amarres, Sanders oyó por encima del ruido la seca detonación de un disparo. Con la pistola automática en la mano, Ventress se agachó en la pasarela y volvió a dispararle al mulato de la tubería. Mientras el mulato retrocedía por una pasarela hacia el embarcadero, Ventress miró por encima del hombro a los dos hombres que tenía

detrás, ahora inmóviles contra la barandilla, y cuyos cuerpos oscuros resultaban casi invisibles. Guardó la pistola en su funda, se sentó en el borde de la pasarela y saltó a la cubierta de una barca que había debajo.

Sin hacerle caso al dueño de la barca, un africano pequeño y de cabellos grises que trataba de recoger la cosecha de hojas enjoyadas esparcidas a su alrededor en el fondo de la embarcación, Ventress levantó un toldo que colgaba de dos caballetes. Sus dos ayudantes habían desaparecido entre las barcas del siguiente embarcadero, pero parecía que Ventress solo estaba interesado en recuperar su maleta. Uno a uno, fue levantando los toldos de todas las embarcaciones mientras apuntaba con la pistola a sus dueños. Al saltar de una barca a otra, dejaba a su paso una estela de joyas. Los tres hombres de la pasarela de arriba se reflejaban en la luz ardiente.

Ventress renunció a encontrar su maleta y se abrió paso entre la gente hasta trepar al embarcadero. En el extremo había una pequeña lancha motora amarrada a un poste. Llegó al final del muelle, soltó el cabo y subió a bordo. Durante un momento, manipuló los controles y el motor arrancó con un gemido que tapó los demás ruidos. Un segundo después, se oyó una explosión en el cajón de proa y un géiser de fuego se elevó en el aire oscuro. Ventress cayó hacia atrás contra la caña del timón y vio las llamas que ardían en las tablas de la cubierta delante del parabrisas destrozado. Cuando la lancha flotó a la deriva hacia el otro lado del embarcadero, se las arregló para recuperarse y saltar al marco de madera flotante que servía de pasarela.

Abriéndose paso entre los pocos africanos que contemplaban la escena desde la orilla, Sanders subió al embarcadero y corrió hacia Ventress. Herido por la explosión, el hombre del traje blanco no había visto la silueta pálida de un yate de crucero varado en el río a unos treinta metros del extremo del embarcadero. En el puente y de pie frente al timón, desde donde había observado la persecución a través de las pasarelas, había un hombre alto, de espaldas anchas y

vestido con un traje oscuro, cuyo fino rostro quedaba semioculto por el mástil blanco de la antena de radio. En cubierta, por debajo de él, asomaba lo que parecía el cañón de partida de un club de regatas; la luz brillaba sobre su superficie robusta. Cuando la motora incendiada empezó a ocultarse tras el extremo del embarcadero, las llamas se fueron apagando, y el yate y su ocupante se hundieron de nuevo en la oscuridad.

En el embarcadero, a mitad del camino, Sanders vio al mulato de pelo corto que saltaba desde la pasarela y caía delante de él. Había tirado la porra, y una delgada hoja de plata brillaba en su enorme mano. Se deslizó despacio por detrás de Ventress, que estaba sentado en el borde del embarcadero viendo cómo la barca flotaba ardiendo en las aguas poco profundas.

—¡Ventress! —Sanders arrancó a correr, alcanzó al mulato y con la inercia le hizo perder el equilibrio. El mulato se recuperó con la velocidad de una serpiente, se volvió y alcanzó en el pecho al doctor con un cabezazo de su cráneo rapado. Se agachó para recoger el machete; sus ojos blancos iban de Ventress al médico, una y otra vez.

A unos cien metros de la orilla, una bengala se elevó en el aire del puerto. Su luz mortecina ardió emitiendo un fulgor opaco. Empezó a sonar una sirena, y el ruido fue aumentando sobre los almacenes. Una camioneta de la policía se detuvo al pie del embarcadero; sus faros iluminaron la última de las joyas cristalinas que ahora estaban escondidas bajo los toldos. La motora en llamas se había deslizado a la deriva hasta uno de los soportes de la pasarela y había prendido fuego a la madera manchada de brea; las llamas trepaban ahora por las tablas resecas.

Sanders le lanzó una patada al mulato, y luego arrancó una tabla floja que despuntaba en el suelo del embarcadero. El mulato miró hacia el vehículo de la policía. Cogió el machete y echó a correr, evitando al médico, y, al llegar al extremo del embarcadero, se zambulló entre las barcas del otro lado.

—¿Ventress...? —Sanders se arrodilló a su lado y le sacudió las cenizas que le habían quemado la tela del traje—. ¿Puede andar? La policía está aquí.

Ventress se levantó con la mirada alerta. Detrás de la barba, su pequeña cara estaba completamente congestionada. Parecía que no tenía ni idea de lo que había pasado, y se aferró al brazo del médico como lo habría hecho un anciano.

Detrás de ellos, en el río, se oyó un rugido sordo, y el agua blanca brotó en cascada bajo la popa del yate. A medida que la embarcación se alejaba por el río, Ventress pareció recuperarse. Sin soltar el brazo de Sanders, pero guiándolo ahora, echó a correr por el embarcadero.

—¡Baje la cabeza, doctor! ¡No podemos quedarnos aquí!

Su cabeza se volvía a derecha e izquierda mientras observaba la pasarela en llamas, que se hundió en el agua partida en dos. Cuando llegaron a la orilla y pasaron por detrás de la pequeña multitud reunida en la pendiente, Ventress se volvió a Sanders:

—Muchas gracias, doctor. Lo del embarcadero me ha pillado a contrapié.

Antes de que pudiese responder, Ventress salió corriendo por entre los montones de bidones de gasolina que había en la entrada de uno de los almacenes. El médico lo siguió y lo vio desaparecer detrás del automóvil abandonado.

En el puerto, el fuego ya se había apagado. Las partes carbonizadas de la pasarela humeaban y crepitaban en el aire oscuro. La policía iba de una pasarela a otra cortando los amarres con los machetes y dejando que se hundieran en el agua mientras los dueños de los tenderetes gritaban, remaban y alejaban de allí sus barcas.

Sanders caminó de regreso al hotel, evitando las galerías. Despertados por la algarabía, los mendigos estaban ahora sentados sobre los cartones y, cuando pasó por delante, trataron de engatusarlo para que les diera algo; sus ojos brillaban entre las columnas oscuras.

Louise había regresado a su habitación. El doctor apagó la luz y se sentó en la silla junto a la ventana. Los últimos rastros del perfume de Louise se disolvieron en el aire mientras contemplaba el amanecer sobre las distantes colinas de Mont Royal, iluminando el curso sinuoso del río como si revelara un camino secreto.

# 4

# Un hombre ahogado

A la mañana siguiente, en Port Matarre, sacaron del río el cuerpo de un hombre ahogado. Poco después de las diez, el doctor Sanders y Louise Peret caminaron hacia el puerto por el mercado indígena con la esperanza de contratar a algún barquero que los transportara río arriba hasta Mont Royal. El puerto estaba casi vacío, y la mayoría de las barcas habían cruzado el río hasta los asentamientos de la orilla opuesta. Las pasarelas destrozadas asomaban en el agua como esqueletos de lagartos medio ahogados, y un par de pescadores hurgaban entre ellas.

El mercado estaba tranquilo, ya fuera como resultado del incidente de la noche anterior, ya porque la escena del padre Balthus con la cruz enjoyada había disuadido a los dueños de los tenderetes de hacer acto de presencia.

A pesar del denso brillo de la jungla por la noche, de día volvía a ser oscura y sombría, como si el follaje se recargara con el sol. La penetrante sensación de incomodidad había convencido a Sanders de la necesidad de partir hacia Mont Royal tan pronto como les fuera posible. Mientras caminaban, el doctor buscó señales del mulato y de sus dos ayudantes. Sin embargo, dado el calibre del ataque a Ventress —era indudable que el yate armado y su timonel habían tenido algún papel en el intento de asesinato—, pensó que los aspirantes a asesinos ya habrían interpuesto una distancia segura entre ellos y la policía.

Durante el corto paseo desde el hotel, Sanders casi había esperado oír el susurro de Ventress llamándolo entre las sombras de la galería, pero no había rastro de él en todo el pueblo. Por improbable que fuera, la uniforme pesadez de la luz que invadía Port Matarre convenció al médico de que la figura de traje blanco ya se había ido.

Sanders le enseñó a Louise la maraña de pasarelas destrozadas y el casco calcinado de la motora varada en las aguas poco profundas, y le describió el ataque del mulato y sus hombres.

—Tal vez trataba de robar algunas joyas de las barcas —sugirió Louise—. Es posible que simplemente estuvieran defendiéndose.

—No, era otra cosa...; el mulato perseguía realmente a Ventress. Si no se hubiera presentado la policía, ambos habríamos terminado boca abajo en el río.

—¡Qué horrible! —Louise lo cogió del brazo, como si quisiera cerciorarse de la presencia física de Sanders entre toda la incertidumbre de Port Matarre—. Pero ¿por qué iba a atacarlo nadie?

—No tengo la menor idea... ¿No averiguaste nada sobre él?

—No, te he estado siguiendo a ti la mayor parte del tiempo. Ni siquiera he visto a ese hombrecillo de la barba. Haces que parezca muy siniestro.

Sanders se rio del comentario. Le pasó el brazo por los hombros durante unos instantes mientras avanzaban y dijo:

—Mi querida Louise, tienes complejo de Barba Azul, como todas las mujeres. De hecho, Ventress no tiene nada de siniestro. Más bien al contrario; es bastante ingenuo y vulnerable...

—Como Barba Azul, supongo—Bueno, no del todo. Pero esa manera que tiene de hablar todo el tiempo con acertijos... da la impresión de que teme mostrarse tal como es. Creo que sabe algo sobre ese proceso de cristalización.

—Pero ¿por qué no te lo dijo directamente? ¿Cómo podría tener alguna relación con su propia situación?

Sanders hizo una pausa, miró las gafas de sol que Louise aún llevaba en la mano.

—¿No es así con todos nosotros, Louise? En Port Matarre se mueven a nuestras espaldas tantas sombras blancas como negras..., y solo Dios sabe por qué. Sin embargo, estoy seguro de algo: no hay un peligro real en ese proceso o Ventress me habría avisado. En todo caso, me animó a que fuera a Mont Royal.

Louise se encogió de hombros.

—Puede que le convenga tenerte allí.

—Tal vez... —Habían dejado atrás los embarcaderos principales del puerto indígena, y Sanders se detuvo a hablar con los mestizos dueños de las barcas de pesca amarradas a lo largo de la orilla. O negaban con la cabeza cuando les mencionaba Mont Royal, o tenían un aspecto que le inspiraba poca confianza.

El doctor volvió junto a Louise.

—No hay manera. De todas formas, estas barcas no nos sirven.

—¿Ese no es el transbordador? —Louise señaló la orilla a un centenar de metros, donde media docena de personas se agrupaba cerca del agua, frente a un muelle flotante. Dos hombres pertrechados con pértigas hacían avanzar una barcaza.

Cuando Louise y el doctor Sanders se acercaron, vieron que los barqueros arrastraban el cuerpo flotante de un hombre muerto.

El grupo de curiosos retrocedió cuando el cadáver, empujado por las pértigas, quedó varado en las aguas poco profundas. Tras una pausa, alguien se adelantó y lo arrastró hasta el barro húmedo. Durante unos momentos todos lo observaron; el agua turbia se le escurría de la ropa empapada y le resbalaba por las mejillas y los ojos descoloridos.

—¡Oh...! —Con un estremecimiento, Louise se dio la vuelta y retrocedió tropezando hasta la orilla del muelle. El doctor Sanders dejó que se marchara y se inclinó para inspeccionar el cuerpo. Era un europeo musculoso, de piel clara y de unos treinta años, que no parecía haber sufrido ninguna lesión física externa. A juzgar por lo descoloridos que estaban su cinturón y sus botas de cuero, podía deducirse que llevaba en el agua cuatro o cinco días, y a Sanders le extrañó que todavía no hubiera aparecido el *rigor mortis*. Las

articulaciones y los tejidos eran maleables, la piel firme y casi caliente.

Sin embargo, lo que más les llamó la atención a él y al resto del grupo que observaba la escena fue el brazo derecho del hombre. Desde el codo hasta la punta de los dedos estaba cubierto por —o, más exactamente, parecía que en él le había brotado— una masa de cristales traslúcidos, a través de la cual podía verse el contorno prismático de la mano y de los dedos en una docena de reflejos multicolores. Ese enorme guante enjoyado, como la armadura de coronación de un conquistador español, se secaba al sol, y los cristales empezaban a emitir una luz viva e intensa.

El doctor Sanders miró por encima del hombro. Alguien más se había unido al grupo. Observándolos desde lo alto del terraplén, con los encorvados hombros cubiertos por su oscura sotana, que le daba un aspecto de un ave carroñera con las alas plegadas, estaba la figura alta del padre Balthus. Miraba fijamente el brazo enjoyado del muerto. Un leve tic le agitaba la comisura de los labios, como si el sacerdote estuviera recitando inconscientemente un réquiem blasfemo por el difunto. Luego, con esfuerzo, se volvió sobre los talones y se alejó por la orilla del río hacia el pueblo.

Sanders se levantó cuando se acercó uno de los barqueros. Se abrió paso entre el círculo de curiosos y fue hasta donde estaba Louise.

—¿Es Anderson? ¿El norteamericano? Lo has reconocido.

Louise negó con la cabeza.

—Es el cámara, Matthieu. Iban juntos en el coche. —Miró a Sanders con el rostro desencajado—. Su brazo. ¿Qué le ha pasado?

El doctor la alejó del grupo que contemplaba el cadáver mientras la carne cristalina emitía aquella luz enjoyada. A unos cincuenta metros, el padre Balthus avanzaba a grandes pasos por el puerto indígena; los pescadores se apartaban a su paso. Sanders miró a su alrededor, tratando de orientarse.

—Es el momento de averiguarlo. Tenemos que conseguir una barca en algún sitio.

Louise buscó en su bolso el lápiz y la libreta.

—Edward, creo que... tengo que anotar esta historia. Me gustaría ir a Mont Royal contigo, pero con un hombre muerto ya no hay más conjeturas.

—Louise... —El doctor Sanders la sostuvo por el brazo. Intuía que el vínculo físico que había entre ellos desaparecía. Los ojos de Louise no lo miraban a él, sino al cadáver de la orilla, como si comprendiera que ya no tenía sentido ir con él a Mont Royal, y que los verdaderos motivos por los que él quería navegar río arriba, la necesidad de poner fin a todo lo que representaba Suzanne Clair, eran asunto solo de Sanders. Pero a él le costaba soltarla. Aquella relación, aunque fuera breve, le ofrecía una alternativa frente a Suzanne—. Louise, si no nos vamos esta mañana, nunca saldremos de aquí. Cuando la policía encuentre ese cuerpo, acordonará todo Mont Royal, e incluso también Port Matarre. —Dudó y luego añadió —: Ese hombre ha estado en el agua al menos durante cuatro días, puede que lo arrastrara la corriente desde Mont Royal, pero ha muerto hace apenas media hora.

—¿Qué quieres decir?

—Precisamente eso. Todavía está caliente. ¿Me entiendes cuando digo que deberíamos salir hacia Mont Royal ahora mismo? La historia que quieres está allí, y serás la primera...

Sanders se interrumpió, consciente de que su conversación estaba siendo escuchada. Caminaban por el muelle, y a su derecha, a unos quince metros de distancia, una motora avanzaba lentamente por el agua. Reconoció la lancha roja y amarilla que había transportado el vapor hasta Port Matarre. De pie frente a los mandos, con una mano ligeramente apoyada en el timón, había un hombre de aspecto disoluto, pero de rostro atractivo. Observó a Sanders con una especie de curiosidad amable, como si sopesara las ventajas e inconvenientes de abordarlo.

Sanders le hizo un gesto a Louise para que se detuviera. El timonel desconectó el encendido, y la motora se deslizó lentamente

hasta la orilla describiendo un arco. Dejó a Louise en el embarcadero y se dirigió hacia la lancha.

—Buena barca —dijo Sanders.

El hombre alto hizo un gesto de desaprobación, y luego sonrió abiertamente al médico.

—Me alegro de que lo reconozca, doctor. —Señaló a Louise Peret—. Veo que tiene usted buen ojo.

—*Mademoiselle* Peret es una colega. En estos momentos estoy más interesado en las barcas. Esta viajó conmigo en el vapor de Libreville.

—Entonces ya sabe que es una buena embarcación, como usted dice, doctor. Podría llevarle a Mont Royal en cuatro o cinco horas.

—Excelente, sin duda. —Sanders miró su reloj—. ¿Cuánto me cobrará por ese viaje, capitán…?

—Aragon. —El hombre alto se sacó de detrás de la oreja un cigarro fumado a medias y señaló con él a Louise—. ¿Por uno? ¿O por los dos?

—Doctor... —lo llamó Louise, dudando todavía—, no estoy segura.

—Por los dos —dijo dando la espalda a la joven—. Queremos partir hoy, en media hora si es posible. Y ahora, ¿cuánto?

Discutieron el precio durante unos minutos y se pusieron de acuerdo. Aragon conectó el motor y gritó:

—Los veré en el siguiente embarcadero dentro de una hora. La marea ya habrá subido para entonces, y nos llevará a mitad de trayecto.

Al mediodía metieron las maletas en el cajón de detrás del motor y zarparon en la lancha río arriba. Sanders se sentó junto a Aragon en el banco delantero, y Louise, con su melena oscura al viento, se acomodó en el de detrás. A medida que avanzaban por las aguas marrones, dibujando un rastro irisado, sintió que el silencio opresivo que llenaba Port Matarre desaparecía por primera vez desde que

llegó. Las galerías desiertas, que había mirado por última vez antes de acceder al canal principal, y la selva sombría quedaron relegadas a un segundo plano separado por el estruendo y la velocidad de la embarcación. Pasaron de largo el embarcadero de la policía. Un oficial que descansaba allí con su pelotón los vio pasar dejando una estela de espuma. El potente motor levantaba del agua la proa de la lancha, y Aragon iba inclinado hacia delante, observando la superficie para evitar cualquier tronco flotante.

Había algunas barcas alrededor. Una o dos balsas indígenas se deslizaban cerca de la vegetación que colgaba sobre la orilla. A poco más de una milla de Port Matarre, pasaron por delante de los embarcaderos privados de las plantaciones de cacao. Debajo de las grúas inmóviles descansaban las barcazas vacías y sin vigilancia. La maleza brotaba entre los raíles estrechos de las vagonetas y trepaba a los silos de almacenamiento. En el aire caliente, la selva colgaba inmóvil por todas partes y, a ojos de Sanders, la velocidad y la estela de la lancha se asemejaban al truco de un ilusionista, a una visión temblorosa a través del obturador defectuoso de una cámara de cine.

Media hora más tarde, cuando llegaron a los límites de la marea, a unos dieciséis kilómetros tierra adentro, Aragon redujo la velocidad para poder observar el agua más de cerca. Junto a ellos pasaban flotando árboles arrancados y grandes trozos de corteza. De vez en cuando se topaban con pedazos de muelles abandonados y arrancados por la corriente. El río parecía descuidado y cubierto de desperdicios, arrastraba la basura de las aldeas y pueblos desiertos.

—Es una gran lancha, capitán —elogió Sanders cuando Aragon cambió de sitio los depósitos de combustible para mantener el equilibrio de la barca.

Aragon asintió con la cabeza, haciendo virar la lancha para esquivar los restos flotantes de una cabaña.

—Es más rápida que las lanchas de la policía, doctor.

—Estoy seguro de ello. ¿Para qué la usa? ¿Contrabando de diamantes?

Aragon volvió la cabeza y clavó en el médico una mirada incisiva. A pesar de la conducta reservada de Sanders, dio la impresión de que Aragon sabía qué esperar de él. Se encogió de hombros con tristeza.

—Eso es lo que pretendía, doctor, pero ya es demasiado tarde.

—¿Por qué lo dice?

Aragon levantó la vista hacia la oscura selva que se apoderaba de toda la luz del aire. —Ya verá, doctor, llegaremos enseguida.

—¿Cuándo ha estado en Mont Royal por última vez, capitán? —preguntó Sanders mientras se volvía para mirar a Louise. Sosteniéndose el pelo a la altura de la mejilla, ella se inclinó adelante para oír la respuesta de Aragon.

—Hace cinco semanas. La policía requisó mi vieja barca.

—¿Sabe qué es lo que está pasando allí arriba? ¿Han encontrado un nuevo yacimiento?

Aragon se echó a reír, y luego puso rumbo hacia un gran pájaro blanco que estaba posado sobre un tronco en el agua. El ave levantó el vuelo sobre sus cabezas, chillando y moviendo las enormes alas como torpes remos.

—Se podría decir eso, doctor. Pero no en el sentido que le da usted. —Antes de que Sanders pudiera seguir preguntando, añadió —: En realidad no vi nada porque estaba en el río, y era de noche.

—¿Ha visto el cadáver en el puerto esta mañana?

Aragon se mantuvo en silencio durante medio minuto, y al fin respondió:

—El Dorado, el hombre de oro y joyas, con una armadura de diamantes. El final que muchos desearían, doctor.

—Quizá. Era amigo de *mademoiselle* Peret.

—¿De *mademoiselle*...? —Con una mueca, Aragon se inclinó adelante sobre el timón.

Poco después de la una y media, cuando estaban casi a medio trayecto de Mont Royal, se detuvieron en un embarcadero desierto

donde un meandro del río se adentraba hacia una plantación abandonada. Sentados en los suaves tablones sobre el agua, almorzaron pan con jamón y un poco de café. El río y la orilla estaban en total calma, y Sanders tuvo la impresión de que la zona había sido abandonada.

Quizás por eso habían dejado de conversar entre ellos. Aragon estaba sentado a un lado, contemplando la corriente de agua que pasaba frente a él. La frente pronunciada y el rostro enjuto y de pómulos prominentes le habían dado un cierto aire de pirata cuando recorrían la costa de Port Matarre, pero aquí, rodeado por todas partes de la jungla opresiva, parecía menos seguro de sí mismo; su aspecto era el de un guía forestal de gatillo fácil. Aún no tenía claro por qué Aragon había aceptado llevarlos a Mont Royal, pero Sanders adivinó que la razón que lo conducía hasta allí era tan incierta como la suya.

Louise también estaba ensimismada. Tras el almuerzo y mientras se fumaba un cigarrillo, trató de evitar la mirada de Sanders. Decidido a dejarla en paz por el momento, el doctor paseó por el embarcadero evitando las tablas rotas hasta llegar a la orilla. La selva había invadido la plantación, y los gigantescos árboles se elevaban silenciosos en filas, como un oscuro acantilado tras otro.

A lo lejos vio la casa en ruinas de la plantación; las enredaderas trepaban por las vigas de los edificios anexos. Los helechos inundaban el jardín de la casa, subiendo hasta las puertas y brotando entre los tablones del porche. Evitando aquellas tristes ruinas, Sanders paseó por una senda de piedras descoloridas alrededor del perímetro del jardín. Pasó junto a la valla de alambre de una pista de tenis cuya red estaba cubierta de musgo y enredaderas y luego llegó hasta una fuente ornamental vacía.

Se sentó en la baranda y sacó sus cigarrillos. Unos minutos más tarde, mientras miraba la casa de la plantación, se inclinó hacia delante, sobresaltado. En una de las ventanas del piso superior una mujer lo miraba fijamente. Era alta, de tez pálida, y una mantilla de

color blanco le cubría los hombros y la cabeza; las oscuras enredaderas se amontonaban en la ventana a su alrededor.

Sanders lanzó el cigarrillo al suelo y echó a correr por entre los helechos. Llegó al porche trasero, abrió de una patada la polvorienta puerta y se dirigió hacia la ancha escalera. Los zapatos se le hundieron entre las juntas de los tablones de madera en varias ocasiones, pero los escalones de mármol seguían firmes. No había un solo mueble en toda la casa, y cruzó el rellano de arriba hacia la habitación donde había visto a la mujer.

—¡Louise...!

La mujer se volvió hacia él con una sonrisa. Sostenía los restos de una vieja cortina de encaje en una mano. Sacudió ligeramente la melena y volvió a sonreír a Sanders.

—¿Te he asustado? Lo siento.

—Louise..., lo que acabas de hacer es una maldita tontería. —Sanders se dominó con esfuerzo; la impresión de que había reconocido a alguien en aquella mujer se había desvanecido—. ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí arriba?

Louise se paseó por la habitación, mirando las marcas dejadas por los cuadros que ya no estaban, como si visitara una galería fantasmal.

—Caminando, claro. —Se volvió hacia él, con los ojos entrecerrados—. ¿Qué te pasa? ¿Te he recordado a alguien?

Sanders se acercó a ella.

—Puede que sí. Louise, todo esto ya es bastante difícil sin tus bromas.

—No ha sido una broma. —Lo cogió del brazo, y ahora ya sin un atisbo de su sonrisa irónica, añadió—: Edward, lo siento, no tendría que haber...

—No importa. —Sanders apoyó la cabeza de ella en su hombro, y el contacto físico con Louise hizo que se recuperara—. Por el amor de Dios, Louise. Todo esto se acabará cuando lleguemos a Mont Royal... Antes no tenía ninguna opción.

—Por supuesto. —Ella lo apartó de la ventana—. Aragon podría vernos.

La cortina de encaje, la mantilla blanca que había visto desde la fuente seca del jardín, yacía en el suelo a sus pies. Cuando Louise se arrodilló sobre ella sin soltarle las manos, Sanders negó con la cabeza. Luego, de una patada, arrojó la cortina a un rincón.

Más tarde, de camino a la lancha, Aragon los encontró en mitad del embarcadero.

—Deberíamos irnos, doctor —dijo—. Aquí la lancha está expuesta, a veces patrullan por el río.

—Por supuesto. ¿Cuántos soldados hay en la zona de Mont Royal? —preguntó Sanders.

—Cuatrocientos o quinientos. Puede que más.

—¿Un batallón? Son muchos hombres, capitán. —Le ofreció un cigarrillo a Aragon mientras Louise caminaba por delante—. ¿Vio anoche el incidente en el puerto indígena?

—No, me enteré esta mañana... Las barcas del mercado siempre se incendian.

—Tal vez. Atacaron a un hombre que conozco, un europeo llamado Ventress. —Levantó la vista hacia Aragon—. Había un gran yate con un cañón en la cubierta... ¿Es posible que lo haya visto usted en el río?

La expresión de Aragon no reveló nada. Solo se encogió de hombros ligeramente.

—Podría pertenecer a una de las compañías mineras. No conozco a ese tal Ventress —dijo y, casi inmediatamente, añadió—: Recuerde, doctor, en Mont Royal hay muchos interesados en impedir que alguien entre en la selva... o que salga de ella.

—Ya veo. Por cierto, el hombre que se ha ahogado en el puerto esta mañana..., cuando lo vio usted, ¿iba en una balsa, por casualidad?

Aragon inhaló con calma el humo de su cigarrillo y miró a Sanders con un cierto respeto.

—Una buena suposición, doctor.

—Y en cuanto a la armadura de luz, ¿estaba cubierto de cristales de la cabeza a los pies?

Aragon le sonrió con una mueca, revelando un colmillo de oro al que dio golpecitos con la uña del dedo índice.

—«Cubierto»... no sé si es la palabra adecuada. Mi diente es todo de oro, doctor.

—Entiendo. —Sanders contempló el agua marrón que pasaba por delante de los tablones pulidos del embarcadero. Louise lo saludó con la mano desde su asiento, pero él estaba demasiado ocupado para responderle—. Mire, capitán, me pregunto si ese hombre, que se llamaba Matthieu, estaba muerto, en el sentido absoluto del término, cuando usted lo vio. Si las aguas revueltas del puerto lo arrojaron fuera de la balsa, a la que quizá pudo agarrarse con una mano... Eso explicaría muchas cosas. Podría tener consecuencias muy importantes. ¿Ve lo que le quiero decir?

Aragon siguió fumándose el cigarrillo, mirando los cocodrilos que asomaban en las aguas poco profundas de la orilla opuesta. Luego arrojó el cigarrillo a medio fumar al agua.

—Creo que deberíamos partir ya hacia Mont Royal. Por aquí el ejército no es muy inteligente.

—Tienen otras cosas en qué pensar, pero es muy posible que tenga razón. *Mademoiselle* Peret piensa que hay un físico de camino hacia aquí. Si es así, debería poder impedir otros accidentes trágicos.

Justo antes de partir, Aragon se volvió hacia Sanders y dijo:

—Me pregunto, doctor, por qué está usted tan ansioso por llegar a Mont Royal.

El comentario parecía una disculpa por las sospechas anteriores, pero Sanders se encontró riéndose a la defensiva. Encogiéndose de hombros, respondió:

—Dos amigos míos íntimos están en la zona afectada, igual que el colega norteamericano de Louise y, por supuesto, estamos preocupados por ellos. La tentación automática del ejército será acordonar toda la zona y esperar a ver qué pasa. Ayer cargaban

alambre de espino y vallas en el cuartel de Port Matarre. Para cualquier persona atrapada dentro del cordón podría ser como quedar congelado en el interior de un glaciar.

# 5

# La jungla cristalizada

A ocho kilómetros de Mont Royal, el río se estrechaba hasta medir poco más de noventa metros de anchura. Aragon redujo la velocidad de la embarcación a unos pocos nudos, y la condujo entre las islas de basura que flotaban alrededor, evitando las enredaderas que colgaban sobre el agua desde ambas orillas. Inclinado hacia delante, Sanders observaba con atención la jungla, pero los grandes árboles seguían oscuros e inmóviles.

Llegaron a un tramo más abierto, donde la maleza de la orilla derecha se abría en un pequeño claro. Cuando el doctor señalaba un conjunto de dependencias abandonadas, se oyó un tremendo estruendo en la vegetación por encima de ellos, como si hubiera arrancado un gigantesco motor en las ramas más altas, y un momento después un helicóptero se elevó por encima de los árboles.

Tras desaparecer de su vista, el ruido continuó reverberando en el follaje. Los pocos pájaros que habitaban alrededor salieron volando hacia la oscuridad de la jungla, y los cocodrilos se sumergieron lentamente en el agua salpicada de cortezas de árbol. Cuando volvió a aparecer el helicóptero, a quinientos metros por delante de ellos, Aragon aminoró la velocidad y condujo la lancha hacia la orilla, pero Sanders sacudió la cabeza.

—También podríamos continuar adelante, capitán. No podemos seguir a pie a través de la jungla. Cuanto más lejos lleguemos río

arriba, mejor.

Mientras avanzaban por el centro del canal, el helicóptero siguió volando en círculos, subiendo a veces hasta una altura de doscientos cincuenta o trescientos metros para tener una mejor perspectiva del río, y otras descendiendo hasta que las ruedas casi tocaban el agua, a unos cincuenta metros por delante de ellos. De repente se elevó y describió un amplio círculo sobre la selva.

A la vuelta del siguiente meandro, donde el río se ensanchaba en un pequeño puerto, encontraron una barrera de pontones que cruzaba el canal de una orilla a la otra. A la derecha, a lo largo de los embarcaderos, estaban los almacenes, con carteles de los nombres de las compañías mineras. Había dos lanchas de desembarco y varias embarcaciones militares amarradas, y los soldados nativos estaban descargando equipos y bidones de combustible. Más allá, en un claro, habían establecido un campamento militar bastante grande. Filas de tiendas de campaña se extendían entre los árboles, ocultas en parte por tiras de musgo gris. Había grandes montones de vallas de metal, y un escuadrón de hombres pintaba señales negras con pintura fosforescente.

A mitad de la barrera de pontones, un sargento francés los llamó por un megáfono eléctrico, señalando el embarcadero.

—¡*À droite! ¡À droite*! —Un grupo de soldados apoyados en sus rifles esperaba en el muelle.

Aragon vaciló, haciendo virar la embarcación en una espiral lenta.

—¿Y ahora qué, doctor?

Sanders se encogió de hombros.

—Habrá que hacerles caso. No tiene sentido tratar de escapar. Si quiero encontrar a los Clair, y si Louise quiere su historia, tendremos que amoldarnos a lo que diga el ejército.

Se aproximaron al embarcadero entre las dos lanchas de desembarco, y Aragon les lanzó el cabo de amarre a los soldados que aguardaban allí. Mientras subían a la cubierta de madera, el sargento del megáfono se acercó caminando por los pontones.

—Ha llegado rápido, doctor. El helicóptero apenas ha podido alcanzarlo. —Señaló una pequeña pista de aterrizaje en el campamento cerca de los almacenes. El helicóptero estaba aterrizando con estruendo, levantando una enorme polvareda.

—¿Usted sabía que veníamos? Pensé que la línea telefónica estaba cortada.

—Correcto. Pero tenemos una radio, doctor. —El sargento le sonrió con amabilidad. Su buen humor, tan poco característico de los militares en sus relaciones con los civiles, le sugirió a Sanders que tal vez los sucesos de la selva cercana eran la causa de que los soldados estuvieran contentos de encontrarse con más personas, fueran vestidas de uniforme o no.

El sargento saludó a Louise y a Aragon, y consultó un trozo de papel.

—¿*Mademoiselle* Peret? ¿*Monsieur* Aragon? ¿Quieren seguirme? El capitán Radek quisiera hablar con usted, doctor.

—Por supuesto. Dígame, sargento, si tienen una radio, ¿cómo es que la policía de Port Matarre no tiene ni idea de lo que está pasando?

—¿Qué es lo que está pasando? Doctor, esa es una pregunta que mucha gente trata de responder en este momento. En cuanto a la policía de Port Matarre, le contamos solo lo que nos conviene. No queremos que corran rumores, ya sabe.

Se dirigieron hacia un gran hangar metálico que hacía de cuartel general del batallón. Sanders se volvió a mirar el río. A lo largo de la barrera del canal, dos soldados jóvenes iban de un lado a otro con grandes cazamariposas en las manos, pescando metódicamente en el agua que pasaba a través de la red de alambre que colgaba de los pontones. Al otro lado del embarcadero había más embarcaciones anfibias amarradas, con sus tripulaciones sentadas y listas. Las dos lanchas de desembarco estaban tan cargadas que la línea de flotación casi se hundía en el agua; llevaban enormes cajas y fardos, una selección aleatoria de efectos domésticos —neveras, ventiladores y demás— y archivadores y artículos de oficina.

Cuando llegaron al borde de la pista de aterrizaje, el doctor Sanders vio que la pista principal era un tramo de la carretera de Port Matarre a Mont Royal. A un kilómetro y medio el tramo estaba cerrado por filas de bidones de doscientos litros pintados a rayas blancas y negras. Más allá de ese punto, la selva se inclinaba en una pendiente hacia arriba, dando paso a las colinas azules de la zona minera. Más abajo, junto al río, los blancos tejados del pueblo brillaban entre la jungla bajo la luz del sol.

Había dos monoplanos militares aparcados fuera de la pista. Los rotores del helicóptero se detuvieron y se inclinaron hacia abajo sobre las cabezas de un grupo de cuatro o cinco civiles que salieron de la cabina con paso vacilante. Cuando llegó a la puerta del hangar, Sanders reconoció la figura vestida de negro que caminaba por el suelo polvoriento.

—¡Edward! —Louise le aferró el brazo—. ¿Quién es ese de ahí?

—El sacerdote. Balthus. —Sanders se volvió hacia el sargento, que abría la puerta—. ¿Qué está haciendo aquí?

El sargento se detuvo un momento y lo miró.

—Su parroquia está aquí, doctor. Cerca de la aldea. ¿Cree que deberíamos dejarlo entrar?

—Por supuesto. —Sanders se tranquilizó. La fuerte reacción a la llegada del sacerdote le hizo darse cuenta de lo mucho que se identificaba ya con la selva. Señaló a los civiles, que todavía tenían dificultades para caminar por tierra firme—. ¿Y los demás?

—Expertos en agricultura. Llegaron a Port Matarre esta mañana en hidroavión.

—Suena como una operación importante. ¿Ha visto la selva, sargento?

El sargento levantó la mano.

—El capitán Radek se lo explicará, doctor. —Condujo a Sanders por un pasillo, abrió una puerta que daba a una pequeña sala de espera y les hizo señas a Louise y a Aragon—. *Mademoiselle*, póngase cómoda, por favor. Haré que le traigan un poco de café.

—Pero, sargento, tengo que... —Louise empezó a protestar, pero Sanders le puso una mano en el hombro.

—Louise, lo mejor es que esperes aquí. Averiguaré todo lo que pueda.

Aragon se despidió del médico con la mano.

—Hasta luego, doctor. Vigilaré sus maletas.

El capitán Radek esperaba a Sanders en su despacho. Doctor del Cuerpo Médico del Ejército, estaba claramente contento de encontrar a otro médico en la zona.

—Siéntese, es un placer verle. Ante todo, y para que pueda tranquilizarse, permítame decirle que dentro de media hora saldrá de la zona un grupo de inspección, y lo he arreglado para que vayamos con ellos.

—Gracias, capitán. ¿Y *mademoiselle* Peret? Ella...

—Lo siento, doctor, pero eso no será posible. —Radek apoyó las palmas de las manos en el escritorio de metal, como si tratara de arrancarle algún tipo de solución a su dura superficie. Alto y delgado, de mirada un tanto débil, parecía ansioso por llegar a un entendimiento personal con Sanders; la presión de los acontecimientos lo obligaba a prescindir de los preliminares habituales en una amistad—. Por el momento, me temo que mantendremos fuera a los periodistas. No es una decisión mía, pero estoy seguro de que usted me entenderá. Quizá debería añadir que hay una serie de cuestiones que no puedo confiarle, como nuestras operaciones en el área, los planes de evacuación y demás, pero seré lo más franco posible. Esta mañana el profesor Tatlin ha volado directamente hasta aquí desde Libreville. En este momento se encuentra en la zona de inspección, y estoy seguro de que se alegrará de contar con su opinión.

—Estaré encantado de dársela —dijo Sanders—. Aunque no es exactamente mi especialidad.

Radek hizo un gesto lánguido con la mano, y la dejó caer de nuevo sobre la mesa. En voz baja, por deferencia hacia los sentimientos que pudiera tener Sanders, explicó:

—Quién sabe, doctor, me parece que, en cierto modo, entre su especialidad y lo que está ocurriendo aquí existe una gran similitud, una cosa es el lado oscuro de la otra. Pienso en las escamas plateadas de la lepra que le dan nombre a la enfermedad. —Se enderezó—. Ahora, dígame, ¿ha visto alguno de los objetos cristalizados?

—Algunas flores y hojas. —Decidió no mencionar al muerto de esa mañana. Por muy sincero y agradable que pareciera aquel joven médico militar, la prioridad de Sanders era llegar a la jungla. Si sospechaban de él alguna remota complicidad con la muerte de Matthieu, bien podría verse implicado en una investigación militar interminable—. El mercado nativo está lleno de ellas. Las venden como curiosidades.

Radek asintió.

—Ocurre desde hace algún tiempo..., casi un año, de hecho. Primero fueron joyas de fantasía, y luego pequeñas tallas y objetos sagrados. Recientemente, ha habido aquí mucho ajetreo: los nativos llevaban tallas baratas a la zona activa, las dejaban allí toda la noche y a la mañana siguiente iban a recogerlas. Desafortunadamente, algunos objetos, las joyas en particular, tendían a disolverse.

—¿El movimiento rápido? —preguntó el doctor Sanders—. Me di cuenta de eso. Un efecto curioso, la descarga de la luz. Desconcertante para algunos de quienes las adquirían.

Radek sonrió.

—La bisutería no importa, pero algunos de los mineros nativos han usado la misma técnica en los pequeños diamantes que extraían de contrabando. Como usted sabe, las minas de diamantes de aquí no producen grandes piedras preciosas, y es normal que la gente se sorprendiera cuando esas enormes piedras empezaron a llegar al mercado. Los precios de las acciones de la Bolsa de París subieron a

alturas fantásticas. Así es como empezó todo. Enviaron a un hombre a investigar y acabó en el fondo del río.

—¿Había intereses creados?

—Todavía los hay. Nosotros no somos los únicos que tratamos de poner un poco de orden. Las minas de aquí nunca han sido particularmente rentables. —Radek parecía a punto de revelar algo, pero entonces cambió de idea, tal vez consciente de la conducta retraída de Sanders—. Bueno, en confianza, creo que puedo decirle que esta no es la única zona afectada del mundo. En este momento existen por lo menos dos lugares más: uno en los Everglades de Florida y otro en las marismas de Prípiat, en la Unión Soviética. Naturalmente, ambas zonas están siendo intensamente investigadas.

—¿Entonces se comprende el efecto? —preguntó Sanders.

Radek negó con la cabeza.

—No, en absoluto. El equipo soviético está bajo la dirección de Lysenko. Y, como puede imaginar, está haciendo perder el tiempo a los rusos. Cree que la causa es una serie de mutaciones no hereditarias y, como hay un aparente aumento de peso en los tejidos, también cree que se podrían aumentar los cultivos. —Radek se rio con cansancio—. Me gustaría ver a alguno de esos rusos robustos tratando de masticar un trozo de este cristal.

—¿Cuál es la teoría de Tatlin?

—En general, está de acuerdo con los expertos norteamericanos. He podido hablar con él esta mañana, en la zona. —Radek abrió un cajón, sacó algo y lo dejó encima del escritorio para que Sanders lo viera. Parecía cuero cristalizado, y emitía una luz suave—. Esto es un trozo de corteza; suelo enseñárselo a las visitas.

El doctor Sanders lo empujó hasta el otro lado de la mesa.

—Gracias, pero anoche vi el satélite.

Radek asintió con la cabeza. Atrajo la corteza con una regla, la dejó caer en el cajón y lo cerró, claramente aliviado de no tenerla ya a la vista. Se frotó los dedos.

—¿El satélite? Sí, un espectáculo impresionante. Venus tiene ahora dos focos. Bueno, no solo dos. Aparentemente, en el Observatorio de Mount Hubble, de Estados Unidos, ¡han visto galaxias distantes eflorescentes! —Radek hizo una pausa, y añadió —: Tatlin cree que ese efecto Hubble, como lo llaman ellos, se parece más a un cáncer que a cualquier otra cosa, y que es igual de incurable. Una proliferación de la identidad subatómica de la materia. Es como si la refracción a través de un prisma produjera una secuencia de imágenes desplazadas aunque idénticas de un mismo objeto, pero con el elemento tiempo sustituyendo a la función de la luz.

Llamaron a la puerta. El sargento se asomó por el quicio.

—El grupo de inspección está listo para partir, señor.

—Bien. —Radek se levantó y cogió su gorra de la percha—. Vayamos a echar un vistazo, doctor. Creo que se quedará impresionado.

Cinco minutos después, el grupo de visitantes, una docena en total, partió en una de las lanchas anfibias. El padre Balthus no estaba entre ellos, y Sanders supuso que se habría ido a su parroquia por la carretera. Sin embargo, cuando le preguntó a Radek por qué no se dirigían a Mont Royal por la carretera, el capitán le dijo que estaba cerrada. En respuesta a una petición del médico, el capitán había dado la orden de que se usara el teléfono de campaña para comunicarse con la clínica donde trabajaban Suzanne y Max Clair. El propietario de una mina cercana, un norteamericano de origen sueco llamado Thorensen, les diría que Sanders estaba de camino, y con suerte Max estaría esperándolo en el embarcadero para cuando llegaran.

Radek no sabía nada del paradero de Anderson.

—Sin embargo —le explicó a Louise antes de embarcar—, incluso nosotros hemos tenido dificultades para sacar fotografías; los cristales parecen nieve húmeda, y en París todavía son escépticos,

así que puede que aún esté por ahí en alguna parte, esperando conseguir una foto convincente.

Cuando se sentó junto al conductor en la proa de la lancha anfibia, Sanders se despidió de Louise Peret saludándola con la mano. Ella lo observaba desde el embarcadero, al otro lado de la barrera de pontones. Él le había prometido volver a buscarla con Max después de visitar el área afectada, pero, aun así, Louise había intentado que fueran todos.

—Edward, espera hasta que pueda ir contigo; es demasiado peligroso para ti.

—Querida mía, estoy en buenas manos, el capitán velará por que todo salga bien.

—No hay peligro, *mademoiselle* Peret —le aseguró Radek—. Se lo traeré de vuelta.

—No quise decir... —Louise abrazó a Sanders a toda prisa y regresó de nuevo a la motora, donde Aragon estaba sentado y conversando con dos soldados. La presencia de la barrera parecía dividir la selva en dos sectores, y un punto más allá se entraba en un mundo donde las leyes normales del universo físico no servían. El estado de ánimo del grupo era bajo, los funcionarios y los expertos franceses iban sentados juntos a popa, como para poner la mayor distancia posible entre ellos y lo que fuera contra lo que iban a enfrentarse.

Avanzaron durante diez minutos con las verdes paredes de la selva deslizándose a ambos lados. Se encontraron un convoy de barcazas arrastradas por una lancha de desembarco. Todas iban atestadas de carga, las cubiertas y los techos de las cabinas repletos de enseres domésticos de todo tipo, cochecitos de bebé y colchones, lavadoras y hatillos de lino, de modo que solo quedaban unos pocos centímetros de espacio libre en las embarcaciones. Niños franceses y belgas de rostros serios viajaban encima de la carga con sus equipajes en las rodillas. Al pasar, sus padres miraron inexpresivamente al doctor y a sus acompañantes.

Pasó la última lancha, arrastrada por las aguas agitadas. Sanders se volvió para verla.

—¿Están evacuando el pueblo? —le preguntó a Radek.

—Ya estaba medio vacío cuando llegamos. Las zonas afectadas cambian de lugar; es demasiado peligroso quedarse.

Tras doblar un meandro donde el río se ensanchaba, ya cerca de Mont Royal, vieron un brillo rosáceo en las aguas, como si reflejaran un ocaso lejano o las llamas de un incendio silencioso. No obstante, el cielo seguía mostrando un límpido color azul. Pasaron por debajo de un pequeño puente, donde el río se abría en una amplia cuenca de unos cuatrocientos metros de diámetro.

Ahogando un grito de sorpresa, todos se inclinaron hacia delante para poder ver mejor la línea de la selva frente a los edificios blancos del pueblo. En el ancho arco de árboles suspendidos sobre las aguas parecían brillar miríadas de prismas, los troncos y las ramas enfundados en bandas de luz amarilla y carmesí parecían sangrar sobre la superficie del agua, como si la escena fuera reproducida por un proceso de tecnicolor demasiado saturado. La orilla opuesta brillaba en aquel caleidoscopio borroso; las bandas de color superpuestas aumentaban la densidad de la vegetación, por lo que era imposible ver más allá de unos pocos metros entre la línea de troncos.

El cielo estaba despejado e inmóvil, y la luz del sol brillaba ininterrumpidamente en aquella orilla magnética, pero de vez en cuando un revuelo de viento cruzaba el agua y la escena estallaba en cascadas de colores que ondulaban en el aire alrededor del grupo. Entonces el resplandor se apagaba paulatinamente, y las imágenes de los árboles reaparecían, cada uno enfundado en su armadura de luz, y el follaje refulgía como si estuviera cargado de joyas derretidas.

Tan asombrado como los demás hombres a bordo de la lancha, Sanders se agarró a la borda. La luz cristalina le salpicaba la cara y las ropas, transformando el tejido pálido en un resplandeciente palimpsesto de colores.

La embarcación describió un amplio arco hacia el embarcadero, donde había un grupo de lanchas cargadas con pertrechos, y pasaron a unos veinte metros de los árboles. Haces de luz coloreada les tiñeron las ropas, transformándolos por un instante en una tripulación de arlequines. Aquello provocó unas cuantas risas, más por alivio que por diversión. Entonces, varios dedos señalaron hacia la línea de la costa, y vieron que el proceso no solo había afectado a la vegetación.

En la orilla del río emergían astillas de dos o tres metros de largo, aparentemente de agua cristalizada. Las facetas angulosas emitían una luz azul y prismática, salpicadas por la estela que levantaba la lancha. Las astillas crecían en el agua como cristales en una solución química, reuniendo cada vez más materia, de modo que a lo largo de la ribera crecía una masa espesa de lanzas romboidales como las puntas de un arrecife, lo suficientemente afiladas como para hendir el casco de la embarcación.

A bordo de la lancha estalló un alboroto de especulaciones, durante el cual únicamente el doctor y Radek se mantuvieron en silencio. El capitán observaba los árboles que sobresalían, incrustados en la red transparente en la que se reflejaba la luz del sol mostrando un arcoíris de colores primarios. Sin lugar a dudas, los árboles aún estaban vivos, con las ramas y las hojas llenas de savia. Sanders pensó en la carta de Suzanne Clair. Ella había escrito que la selva era «una casa llena de joyas». Por alguna razón, ahora le preocupaba menos encontrar una explicación científica al fenómeno que acababa de ver. La belleza del espectáculo le había despertado la memoria, y mil imágenes de su niñez, olvidadas durante casi cuarenta años, invadieron su mente, recordándole el mundo paradisiaco en el que todo parecía iluminado por la luz prismática que Wordsworth describe con tanta exactitud en sus recuerdos de infancia. La orilla mágica frente a él parecía brillar como aquella breve primavera.

—Doctor Sanders —Radek le tocó el brazo—, debemos bajar.

—Por supuesto. —Sanders se recompuso. Los primeros pasajeros desembarcaban por la pasarela de popa.

Mientras avanzaba por entre los asientos, el doctor se sobresaltó. Señaló a un hombre barbudo vestido con un traje blanco que cruzaba la pasarela.

—¡No! ¡Ventress!

—¿Doctor? —Radek lo alcanzó y lo miró a los ojos buscando el impacto de la selva—. ¿Está usted bien?

—No del todo. —Sanders se rehízo—. Yo… Me ha parecido que había reconocido a alguien. —Vio a Ventress, que evitaba a los funcionarios y echaba a andar por el embarcadero, la cabeza angulosa tensa sobre los hombros. Llevaba el traje cubierto de leves motas multicolores, como si la luz de la jungla hubiera contaminado el tejido y empezara el proceso. Sin mirar atrás, se metió entre dos almacenes y desapareció tras los sacos de harina de cacao.

Sanders se lo quedó mirando, sin saber si había visto a Ventress de verdad. ¿Aquella figura vestida de blanco podría haber sido una alucinación producida por la selva prismática? Parecía imposible que Ventress hubiera subido a la embarcación de manera subrepticia, ni aun haciéndose pasar por uno de los expertos en agricultura, aunque el médico había estado tan distraído por la perspectiva de ver por primera vez el área afectada que no se había molestado en mirar de cerca a sus compañeros de viaje.

—¿Quiere descansar, doctor? —le preguntó Radek—. Podemos hacer una pausa.

—Si usted quiere... —Se detuvieron junto a una baliza metálica. Sanders se sentó encima, todavía pensando en la figura esquiva de Ventress y en lo que significaba. Una vez más, tuvo la sensación de confusión que había generado la extraña luz de Port Matarre, de alguna manera simbolizada en Ventress y su cadavérico rostro. Sin embargo, por mucho que Ventress pareciera reflejar la resplandeciente penumbra de aquel pueblo, Sanders estaba seguro de que aquí, en Mont Royal, aquel hombre vestido con traje blanco alcanzaría de verdad sus propósitos.

—Capitán Radek, no he sido del todo sincero con usted —le dijo Sanders sin pensarlo.

—¿Doctor? —Radek le miró, asintió despacio, como si ya supiera lo que le diría Sanders.

—No me malinterprete. —Sanders señaló la selva que refulgía al otro lado del agua—. Me alegro de que esté aquí, Radek. Antes solo pensaba en mí mismo. Tuve que dejar Fort Isabelle...

—Lo comprendo, doctor. —Radek le tocó el brazo—. Ahora tenemos que seguir al grupo. —Mientras caminaban por el embarcadero, Radek dijo en voz baja—: Fuera de esta jungla todo parece polarizado, ¿no?, dividido en blanco y negro. Espere a llegar a los árboles; allí tal vez las cosas se reconcilien para usted.

# 6

# El accidente

El grupo se dividió en otros más pequeños, cada uno acompañado por dos suboficiales. Avanzaron hasta dejar atrás la fila de automóviles y camionetas que habían utilizado los últimos ciudadanos europeos para llevar sus pertrechos hasta el embarcadero. Las familias de los técnicos mineros franceses y belgas esperaban su turno pacientemente, apremiadas por la policía militar. Las calles de Mont Royal estaban desiertas, parecía como si toda la población nativa se hubiera desvanecido en la selva hacía mucho tiempo. Las casas yacían vacías a la luz del sol, las persianas cerradas cubrían las ventanas, y los soldados iban de un lado a otro más allá de las tiendas y los bancos cerrados. Las calles laterales estaban llenas de coches abandonados, lo que indicaba que el río era la única vía de escape del pueblo.

Mientras avanzaban hacia el puesto de control y la selva relucía a doscientos metros a su izquierda, un gran Chrysler con el parachoques abollado se acercó por la calle y se detuvo frente a ellos. De dentro se bajó un hombre alto y rubio; la chaqueta azul cruzada desabrochada. Reconoció a Radek y lo saludó con la mano.

—Ese es Thorensen —explicó Radek—. El propietario de una de las minas. Parece que no ha podido ponerse en contacto con sus amigos. Pero puede que traiga noticias.

El hombre alto apoyó una mano en el techo del coche y examinó los tejados de alrededor. Llevaba abierto el cuello de la

camisa blanca, y se rascó la nuca con gesto aburrido. Aunque de cuerpo robusto, había algo de debilidad y codicia en su cara carnosa.

—¡Radek! —gritó—. ¡No tengo todo el día! ¿Es ese Sanders? —Hizo un gesto con la cabeza hacia el doctor—. Escuche, los he buscado. Están en el hospital de la misión, cerca del antiguo hotel Bourbon. Él y su esposa tenían que venir aquí. Hace diez minutos él me ha llamado por teléfono y me ha dicho que su mujer se había ido a alguna parte, y que tenía que ir a buscarla.

—¿Que se había ido a alguna parte? —repitió el doctor Sanders —. ¿Qué significa eso?

—¿Cómo voy a saberlo? —Thorensen se subió a su coche, obligándose a encajar su enorme cuerpo en el asiento como si cargara un saco de harina—. De todos modos, él me dijo que estarían aquí a las seis en punto. ¿De acuerdo, Radek?

—Gracias, Thorensen. Estaremos aquí entonces.

Thorensen saludó con la cabeza, y dio marcha atrás cruzando la calle y levantando una nube de polvo. Luego arrancó a toda velocidad, casi llevándose por delante a un soldado que pasaba.

—Un diamante en bruto —comentó Sanders—. Si es que aquí puedo utilizar ese término. ¿Cree usted que ha hablado con los Clair?

Radek se encogió de hombros.

—Probablemente. Thorensen no es precisamente muy fiable, pero me debía un pequeño favor por unos medicamentos. Un hombre difícil, siempre metido en sus asuntos. Pero nos ha sido muy útil. Los demás propietarios de las minas se han marchado, pero él todavía mantiene aquí su yate.

Sanders miró alrededor, recordando el ataque a Ventress en el embarcadero de Port Matarre.

—¿Un yate de crucero grande? ¿Con un cañón ornamental?

—¿Ornamental? Eso no suena a Thorensen. —Radek se rio—. No recuerdo cómo es su barco... ¿Por qué me lo pregunta?

—Creo que lo he visto antes. ¿Qué hacemos ahora?

—Nada. El hotel Bourbon está a unos cinco kilómetros de aquí, es una antigua ruina. Si vamos allí, no regresaremos a tiempo.

—Qué extraño que Suzanne Clair se haya ido de esa manera.

—Tal vez tenía que visitar a algún paciente. ¿Cree que tiene que ver con que haya llegado usted aquí?

—Espero que no... —Sanders se abrochó la chaqueta—. También podríamos echarle un vistazo a la selva hasta que llegue Max.

Siguieron al grupo de visitantes por la primera calle lateral. Caminaron hacia la selva, que se extendía a ambos lados de la carretera a cuatrocientos metros de distancia. La vegetación era escasa, la hierba crecía en racimos en el suelo arenoso. En el claro donde habían instalado un laboratorio móvil sobre un remolque, un pelotón de soldados cortaba muestras de esquejes de los árboles, fragmentos de cristal de colores, que colocaban en una tabla sobre dos caballetes. El grueso de la jungla rodeaba el perímetro este del pueblo, cortando la carretera a Port Matarre y al sur.

Divididos en grupos de dos o de tres, cruzaron el límite y se adentraron entre los helechos cristalinos que brotaban del suelo quebradizo. La superficie de arena parecía curiosamente dura y requemada, había pequeñas espuelas de arena fundida que sobresalían de la corteza recién formada.

A pocos metros del remolque, dos técnicos hacían girar varias ramas cristalizadas dentro de una centrifugadora. Las astillas de luz saltaban fuera del recipiente y desaparecían en el aire entre continuos destellos luminosos. Dentro de la valla perimetral de la zona de inspección, todos los soldados y los funcionarios se habían detenido para observar. Cuando la centrifugadora se detuvo, los técnicos miraron dentro del recipiente, donde solo quedaban unas pocas ramas lacias, blanquecinas y húmedas, adheridas al fondo y desprovistas de sus envolturas. En silencio, uno de los técnicos les mostró a Sanders y a Radek la vasija que había debajo, vacía.

A unos veinte metros de la selva había un helicóptero listo para despegar. Las pesadas palas giraban como guadañas caídas,

arrancando llamaradas de luz de la agitada floresta. Despegó de un brusco bandazo y con esfuerzo, inclinándose de lado en el aire, y luego avanzó despacio sobre la cubierta de vegetación. Los soldados y el grupo de visitantes se detuvieron a observar la intensa luz que manaba de las palas como un fuego de San Telmo. Luego, con un rugido áspero como el gruñido de un animal herido, se deslizó hacia atrás por el aire y se precipitó de cola hacia la cúpula de la floresta, treinta metros más allá, con sus dos tripulantes visibles en la cabina. Las sirenas de los coches militares de la zona de inspección empezaron a sonar, y los vehículos arrancaron hacia la selva a toda velocidad mientras el helicóptero se perdía de vista.

Cuando avanzaban por la carretera, Sanders oyó el impacto del helicóptero contra el suelo. Un resplandor de luz intermitente estalló entre los árboles. La carretera los condujo hasta el lugar del accidente; por el trayecto, vieron unas pocas casas al final de caminos vacíos.

—¡Las palas se han cristalizado al acercarse a los árboles! —gritó Radek mientras cruzaban la valla perimetral—. He visto cómo se derretían los cristales. Espero que los pilotos estén a salvo.

Un sargento les cerró el paso, reteniendo a Sanders y a los demás civiles que se agrupaban junto a la valla. Radek le gritó al sargento para que dejara pasar al médico, y luego reunió a media docena de hombres. Los soldados avanzaron por delante de Radek y el doctor, deteniéndose cada veinte metros para mirar entre los árboles.

Pronto estuvieron rodeados por la selva; habían entrado en un mundo encantado. Los árboles a su alrededor estaban cubiertos de un espeso entramado de musgo cristalino. El aire era mucho más frío, como si todo estuviera revestido de hielo, y un continuo destello de luz cruzaba por la cúpula de vegetación.

El proceso de cristalización había avanzado más. Las vallas a lo largo de la carretera estaban tan densamente incrustadas que

formaban una empalizada continua, una capa de escarcha blanca de al menos quince centímetros de espesor. Las pocas casas que había entre los árboles brillaban como pasteles de boda; sus tejados y chimeneas blancos, transformados en exóticos minaretes y cúpulas barrocas. En un jardín de espuelas de cristal verde, el triciclo de un niño resplandecía como una joya de Fabergé; las ruedas parecían brillantes coronas de jaspe.

Los soldados seguían avanzando por delante de Sanders, pero Radek se había quedado atrás, cojeaba, se había detenido y palpaba las suelas de sus botas. Ahora el doctor comprendió por qué habían cerrado la carretera a Port Matarre. La superficie de la calzada era una alfombra de agujas, espuelas de cristal y cuarzo de diez o quince centímetros que reflejaban las luces de colores de las hojas. Las espuelas le desgarraban los zapatos a Sanders, obligándolo a moverse con cuidado a lo largo del límite.

—¡Sanders! ¡Vuelva, doctor! —Los ecos de la voz frágil de Radek le llegaron como un grito en una gruta subterránea, pero el médico continuó dando traspiés por la senda, siguiendo los intrincados patrones que giraban y se expandían por encima de su cabeza como mandalas enjoyados.

Tras él rugió un motor: el Chrysler de Thorensen en la carretera, de repente, atravesando la superficie cristalina con sus gruesos neumáticos. El automóvil se detuvo veinte metros más adelante, y el conductor bajó. Con un grito saludó a Sanders, que ahora estaba en medio de la carretera, convertida en un túnel de luz amarilla y púrpura formado por una bóveda de árboles.

—¡Vuelva! ¡Viene otra ola! —Muy nervioso, Thorensen miró a su alrededor, como si buscara a alguien, y echó a correr detrás de los soldados.

El doctor Sanders se detuvo junto al Chrysler. Se había operado un cambio importante en la selva, como si empezara a caer la oscuridad de la noche. Por todas partes, la capa de escarcha que envolvía los árboles y la vegetación se había vuelto más oscura y opaca. El suelo de cristal bajo sus pies era ahora más denso y gris, y

las agujas parecían puntas de basalto. La brillante panoplia de luces de colores se había desvanecido y un tenue resplandor ambarino flotaba entre los árboles, que cubrían el suelo de lentejuelas. Al mismo tiempo, la temperatura había descendido considerablemente. Se alejó del automóvil y regresó por la carretera mientras Radek seguía gritándole apenas sin voz, pero el aire frío le bloqueó el camino al doctor como un muro helado. Se levantó el cuello del traje tropical y retrocedió hacia el coche, pensando que quizá debería refugiarse en su interior. El frío aumentó, le entumeció el rostro y se notó las manos frágiles y descarnadas. En algún lugar se oyó el grito apagado de Thorensen, y Sanders vio a un soldado que corría a toda velocidad entre los árboles grises y congelados.

A la derecha de la carretera la oscuridad envolvía la selva, enmascarando el contorno de los árboles, y entonces se extendió de repente por la pista. Al doctor Sanders le dolieron y escocieron los ojos, y se los frotó para quitarse los cristales de hielo que se le habían formado sobre las órbitas. Cuando se le aclaró la vista, se dio cuenta de que todo a su alrededor acumulaba una densa escarcha que aceleraba el proceso de cristalización. Los espolones de la calzada, de más de cuarenta centímetros de altura, se asemejaban a las espinas de un puercoespín gigante, y las celosías de musgo que pendían de los árboles eran más gruesas y trasparentes, de modo que los troncos parecían encogidos en su interior como delgadas columnas moteadas. Las hojas se entrelazaban formando un mosaico ininterrumpido.

Las ventanillas del coche estaban cubiertas por una escarcha espesa.

El doctor Sanders asió el tirador de la portezuela, pero el frío intenso le aguijoneó los dedos.

—¡Venga! ¡Por aquí!

La voz resonó en el camino de entrada de una casa a sus espaldas. Tratando de ver entre la oscuridad, Sanders volvió la cabeza y vio la figura robusta de Thorensen, que le hacía señas desde el pórtico de una mansión cercana. El césped que los

separaba parecía parte de una zona menos sombría, la hierba conservaba su brillo líquido, como si ese enclave se hubiera conservado intacto, como una isla en el ojo de un huracán.

Sanders corrió por el sendero hacia el edificio. Allí el aire era al menos diez grados más caliente. Al llegar al porche buscó a Thorensen, pero el propietario de las minas había escapado de nuevo a la selva. Sin saber si debía seguirle o no, vio el muro de oscuridad que se acercaba lentamente a través del césped, cubriendo con su manto la vegetación reluciente. En la entrada de la senda, el Chrysler estaba ahora incrustado de una densa capa de cristales congelados, el parabrisas había florecido con miles de cristales de flor de lis.

Avanzando deprisa alrededor de la casa, mientras la zona de seguridad se alejaba por la selva, Sanders cruzó los restos de un antiguo huerto donde plantas de cristal verde como esculturas exquisitas se elevaban hasta la cintura. Esperó mientras la zona vacilaba y se movía, y trató de mantenerse en el centro del foco.

Durante la hora siguiente avanzó a trompicones por entre la vegetación, perdido, yendo de un lado a otro, evitando los muros de oscuridad. Había entrado en una caverna subterránea sin fin, donde rocas enjoyadas surgían de la oscuridad fantasmal como enormes plantas marinas, y el polvo de cristal se adhería a la hierba formando fuentes blancas. Cruzó a un lado y a otro de la carretera en varias ocasiones. Las espuelas de cristal casi le llegaban ahora a la cintura, y se vio obligado a pisar los tallos quebradizos para poder seguir avanzando.

Una vez, mientras descansaba apoyado contra el tronco bifurcado de un roble, un inmenso pájaro multicolor surgió de una rama por encima de su cabeza y echó a volar con un chillido salvaje; de sus alas rojas y amarillas brotaron aureolas de luz en cascada.

Por fin, la tormenta amainó y una pálida luz se filtró a través de las copas de cristal de colores. La selva era de nuevo un enorme arcoíris, la luz iridiscente brillaba alrededor de Sanders intensamente. Avanzó por una senda angosta que serpenteaba hacia

una mansión colonial, un enorme pabellón barroco que se elevaba en una colina en medio de la jungla. Transformada por la escarcha, parecía un fragmento intacto de Versalles o de Fontainebleau; columnas y frisos se derramaban por el amplio tejado como fuentes esculpidas.

La senda se estrechó, evitando la pendiente que conducía hacia la casona, pero la costra endurecida y lisa como cuarzo derretido ofrecía una superficie más accesible que las púas de cristal del césped. Cincuenta metros más adelante, Sanders se encontró con lo que sin lugar a dudas era un enjoyado bote de remos enclavado sólidamente en la senda; la amarra se unía a la valla como un collar de lapislázuli. Se dio cuenta de que estaba caminando por un pequeño afluente del río, y una fina corriente de agua discurría todavía por debajo de la costra. Aquel vestigio de movimiento evitaba de alguna manera que hubieran proliferado allí las formas afiladas como en el resto del suelo de la selva.

Cuando se detuvo junto a la barca, rozando los cristales a lo largo de sus lados, un enorme cuadrúpedo medio incrustado en la superficie se tambaleó hacia delante a través de la costra, una maraña de cristales le cubría el hocico y el lomo, estremeciéndose como una coraza traslúcida. Sus fauces mordían el aire en el silencio mientras se esforzaba en desplazar las patas, sin poder moverse más que unos pocos centímetros en el hueco que formaba su propio volumen, que ahora empezaba a llenarse con un hilillo de agua. Iluminado por el resplandor que brotaba de su propio cuerpo, el cocodrilo parecía una bestia heráldica fabulosa. Sus ojos ciegos se habían convertido en inmensos rubíes cristalinos. Se movió hacia él de nuevo, y el doctor le dio una patada en el hocico, dispersando las joyas húmedas que le obturaban la boca.

Dejándolo allí otra vez en una postura inmóvil, Sanders subió el terraplén y avanzó a trompicones por el jardín de la mansión, cuyos torreones hechizados se elevaban por encima de las copas de los árboles. Aunque sin aliento y casi agotado, tuvo una curiosa

premonición de esperanza y anhelo, como si fuese un Adán fugitivo llegando a una puerta de entrada olvidada del paraíso prohibido.

Desde una ventana de la planta superior, el hombre de la barba y el traje blanco observaba a Sanders mientras lo apuntaba al pecho con un rifle.

# SEGUNDA PARTE

# EL HOMBRE ILUMINADO

# 7

# Espejos y asesinos

Dos meses más tarde, al describir los acontecimientos de aquel periodo en una carta al doctor Paul Derain, director de la leprosería de Fort Isabelle, Sanders escribió:

[...] pero lo que más me sorprendió, Paul, fue hasta qué punto estaba preparado para la transformación de la selva: los árboles cristalinos que colgaban como iconos en aquellas cavernas luminosas, los marcos enjoyados de las hojas sobrecargadas que se derretían formando un entramado de prismas a través del cual brillaba el sol en miles de arcoíris, los pájaros y los cocodrilos congelados en posturas grotescas como animales heráldicos tallados en jade y en cuarzo… Y lo realmente notable fue hasta qué punto acepté todas aquellas maravillas como parte del orden natural de las cosas, como parte del patrón intrínseco del universo. Es cierto que, al principio, me sentí tan desconcertado como cualquiera que emprende por primera vez el viaje por el río Matarre hasta Mont Royal, pero, tras el impacto inicial del bosque, una sorpresa más visual que otra cosa, pronto llegué a comprenderlo, sabiendo que sus peligros eran un pequeño precio que pagar por la iluminación que aportaba a mi vida. De hecho, el resto del mundo parecía monótono e inerte en comparación, un reflejo desvaído de aquella imagen resplandeciente, que formaba una zona de penumbra gris como un purgatorio casi abandonado.

Todo esto, mi querido Paul, la total ausencia de sorpresa, confirma mi creencia de que esta selva iluminada refleja de alguna manera un periodo anterior

de nuestra vida, tal vez una memoria arcaica con la que nacemos, recuerdo de un paraíso ancestral donde la unidad del tiempo y el espacio es la esencia de cada hoja y cada flor. Ahora es evidente para todo el mundo que en la jungla la vida y la muerte poseen un significado diferente del que tienen en nuestro mundo ordinario y opaco. Aquí siempre hemos asociado el movimiento con la vida y el paso del tiempo, pero a partir de mi experiencia en la selva que rodea a Mont Royal sé que todo movimiento conduce inevitablemente a la muerte, y que el tiempo es su sirviente.

Es, quizá, nuestro único logro como señores de esta creación que ha provocado la separación del tiempo y el espacio. Solo nosotros hemos dado a cada uno de ellos un valor independiente, una medida distinta de la suya, que ahora nos define y nos encierra como la longitud y la anchura de un ataúd. Resolverlo es el mayor objetivo de la ciencia natural, como usted y yo hemos visto, Paul, en nuestros trabajos sobre el virus, con esa existencia semianimada y cristalina, medio dentro y medio fuera de nuestro propio curso del tiempo, como si se cruzara con él de sesgo. A menudo pienso que en nuestros microscopios, cuando examinábamos los tejidos de los pobres leprosos de nuestro hospital, buscábamos una réplica minúscula del mundo que se nos mostraría después en las colinas salvajes de los alrededores de Mont Royal.

Sin embargo, todos esos esfuerzos tardíos han llegado a su fin. Mientras te escribo, en el silencio y el vacío del Hotel Europa de Port Matarre, veo una nota en un ejemplar de *Paris-Soir* de hace dos semanas (Louise Peret, la joven francesa que está aquí conmigo, haciendo todo lo posible por cumplir los caprichos díscolos de su antiguo ayudante, me había ocultado el artículo durante una semana) donde explica que han acordonado toda la península de Florida, en Estados Unidos, a excepción de una sola carretera a Tampa, y que hasta la fecha han trasladado a unos tres millones de habitantes de ese estado a otras partes del país.

No obstante, esa extraordinaria migración humana parece haber conmovido menos a la opinión pública que las pérdidas estimadas en bienes inmuebles y en ingresos hoteleros. («Oh, Miami —no puedo evitar decirme a mí mismo—, tu ciudad de las mil catedrales a la luz irisada del sol»). Es tal el optimismo innato de la humanidad, la convicción de que podemos sobrevivir a cualquier diluvio o cataclismo, que la mayoría de nosotros, inconscientemente, nos enfrentamos a hechos tan importantes como los de Florida con un simple encogimiento de

hombros, confiando en que cuando llegue el momento encontraremos algún medio para evitar la crisis.

Y, sin embargo, Paul, ahora parece evidente que la verdadera crisis ya ha pasado hace mucho tiempo. Escondida en la última página del mismo ejemplar de *Paris-Soir* se puede leer una noticia breve sobre el avistamiento de otra «galaxia doble» por observadores del Instituto Hubble de Monte Palomar. La noticia está resumida en menos de doce líneas y sin comentarios, aunque implica de un modo inevitable que se ha formado una nueva esfera de actividad en algún lugar de la superficie de la tierra, en las selvas llenas de templos sagrados de Camboya o en los ambarinos bosques encantados del altiplano chileno. Pero solo ha pasado un año desde que los astrónomos de Monte Palomar identificaran la primera galaxia doble en la constelación de Andrómeda, la enorme diadema achatada, que probablemente sea el objeto más hermoso del universo físico: la galaxia-isla M 31. Sin duda, estas aleatorias transfiguraciones en todo el mundo son un reflejo de distantes procesos cósmicos de alcance y dimensiones enormes, detectados por primera vez en la espiral de Andrómeda.

Ahora sabemos que el tiempo («el tiempo con las manos de Midas», como lo describió Ventress) es el responsable de la transformación. El reciente descubrimiento de la antimateria del universo implica inevitablemente la concepción del antitiempo como el cuarto lado de ese *continuum* de carga negativa. Cuando una partícula choca con una antipartícula no solo se destruyen sus propias identidades físicas, sino que sus valores temporales opuestos se eliminan los unos a los otros, restando al universo otro *quantum* de su depósito de tiempo total. Son estas descargas aleatorias, provocadas por la creación de antigalaxias en el espacio, las que han disminuido el depósito de tiempo destinado a la materia de nuestro propio sistema solar.

Así como una solución sobresaturada se descargará en una masa cristalina, la sobresaturación de la materia en nuestro *continuum* conduce a su aparición en una matriz espacial paralela. A medida que se fuga más y más tiempo, el proceso de sobresaturación continúa, los átomos y las moléculas originales producen réplicas espaciales de sí mismas, sustancia sin masa, en un intento de asirse a la existencia. En teoría, ese proceso no tiene fin, y es posible que un átomo llegue a producir un número infinito de copias de sí mismo hasta llenar el universo entero,

del que a la vez ha expirado todo el tiempo, un cero final macrocósmico que va más allá de los sueños más salvajes de Platón y Demócrito.

Entre paréntesis: mientras Louise lee esto por encima de mi hombro, comenta que quizá pueda inducirte a error, Paul, al reducir al mínimo los peligros que todos experimentamos dentro de la selva cristalina. Es cierto que en aquel momento los peligros fueron muy reales, como lo prueban las trágicas y numerosas muertes ocurridas, y que ese primer día, cuando me vi atrapado en la jungla, no entendí nada estas cuestiones, más allá de lo que Ventress me confió con su modo de explicarse ambiguo e incoherente. Pero incluso entonces, cuando me alejé de aquel cocodrilo enjoyado y subí la pendiente de césped hacia el hombre vestido de blanco que me apuntaba al pecho con su rifle...

Recostado en uno de los sofás Chesterfield con bordados cristalinos del dormitorio de arriba, el doctor descansó después de su carrera por la selva. Al subir por la escalera había resbalado en uno de los escalones que se estaban cristalizando, y por un instante se había quedado sin aliento. De pie en lo alto de la escalera, Ventress lo había visto levantarse, las maderas escarchadas se habían astillado bajo las manos del doctor. La menuda cara de Ventress, cuya piel tensa se veía moteada por colores venosos, no mostraba expresión alguna. Lo miraba desde arriba, sin mostrar el menor atisbo de reacción mientras Sanders se agarraba con fuerza al pasamanos para no perder el equilibrio. Cuando llegó por fin al descansillo, Ventress le señaló el interior de la planta con un gesto brusco. A continuación, volvió a su lugar en la ventana y golpeó la culata del rifle contra los cristales rotos que se estaban regenerando de nuevo.

El doctor Sanders se sacudió la escarcha del traje y se arrancó de las manos las astillas de cristal clavadas como agujas. En la casa el aire estaba frío e inmóvil, pero a medida que amainó la tormenta, pasando al otro lado de la selva, pareció que el proceso de vitrificación menguaba. La escarcha había transformado todo lo que había en aquella habitación de techo alto. Los cristales de varias ventanas se habían roto y luego fundido sobre la ornamentada

alfombra, y ahora los adornos persas parecían ondear bajo una superficie líquida como en el suelo de un estanque de *Las mil y una noches*. Todos los muebles estaban cubiertos por la misma capa de escarcha; exquisitos arabescos adornaban los brazos y las patas de las sillas de respaldo alto apoyadas contra las paredes. Las piezas imitación Luis XV se habían convertido en enormes fragmentos de caramelo opalescente, cuyos reflejos múltiples relucían como quimeras gigantes contra las paredes de cristal tallado.

A través de la puerta abierta de enfrente, vio un pequeño vestidor. Supuso que ahora estaba en el dormitorio principal de una residencia oficial destinada a algún dignatario del Gobierno o al presidente de una de las compañías mineras de visita. Aunque ricamente amueblada —siguiendo el catálogo de alguna tienda de París o de Londres—, la habitación estaba completamente desprovista de pertenencias personales. Por alguna razón faltaba la enorme cama doble, una cama con dosel juzgó Sanders por la marca del techo, y Ventress había apilado en un rincón los demás muebles. Él seguía junto a la ventana abierta, mirando el arroyo donde permanecían embalsamados la barca y el cocodrilo enjoyados. La barba rala le daba un aspecto febril y atormentado. Inclinado a medias sobre el rifle, se acercaba cada vez más a la ventana, haciendo caso omiso de las esquirlas de cristal que se desprendían de la pesada cortina de brocado.

Sanders hizo amago de levantarse, pero Ventress le hizo un gesto.

—Descanse, doctor. Nos quedaremos aquí un tiempo. —Su voz se había vuelto más firme, y no se reconocía atisbo alguno de su anterior humor irónico. Apartó la mirada del cañón del rifle—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Thorensen?

—¿Al dueño de la mina? —Sanders señaló por la ventana—. Después de que corrimos en dirección al helicóptero. ¿Lo está buscando?

—Por decirlo de alguna manera. ¿Qué estaba haciendo?

Sanders se levantó el cuello de la chaqueta y se sacudió las finas púas de escarcha que cubrían el tejido.

—Corría en círculos como todos nosotros, completamente perdido.

—¿Perdido? —Ventress resopló con sorna—. ¡Ese hombre es astuto como un lobo! Conoce cada hondonada y cada grieta de esta selva como la palma de su mano.

Cuando Sanders se levantó y se acercó a la ventana, Ventress le hizo un gesto impaciente.

—Manténgase alejado de la ventana, doctor. —Con un breve destello de su viejo humor irónico, añadió—: No quiero utilizarlo como señuelo, por el momento.

Haciendo caso omiso de la advertencia, Sanders miró hacia el césped vacío. Como en un prado cubierto de rocío, las huellas negras de sus zapatos cruzaban la superficie resplandeciente y se fundían en la ladera verde pálido, donde continuaba el proceso de cristalización. A pesar de que la ola principal de actividad se alejaba, la selva continuaba cristalizándose. El absoluto silencio de los árboles enjoyados parecía confirmar que el tamaño del área afectada había aumentado mucho. Una calma congelada se extendía hasta donde le alcanzaba la vista, como si él y Ventress estuvieran perdidos en algún lugar de las grutas de un inmenso glaciar. La cercanía del sol se reflejaba en una omnipresente corona de luz. La selva era un interminable laberinto de cuevas de cristal, aislada del resto del mundo e iluminada por lámparas subterráneas.

Ventress se relajó por un momento. Apoyó un pie en el alféizar de la ventana y observó al médico.

—Un largo viaje, doctor, pero ¿ha valido la pena?

Sanders se encogió de hombros.

—Aún no he llegado al final, no he encontrado a mis amigos. Pero estoy de acuerdo con usted: es una experiencia extraordinaria. Hay algo casi rejuvenecedor en la jungla. ¿Usted...?

—Por supuesto, doctor. —Ventress se volvió hacia la ventana, silenciándolo con un gesto de la mano. La escarcha centelleaba

sobre los hombros de su traje blanco en un frágil palimpsesto de colores. Miró hacia la vegetación de cristal que recorría las riberas del arroyo, y, tras una pausa, dijo—: Mi querido Sanders, le aseguro que usted no es el usted que siente esas cosas.

—¿Ha estado aquí antes? —preguntó.

—¿Se refiere a un... *déjà vu*? —Ventress miró a su alrededor; sus menudas facciones casi ocultas tras la barba.

El doctor Sanders dudó.

—No, literalmente —dijo.

Ventress ignoró esto último.

—Todos hemos estado aquí antes, doctor, como todo el mundo descubrirá pronto..., si queda tiempo —pronunció la palabra con una inflexión peculiar, como el tañido de una campana. Escuchó los últimos ecos reverberando entre las paredes de cristal, como el final de un réquiem—. Sin embargo, creo que es algo que se nos está agotando a todos, doctor... ¿Está de acuerdo?

Sanders se frotó las manos para calentárselas. Notaba los dedos frágiles y descarnados, y miró la chimenea vacía que había detrás de él, preguntándose si aquella cavidad adornada, custodiada por unos grandes delfines áureos a cada lado, estaría equipada con una salida de humos. No obstante, a pesar del aire helado de la casa, sentía más vigor que frío.

—¿Se nos agota el tiempo? —repitió—. No he pensado en ello todavía. ¿Cómo lo explica usted?

—¿No es obvio, doctor? Su propia especialidad, el lado oscuro del sol que vemos a nuestro alrededor, ¿no le da una pista? Seguramente, la lepra, como el cáncer, es sobre todo una enfermedad del tiempo, el resultado de sobreextenderse a sí mismo a través de ese medio en particular.

Mientras Ventress hablaba, el doctor Sanders asentía, mirando el rostro cadavérico que cobraba vida a medida que disertaba sobre ese elemento que al menos a primera vista parecía desdeñar.

—Es una teoría —convino cuando acabó Ventress—. No...

—¿No lo suficientemente científica? —Ventress echó la cabeza hacia atrás. En voz más alta, añadió—: ¡Mire los virus, doctor, con su estructura cristalina, ni animados ni inanimados, y a la vez inmunes! —Pasó una mano por el alféizar y cogió un racimo de granos vítreos que luego esparció en el suelo como pedazos rotos de mármol—. Usted y yo pronto estaremos como esto, Sanders, y también el resto del mundo. ¡Ni vivos ni muertos!

Al final de su diatriba, Ventress se dio la vuelta y volvió a observar la selva. Un músculo brilló en su mejilla izquierda como un relámpago lejano que marcara el final de una tormenta.

—¿Por qué busca a Thorensen? —dijo Sanders—. ¿Va tras su mina de diamantes?

—¡No sea estúpido! —lo insultó Ventress por encima del hombro —. Eso sería lo último; las piedras preciosas no son una rareza en esta selva, doctor. —Con un gesto de desdén se sacudió un manojo de cristales del tejido del traje—. Si quiere, ahora mismo podría traerle un collar de diamantes de Hope.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Sanders sin alterar la voz—. En esta casa.

—Thorensen vive aquí.

—¿Qué? —Incrédulo, miró de nuevo los muebles ornamentados y los espejos dorados, pensando en el hombre corpulento de traje azul sentado al volante del Chrysler—. Solo lo vi unos momentos, pero no me parece que encaje en este estilo.

—Precisamente. Nunca he visto peor gusto. —Ventress asintió con la cabeza—. Y créame, como arquitecto he visto mucho. Toda la casa es una broma patética. —Señaló uno de los divanes de marquetería con un cabezal en espiral que se había transformado en la reluciente parodia de una cartela rococó, cuyas florituras se enroscaban como los cuernos de un macho cabrío—. ¿Luis XIX, quizá?

Despistado por sus propios comentarios sobre el ausente Thorensen, Ventress le había dado la espalda a la ventana. Sanders miró más allá de él, y vio que el cocodrilo atrapado en el arroyo se

incorporaba débilmente, como si quisiera alcanzar a alguien que pasara cerca. Interrumpió a Ventress y le señaló el animal, pero otra voz se le anticipó.

—¡Ventress!

El grito, un desafío colérico, llegó desde los arbustos de cristal del margen izquierdo del césped. Un segundo después, el estruendo de un disparo rasgó el aire frío. Mientras Ventress se daba la vuelta empujando a Sanders hacia dentro con una mano, la bala impactó contra el techo por encima de sus cabezas, desprendiendo una enorme sección de agujas cristalinas que se hicieron añicos a sus pies. Ventress retrocedió de nuevo, y luego disparó a ciegas hacia los arbustos. El estallido reverberó contra los árboles petrificados, sacudiendo sus vivos colores.

—¡Manténgase agachado!

Ventress se deslizó por el suelo hasta la siguiente ventana, e introdujo el cañón del rifle a través del cristal escarchado. Después del primer momento de pánico había recuperado su ingenio, e incluso parecía aprovechar la oportunidad que le daba el enfrentamiento. Miró hacia el jardín y se levantó cuando el crujido de un árbol lejano pareció indicar la retirada de su oculto agresor.

Ventress se acercó al doctor, que estaba de pie con la espalda apoyada en la pared junto a la ventana.

—Muy bien. Se ha ido.

Sanders dudó antes de moverse. Echó un vistazo a los árboles del límite del césped, tratando de no exponerse más de lo estrictamente necesario. Al otro extremo del jardín, enmarcada entre dos robles, había una glorieta blanca transformada por la escarcha en una enorme cúpula de cristal. Los marcos de cristal destellaban como joyas incrustadas, como si algo se moviera detrás de ellos. Ventress, sin embargo, se asomó abiertamente a la ventana, observando la escena.

—¿Era Thorensen? —preguntó Sanders.

—Por supuesto. —Aquella breve escaramuza parecía haber relajado a Ventress, que pasó por la habitación acunando la

escopeta sobre el codo, deteniéndose de vez en cuando para examinar el orificio que había dejado la bala en el techo. De algún modo, supuso que Sanders se había puesto de su lado en ese duelo personal, quizá porque el médico ya lo había salvado antes del ataque en el puerto nativo de Port Matarre. Pero Ventress también era consciente de que su acción podría haber sido poco más que un simple reflejo. Resultaba evidente que Ventress no era hombre dado a sentirse obligado a nada por mucho que lo ayudaran, y Sanders supuso que en realidad Ventress había sentido una chispa de camaradería entre ambos durante el viaje en el vapor desde Libreville, y que en un encuentro tan casual como aquel era capaz de mostrar toda su simpatía o toda su hostilidad.

El movimiento dentro de la glorieta cesó. Sanders salió del escondite tras la ventana.

—Cuando le atacaron en Port Matarre..., ¿eran hombres de Thorensen?

Ventress se encogió de hombros.

—Estará bien, doctor. No se preocupe, yo cuidaré de usted.

—Tendrá que esforzarse contra esos matones. Por lo que me dijo en la base el capitán del ejército, las empresas de diamantes no permitirán que nada se interponga en su camino.

Ventress negó con la cabeza, exasperado por la torpeza de Sanders.

—¡Doctor! Insiste en buscar las razones más triviales; obviamente no tiene idea de sus verdaderos motivos. ¡Por última vez, no estoy interesado en los malditos diamantes de Thorensen, y tampoco lo está Thorensen! Lo que ocurre entre nosotros... —Se interrumpió y miró vagamente por la ventana, por primera vez su rostro mostró algunos signos de fatiga, y en tono distraído, como si hablara para sí mismo, continuó—: Respeto a ese hombre, créame; por muy torpe que sea, sabe que tenemos el mismo objetivo, que solo es una cuestión de método. —Ventress giró sobre sus talones—. Ahora es mejor que se vaya —dijo—. No tiene sentido quedarse aquí. ¿Adónde va?

—A Mont Royal, si es que eso es posible.

—No lo será. —Ventress señaló por la ventana—. El centro de la tormenta se encuentra ahora precisamente entre esta casa y el pueblo. Su única esperanza es llegar al río y seguirlo de vuelta hasta la base del ejército. ¿A quién busca?

—A un antiguo colega y a su esposa. ¿Conoce el hotel Bourbon? Está un poco lejos del pueblo. El hospital de la misión donde están mis amigos queda cerca del hotel.

—¿Bourbon? —Ventress arrugó el entrecejo—. Creo que se ha equivocado de siglo. Vive en otro tiempo, Sanders. —Se dirigió hacia la puerta—. Es una vieja ruina, solo Dios sabe cómo encontrarla. Tendrá que venir conmigo hasta que lleguemos al límite de la selva, después vuelva caminando hasta la base del ejército.

Tanteando cada escalón, bajaron por la escalera cristalizada. Ventress, que abría la marcha, se detuvo a medio camino y le hizo una seña a Sanders para que se adelantara.

—Mi pistola. —Se tocó la sobaquera—. Yo le seguiré. Compruebe si ve algo desde la puerta.

Mientras él volvía sobre sus pasos, Sanders cruzó el vestíbulo vacío. Se detuvo entre las columnas enjoyadas, reacio, a pesar de las instrucciones de Ventress, a exponerse en la amplia entrada, bajo el pórtico de columnas. Desde el centro del vestíbulo no se oían los ruidos del jardín o de los árboles, y esperó detrás de una de las columnas de la alcoba de la izquierda; decenas de reflejos de sí mismo brillaban en las paredes y en los muebles incrustados de cristales.

Involuntariamente, Sanders levantó las manos para atrapar el arcoíris de luz que le recorría el traje y el rostro. Una legión de El Dorado se reflejó en los espejos, todos con sus propias facciones, más imágenes de sí mismo de lo que nunca creyó que vería, imágenes de un hombre vestido de luz. Estudió uno de sus reflejos de perfil y se fijó en que las bandas de colores le suavizaban las

arrugas de las comisuras de la boca y de los ojos, borrando el paso de tiempo que había endurecido los tejidos, como si fueran las escamas de la lepra. Durante un instante pareció veinte años más joven. La superposición de capas de colores encarnados sobre sus mejillas era más hábil que la paleta de un Rubens o un Tiziano.

Al volverse hacia el reflejo opuesto, descubrió con sorpresa que entre aquellas imágenes prismáticas de sí mismo refractadas por el sol había un hermano gemelo más oscuro. El perfil y los rasgos quedaban en penumbra, pero la tez era casi del color del ébano, y reflejaba los azules y los violetas moteados del extremo opuesto del espectro. De algún modo amenazador en aquel ambiente de luz, la figura sombría estaba inmóvil, con la cabeza vuelta hacia otro lado, como si fuera consciente de su aspecto negativo. En la mano, una lanza de luz plateada irradiaba como una estrella en un cáliz.

De repente, Sanders saltó desde detrás de la columna de la izquierda, mientras el hombre negro oculto en la alcoba se abalanzaba contra él. El machete brilló en el aire casi rozándole el rostro; su luz blanca se hundió entre los reflejos que giraban como soles ebrios alrededor de los dos hombres, de cuyas piernas y brazos manaban ríos de colores. Sanders le dio una patada en la mano, reconociendo a medias a uno de los matones que había visto en las pasarelas del embarcadero de Port Matarre. Agazapado, con el rostro huesudo y afilado entre las rodillas, su contrincante hizo una finta con el machete. El médico retrocedió de nuevo hacia la escalera, y entonces vio al enorme mulato de la camisa de color caqui observándolo desde detrás de una estantería en el salón, con una colt automática en la mano llena de cicatrices. La escarcha del exterior le daba a su rostro oscuro un brillo luminoso.

Antes de que el doctor pudiera advertir a gritos a Ventress, un disparo rugió en el aire por encima de su cabeza. Al agacharse vio que el tipo del machete había caído al suelo y se retorcía de dolor. El moteado entramado de la pared cayó y se hizo añicos contra un diván, y el negro se levantó y salió corriendo por la puerta como un animal herido. Se oyó un segundo disparo que provenía de la

escalera, y Ventress salió de detrás de la barandilla. El rostro tenso y semioculto por la culata del rifle le hizo un gesto a Sanders para que se alejase de la entrada y se deslizara al interior del salón. El mulato escondido cruzó la estancia a la carrera, se detuvo debajo de la lámpara de araña y disparó. La onda expansiva de la explosión provocó una lluvia de luz de los cristales tallados que colgaban sobre su cabeza rapada. Le gritó a un hombre alto, de piel blanca y vestido con una cazadora de cuero que estaba junto a la pared del fondo, de espaldas a la escalera, que abría una caja fuerte sobre la chimenea ornamental.

El mulato lo cubrió disparando desde la puerta. El hombre sacó una pequeña caja de caudales del estante superior de la caja fuerte mientras Ventress derribaba un armario perchero de caoba en el arco de la entrada para parapetarse detrás. La caja de caudales cayó al suelo y docenas de zafiros y rubíes se esparcieron a los pies del hombre alto. Sin prestarle atención a Ventress, que intentaba pegarle un tiro al mulato, se agachó y recogió algunas de las piedras con sus enormes manos. Luego él y el mulato corrieron hacia el ventanal y lo atravesaron rompiendo los frágiles marcos con los hombros.

Saltando desde detrás de su barricada, Ventress entró en la sala corriendo por encima del sofá y de los mullidos sillones. Llegó al ventanal cuando los hombres desaparecían entre los árboles, cargó el rifle con los cartuchos que llevaba en el bolsillo e hizo un disparo de despedida sobre el césped.

Cuando Sanders pasaba por encima del perchero y entraba en la sala, Ventress lo apuntó con el rifle.

—¿Qué, doctor, todo bien? —Ventress jadeaba; sus pequeños hombros se agitaban en un exceso de energía nerviosa—. ¿Qué le pasa? No le habrán herido, ¿no?

Sanders se acercó a él, apartó el cañón del rifle con el que Ventress todavía le apuntaba, y clavó la mirada en aquel hombre de afilado rostro y ojos sobreexcitados.

—¡Ventress, todo el tiempo ha sabido que estaban aquí, me ha utilizado como un jodido señuelo! —Se interrumpió. Ventress no le prestaba atención, miraba a derecha e izquierda a través del ventanal. Sanders se volvió, sintiendo que una sensación de calma se sumaba al cansancio. Descubrió las joyas que brillaban en el suelo—. Creía que había dicho que a Thorensen no le interesaban las piedras preciosas.

Ventress se volvió y observó a Sanders, y luego el suelo debajo de la caja fuerte. Bajando a medias el arma, se agachó y comenzó a tocar las piedras preciosas, como si le desconcertara verlas allí. Se guardó algunas distraídamente y luego juntó el resto y se las metió en los bolsillos de los pantalones.

Regresó al ventanal.

—Por supuesto, Sanders, tiene razón —dijo con voz indiferente —. Pero estaba pensando en su seguridad, créame. —Y a continuación le espetó—: Salgamos de aquí ahora mismo.

Mientras se abrían camino a través del césped, Ventress volvió a quedarse atrás. Sanders se detuvo y miró hacia la casa que se alzaba detrás de ellos, entre los árboles, como un pastel de boda gigantesco. Ventress se había detenido a observar el puñado de piedras preciosas que tenía en la mano. Unos cuantos zafiros se le escurrieron entre los dedos y cayeron en la hierba reluciente tras él, iluminando sus huellas al entrar en la oscura bóveda de la selva.

# 8

# La casa de verano

Avanzaron durante una hora por la corriente fosilizada. Ventress iba a la cabeza, el rifle preparado y apuntando al frente con cautela, los movimientos precisos y calculados, mientras que Sanders caminaba detrás a trompicones. De vez en cuando se encontraban con un yate de crucero incrustado en el camino, o con un cocodrilo cristalizado que levantaba la cabeza y abría las fauces en silencio, la boca atorada de piedras preciosas, tratando de moverse en una grieta de cristales de colores.

Ventress se mantenía a la espera de Thorensen. Sanders no podía descubrir quién buscaba a quién ni cuál era el objeto de su sangrienta venganza. A pesar de que norteamericano le había atacado dos veces, Ventress parecía animarlo, exponiéndose deliberadamente como si tratara de atrapar al dueño de la mina.

—¿No podemos volver a Mont Royal? —gritó el doctor, y su voz resonó entre las bóvedas—. Cada vez nos internamos más en la selva.

—El acceso al pueblo está cortado, mi querido Sanders. No se preocupe, lo llevaré allí a su debido tiempo. —Ágil, Ventress saltó una grieta en la superficie del riachuelo. Debajo de la masa de cristales que se estaban disolviendo, una delgada corriente de líquido discurría por un canal enterrado.

Con aquella figura vestida de blanco y mirada preocupada a la cabeza, avanzaron por la selva, a veces describiendo círculos

completos, como si Ventress estuviera familiarizándose con la topografía de aquel enjoyado mundo crepuscular. Cada vez que Sanders se sentaba a descansar en uno de los troncos cristalizados y se sacudía los cristales que a pesar del constante movimiento se acumulaban en las suelas de sus zapatos, Ventress lo esperaba con impaciencia, lo miraba con expresión inquisitiva, como si considerara la opción de abandonarlo en la jungla. El aire era cada vez más frío, y las sombras oscuras se abrían y cerraban a su alrededor.

Luego, cuando se adentraron en la selva y se alejaron de la corriente con la esperanza de volver a encontrar su curso más adelante, se encontraron con los restos del helicóptero estrellado.

En un primer momento, al pasar por delante del aparato, que yacía como un fósil estampado en un pequeño hueco a la izquierda del camino, Sanders no lo reconoció. Ventress se detuvo. Con expresión sombría señaló la enorme máquina, y el doctor recordó que el helicóptero se había precipitado en la selva a unos ochocientos metros de la zona de inspección. Las cuatro palas retorcidas, veteadas y escarchadas como las alas de una libélula gigantesca, ya estaban cubiertas por los entramados de cristales que colgaban de los árboles cercanos. El fuselaje del aparato, parcialmente enterrado en el suelo, se había transformado en una enorme joya transparente, en cuyas sólidas profundidades, como simbólicos caballeros andantes a los pies de un arco de piedra medieval, ambos pilotos yacían congelados ante los mandos. Sus cascos de plata emitían una fuente inagotable de luz.

—Ya no podemos ayudarlos. —Un rictus de dolor torció la boca de Ventress. Volvió el rostro y empezó a alejarse—. Vamos, Sanders, o pronto estará como ellos. El bosque cambia continuamente.

—¡Espere! —Sanders trepó por la maleza fosilizada, y se abrió paso a patadas por entre la vegetación cristalizada hasta llegar a la cúpula de la cabina—. ¡Ventress! ¡Aquí hay un hombre!

Bajaron juntos hasta una concavidad que había debajo del lado de estribor del aparato. Tendido sobre las raíces serpenteantes de un roble enorme, por las que había tratado de arrastrarse, estaba el

cuerpo cristalizado de un hombre vestido de uniforme militar. El pecho y los hombros aparecían cubiertos por una gran coraza de placas enjoyadas; los brazos, enfundados en el mismo guante de prismas templados que Sanders había visto en el hombre sacado del río, en Port Matarre.

—¡Ventress, es el capitán del ejército! ¡Radek! —Sanders miró a través del visor que cubría la cabeza del hombre, ahora un inmenso zafiro tallado en forma de yelmo de conquistador. Refractados por los prismas que habían florecido en su rostro, sus rasgos parecían superponerse en una docena de planos diferentes, pero aun así pudo reconocer la cara barbilampiña del capitán Radek, el médico del ejército que lo había acompañado a la zona de inspección la primera vez. Comprendió que Radek había vuelto a por él, viendo que no salía de la selva, y en cambio había encontrado el helicóptero y a los dos pilotos.

De repente, unos arcoíris centellearon en los ojos del cadáver.

—¡Ventress! —Sanders recordó al ahogado del puerto de Port Matarre. Presionó con las manos en el pecho de cristal, intentando detectar signos de calor—. ¡Aún está vivo, ayúdeme a sacarlo! —Cuando Ventress se acercó al cuerpo cristalizado negando con la cabeza, le gritó—: ¡Ventress, conozco a este hombre!

Ventress agarró su rifle y empezó a salir del hueco.

—Pierde el tiempo, Sanders. —Volvió a negar con la cabeza y escrutó los árboles de alrededor—. Déjelo aquí, ya ha hecho las paces consigo mismo.

Sanders apartó a Ventress, se inclinó a horcajadas sobre el cuerpo cristalino y trató de sacarlo del hueco. El peso del cuerpo era enorme, y apenas pudo moverle un brazo. Parte de la cabeza y de un hombro, y el brazo derecho entero, se habían fundido con las prominentes raíces vítreas del roble. Cuando empezó a patearlas para liberar el cuerpo, Ventress soltó un grito de advertencia. El médico trató de sacarlo de un tirón fuerte, y entonces varios pedazos de la coraza de cristal, de la cara y de los hombros se desprendieron.

Lanzándole un alarido, Ventress saltó al interior del hueco y agarró con fuerza a Sanders por el brazo.

—¡Por el amor de Dios...! —empezó a decir, pero cuando Sanders lo empujó a un lado se dio por vencido y se apartó.

Un poco más tarde, con sus diminutos ojos clavados en el doctor, se adelantó y lo ayudó a sacar del hueco el cuerpo enjoyado.

Un centenar de metros más adelante llegaron a la ribera del riachuelo. Allí el afluente se había ensanchado y ahora era un canal que medía unos diez metros de orilla a orilla. En el centro, la costra fosilizada tenía solo unos pocos centímetros de espesor y se podía ver el agua que discurría por debajo. Sanders dejó el cuerpo reluciente de Radek en la orilla, donde quedó tendido con los brazos abiertos, derritiéndose lentamente. Arrancó una rama grande de un árbol y empezó a romper la costra que cubría el torrente. Al hundir la rama, los cristales se rompían enseguida, y en pocos minutos abrió un orificio circular de dos o tres metros de diámetro. Arrastró la rama hasta la ribera donde descansaba Radek. Se agachó, hizo palanca, levantó el cuerpo de Radek y con el cinturón lo ató a la rama por los hombros. Con un poco de suerte, la madera mantendría la cabeza de Radek por encima del agua el tiempo suficiente para que recobrara la conciencia y la corriente disolviera los cristales.

Ventress se mantuvo en silencio, pero siguió mirando a Sanders con expresión amarga. Apoyó la escopeta contra un árbol y le ayudó a llevar el cuerpo hasta el orificio en la costra. Aguantando la rama por cada extremo, introdujeron a Radek por los pies en el agua. La corriente era rápida, y vieron cómo un remolino alejaba el cuerpo por aquel túnel blanco. Los cristales mojados de los brazos y las piernas de Radek brillaban bajo el agua; la cabeza medio sumergida descansaba en la rama.

El doctor Sanders cojeó hasta la orilla. Se sentó en la arena marmórea y se sacudió las astillas clavadas en los dedos y en las palmas de las manos.

—Solo tiene una oportunidad, eso es todo, pero vale la pena intentarlo —dijo. Ventress se había quedado de pie a unos metros—. Habrá alguien vigilando río abajo, quizá lo vean.

Ventress se acercó a Sanders. Su pequeño cuerpo rígido, el mentón barbudo hundido en el pecho. Los músculos de su rostro anguloso movían los labios en silencio, como si ensayara su respuesta con mucho cuidado.

—Doctor, ha llegado tarde. Un día sabrá lo que le quitó a ese hombre.

Sanders alzó la mirada.

—¿Qué quiere decir? —dijo, irritado, y añadió—: Ventress, le debía algo a ese hombre.

Ventress ignoró sus palabras.

—Solo recuerde esto, doctor, si alguna vez me encuentra así, déjeme. ¿Me entiende?

Se alejaron por la selva, sin hablarse. A ratos, Sanders se retrasaba hasta cuarenta metros por detrás de Ventress. Varias veces pensó que Ventress lo había abandonado allí, pero la figura vestida de blanco, con los cabellos y los hombros cubiertos por una delgada piel de hielo, aparecía siempre allí delante. Aunque la falta de sensibilidad y de compasión de Ventress hacia Radek lo exasperaba, el médico sospechaba que por fuerza tenía que haber otra explicación para su comportamiento.

Por fin llegaron a los límites de un pequeño claro, una especie de pista de baile resquebrajada que daba al río por uno de sus lados. En la orilla opuesta, una casa de verano con un tejado alto a dos aguas se elevaba hacia el cielo entre las copas de los árboles. Desde la única torre que había, un fino entramado de hilos opacos se extendía hasta los árboles de alrededor como un velo diáfano, cubriendo el jardín y la casa de verano con un cristalino brillo marmóreo, cuya intensidad era casi sepulcral.

Como para reforzar esa impresión, las ventanas del porche que rodeaba la casa estaban incrustadas de elaboradas volutas, como los marcos ornamentados de una tumba.

Ventress le hizo una seña a Sanders para que se quedara atrás, y se acercó al jardín con el rifle preparado. Por primera vez desde que el doctor lo conocía, se mostró inseguro. Miró hacia los lados de la casa de verano como un explorador que se aventurase en algún santuario extraño y enigmático en las profundidades de la jungla.

Muy por encima de él, con las alas atrapadas en el entramado de cristal, una oropéndola dorada se sacudía lentamente a la luz de la tarde; las ondas de su aura líquida se expandían como los rayos de un sol cruciforme.

Ventress se dominó. Tras comprobar que no hubiera signos de movimiento dentro de la casa, corrió de un árbol a otro, y luego cruzó la superficie congelada del río con paso felino. A diez metros de la casa de verano se detuvo de nuevo, distraído por la brillante oropéndola atrapada en la cúpula sobre su cabeza.

—¡Es Ventress! ¡Atrápalo!

Un disparo sonó en el claro, y su eco reverberó contra el frágil follaje. Sobresaltado, Ventress se agachó en la escalera de entrada de la casa y observó las ventanas selladas. En el límite del claro, a cincuenta metros de distancia, apareció un hombre alto, de cabellos rubios, con un chaquetón negro de cuero: el propietario de la mina, Thorensen. Revólver en mano, corrió hacia la casa de verano. Se detuvo y disparó de nuevo a Ventress. El estruendo de la explosión resonó en todo el claro. Detrás del doctor Sanders, el tramado de musgo cristalino que colgaba de los árboles se resquebrajó y se desplomó, como las paredes de una sala de espejos.

De pronto, se abrió la puerta trasera de la casa. Un africano desnudo, con la cintura, el costado y la pierna izquierda cubiertos de vendas quirúrgicas blancas, salió al porche con un rifle en las manos. Con movimientos rígidos, se apoyó contra una columna y disparó a Ventress, que aún se mantenía agachado en la escalera.

Ventress saltó del porche y cruzó a la otra orilla del río veloz como una liebre, esquivando las grietas de la superficie casi doblado sobre sí mismo. Con una expresión de pánico en el rostro barbudo, miró hacia atrás por encima del hombro y se lanzó a la carrera hacia los árboles, mientras la corpulenta figura de Thorensen le iba a la zaga.

Entonces, cuando Ventress alcanzó la curva de la ensenada, donde se ensanchaba al llegar al río, la figura rapada del mulato salió de su escondrijo entre las matas de hierba que crecían en el terraplén de la ribera como abanicos de plata. Su enorme y escarchado cuerpo negro, enmarcado claramente contra la selva circundante, se abalanzó como un toro a punto de cornear a un torero que huye. Ventress pasó a pocos metros de distancia, y el mulato le lanzó una red de acero por encima de la cabeza. Ventress perdió el equilibrio, tropezó y cayó, resbalando diez metros por la superficie congelada, con el rostro congestionado de terror a través de la red abierta.

Con un gruñido de satisfacción, el mulato se sacó el machete del cinturón y avanzó pesadamente hacia la pequeña figura atrapada como un animal en una trampa. Ventress pateó la red que lo envolvía, tratando de desenredar el rifle. A tres metros de distancia, el mulato cortó el aire con el machete, ensayando su próximo movimiento, y luego se lanzó contra él para descargarle el golpe de gracia.

—¡Thorensen! ¡Dígale que se detenga! —gritó Sanders. Todo había ocurrido tan rápido que el doctor aún estaba en el límite del claro, y aún le retumbaban en los oídos las detonaciones de los disparos. Voceó a Thorensen de nuevo, que esperaba con los brazos en jarras al pie de la escalera de entrada de la casa. Su rostro alargado miraba hacia otro lado, como si prefiriera no tomar partido en ese momento final.

Todavía tendido de espaldas contra el suelo, Ventress casi se había liberado de la red. Tironeó de la escopeta y se bajó la red

hasta la cintura. El mulato se alzaba sobre él, con el machete levantado por encima de la cabeza.

Con movimientos espasmódicos, Ventress consiguió alejarse unos pocos metros. El mulato soltó una carcajada, y luego dejó escapar un alarido de rabia. La superficie de cristal había cedido bajo sus enormes pies, y se había hundido hasta las rodillas en la costra. De un tirón sacó un pie a la superficie, y volvió a hundirse al tratar de sacar el otro. Ventress se liberó de la red por completo y la lanzó lejos; el mulato se inclinó hacia delante y con el machete golpeó el hielo a pocos centímetros de los talones de Ventress.

El hombrecillo se levantó tambaleándose. El rifle estaba todavía medio enredado, lo recogió todo y se lanzó a la carrera por la superficie, deslizándose dentro y fuera de las zonas medio cristalizadas. Tras él, el mulato se abría paso a machetazos por la superficie resquebrajada, como un león marino furioso.

Ahora Ventress estaba fuera de su alcance. Allí donde se ensanchaba la ensenada solo una fina costra cubría el canal más profundo que se unía al río. La superficie se escarchaba a los pies de Ventress, pero las vías sinuosas de hielo se mantenían firmes bajo su pequeño cuerpo. Veinte metros más adelante llegó a la orilla y salió corriendo por entre los árboles.

Cuando el africano vendado del porche disparó contra Ventress por última vez, Sanders había llegado al centro del claro. Observó al mulato que chapoteaba en el canal, lanzando con rabia golpes de machete a los cristales y levantando una lluvia de luz irisada.

—¡Usted, venga aquí! —Thorensen le hizo un gesto al doctor con el revólver. El chaquetón de cuero que llevaba sobre el traje azul hacía que pareciera más corpulento y musculoso. Bajo el cabello rubio, su rostro alargado mostraba una expresión de violento malhumor. Cuando se acercó, Sanders lo escudriñó con cautela—. ¿Qué está haciendo con Ventress? ¿No iba usted con el grupo de visitantes? Lo vi en el muelle con Radek.

Sanders estaba a punto de contestarle cuando Thorensen levantó la mano. Después de hacer una seña al africano del porche,

que apuntó el rifle hacia el médico, Thorensen se alejó en dirección al mulato.

—Lo veré en un minuto. No intente escapar.

El mulato había trepado a la superficie más firme cerca de la casa. Cuando Thorensen se le acercó, empezó a gritar y a gesticular, golpeando el machete contra la superficie rota, como justificándose por no haber podido atrapar a Ventress. Thorensen asintió, y luego, con un gesto de desdén, le dijo que se marchara. El propietario de la mina avanzó por la superficie, comprobando con los pies la resistencia de los cristales a medio formar. Durante varios minutos se paseó de un lado a otro, mirando de vez en cuando hacia el río, como si midiera las dimensiones de los canales subterráneos.

Cuando volvió junto a Sanders, los cristales húmedos adheridos a sus zapatos emitían destellos de luces de colores. Escuchó distraído mientras el doctor le explicaba cómo había quedado atrapado en la selva tras el accidente del helicóptero, le describía su encuentro accidental con Ventress y después el descubrimiento del cuerpo de Radek. Recordando las amargas protestas de Ventress en ese momento, destacó las razones de aquel aparente intento de ahogar al muerto.

Thorensen asintió hoscamente.

—Tal vez tenga una oportunidad. —Y como para tranquilizar a Sanders, añadió—: Ha hecho lo correcto.

El mulato y el hombre desnudo medio envuelto en vendas quirúrgicas estaban sentados en los escalones del porche. El mulato afilaba el machete mientras que el otro observaba la selva con el rifle apoyado en la rodilla. Tenía el rostro delgado y la mirada inteligente de un empleado o un capataz joven, y de vez en cuando escudriñaba a Sanders con el aire de alguien que reconoce a un miembro, por lejano que sea, de la misma casta culta. El doctor lo recordaba como el atacante del machete a quien él había confundido con su imagen reflejada en la sala de espejos de la casa de Thorensen.

El propietario de la mina miraba por encima del hombro hacia las ventanas de la casa, apenas consciente de que Sanders estaba a su lado. El médico se dio cuenta de que, a diferencia del traje de Ventress y de sus propias ropas, el chaquetón de cuero de Thorensen no estaba afectado por la escarcha.

—¿Puede llevarme de vuelta al destacamento del ejército? —le preguntó a Thorensen—. Hace horas que intento salir de la selva. ¿Conoce el hotel Bourbon?

Un gesto hosco cruzó el rostro alargado de Thorensen.

—El ejército está muy lejos. La congelación se extiende por toda la selva—. Señaló hacia la orilla opuesta del río con el revólver—. ¿Qué pasa con Ventress? El hombre de la barba. ¿Dónde lo conoció?

Sanders se explicó de nuevo. Ni Thorensen ni el mulato lo habían reconocido como el defensor de Ventress durante el ataque en Port Matarre.

—Buscaba refugio en una casa cerca del río. ¿Por qué le dispararon? ¿Es algún tipo de criminal que trata de robar en su mina?

El joven africano del rifle soltó una carcajada. Thorensen asintió inexpresivamente. Tenía un aire furtivo y suspicaz, como si no estuviera seguro de sí mismo ni de qué hacer con Sanders.

—Peor que eso. Está loco, completamente loco.

Thorensen se volvió, empezó a subir por las escaleras y le hizo una seña a Sanders como haciéndole saber que se adentraría solo en la selva.

—Será mejor que tenga cuidado, no se sabe qué puede pasar en la selva. Manténgase en movimiento, pero avance en círculos.

—¡Espere un minuto! —le gritó Sanders—. Quiero descansar aquí. Necesito un mapa, tengo que encontrar el hotel Bourbon.

—¿Un mapa? ¿De qué sirve un mapa ahora? —El propietario de la mina vaciló y miró la casa como si temiera que Sanders pudiera contaminar de alguna manera su luminosa blancura. Sin fuerzas, el doctor dejó caer los brazos a los costados. Thorensen se encogió de hombros y les hizo señas a los dos hombres para que lo siguieran.

—¡Thorensen! —Sanders se adelantó y señaló al joven africano de la pierna vendada—. Déjeme examinar ese vendaje y arreglárselo un poco. Soy médico.

Los tres hombres del porche volvieron la cabeza a la vez, e incluso el enorme mulato le miró con interés. Sus ojos biliosos mostraron una expresión calculadora. Thorensen observaba a Sanders como si lo viera por primera vez.

—¿Médico? Sí, lo dijo Radek, lo recuerdo. Muy bien, ¿doctor…?

—Sanders, doctor Sanders. No llevo nada encima, ni drogas ni...

—Está bien, doctor —dijo Thorensen—. De hecho, eso es bueno. —Sacudió la cabeza como si aún dudara de invitarlo a entrar en la casona. Luego cedió—. Bien, puede entrar cinco minutos. Quizá le pregunte algo.

Sanders subió por la escalera hasta el porche. La casa de verano estaba formada por una sola habitación circular, una pequeña cocina y un almacén al fondo. En las ventanas había unas persianas pesadas, fundidas a los marcos por la cristalización, y solo entraba luz por la puerta.

Thorensen observó la selva a su alrededor y luego enfundó el revólver. Mientras los dos africanos iniciaron su ronda hacia el fondo del porche, Thorensen hizo girar el pomo de la puerta. A través de las ventanas escarchadas, Sanders vio el contorno oscuro de una gran cama con dosel, traída evidentemente de la habitación de la mansión donde él y Ventress se habían protegido de la tormenta. Cupidos dorados en actitud juguetona soplaban flautas sobre el dosel de caoba, y cuatro cariátides desnudas con los brazos en alto formaban las columnas esquineras.

Thorensen se aclaró la garganta.

—La señora... Ventress —explicó por fin en voz baja.

# 9

# Serena

Contemplaron la figura que ocupaba la cama, recostada sobre una enorme almohada de satén, con una mano febril sobre la colcha de seda. Al principio, el doctor creyó que estaba viendo a una anciana, probablemente la madre de Ventress, y de repente se dio cuenta de que apenas era una muchacha, una joven de unos veinte años. La larga melena rubio platino le caía sobre los hombros como un chal blanquecino, y el fino rostro de pómulos altos se elevaba hacia la escasa luz. Quizá una vez tuvo una nerviosa belleza de porcelana, pero la piel había perdido su brillo, y los ojos apagados y entornados le daban la apariencia de alguien que había envejecido prematuramente, y a Sanders le recordó a los pacientes terminales del pabellón infantil del hospital cercano a la leprosería.

—Thorensen. —La voz de la mujer se quebró en la penumbra ambarina—. Hace frío otra vez. ¿Puedes encender el fuego?

—La madera no arde, Serena. Se ha convertido en cristal. —Thorensen contempló a aquella joven y se acercó a los pies de la cama. El chaquetón de cuero hacía que pareciera un policía de servicio, incómodo, en la habitación de un hospital. Se abrió la cremallera—. Te he traído esto, Serena. Te ayudará.

Se inclinó hacia delante, ocultándole algo a Sanders, y desparramó sobre la colcha un puñado de piedras preciosas rojas y azules. Rubíes y zafiros de varios tamaños que brillaron en la tenue luz de la tarde con una intensidad ardiente.

—Gracias, Thorensen... —Deslizó la mano libre sobre la colcha hasta las piedras. Mostraba una avidez casi rapaz en el rostro infantil. Una expresión de sorprendente astucia apareció en su mirada, y Sanders comprendió por qué el fornido propietario de la mina la trataba con tanta deferencia. La joven agarró un puñado de piedras, se las llevó hasta el cuello y las apretó con fuerza contra la piel, donde quedaron unas marcas como huellas dactilares. El contacto pareció revivirla, movió las piernas, y varias piedras cayeron al suelo. Levantó la vista hacia el doctor y luego se volvió hacia Thorensen.

—¿A qué le disparabais? —preguntó tras una pausa—. Oí un tiro. Me dio dolor de cabeza.

—A un cocodrilo, Serena. Hay por aquí algunos muy listos. Tengo que vigilarlos.

La muchacha asintió con la cabeza. Todavía con las piedras preciosas en la mano, señaló a Sanders.

—¿Quién es? ¿Qué está haciendo aquí?

—Es un médico, Serena. Lo envió el capitán Radek; está bien.

—Pero me dijiste que yo no necesitaba un médico.

—Y no lo necesitas, Serena. El doctor Sanders solo ha venido a visitar a uno de mis hombres. —Durante aquel elaborado interrogatorio, Thorensen se agarró nerviosamente las solapas del chaquetón, mirando hacia todos los lados de la habitación menos a Serena.

Sanders se acercó a la cama, dando por hecho que Thorensen le dejaba examinar a la muchacha. La respiración tuberculosa y la anemia grave daban un diagnóstico evidente, pero aun así le cogió la muñeca.

—Doctor... —En una suerte de impulso confuso, Thorensen lo apartó de la cama. Hizo un gesto incierto con una mano, y luego le señaló a Sanders la puerta de la cocina—. Mejor más tarde, doctor, ¿no cree? —Se volvió rápidamente hacia la joven—. Ahora descansa un poco, Serena.

—Pero, Thorensen, necesito más, hoy solo me has traído unas pocas... —La mano de la chica, como una garra, buscó sobre la colcha el puñado de gemas que el propietario de la mina y el mulato habían sacado de la caja fuerte aquella tarde.

Sanders estaba a punto de protestar, pero la joven se volvió y pareció hundirse en el sueño. Las gemas se asemejaban a escarabajos sobre la piel blanca de su pecho.

Thorensen le dio un codazo a Sanders. Entraron en la cocina. Antes de cerrar la puerta, miró a la muchacha con ojos melancólicos, como si temiera que pudiera convertirse en polvo si la dejaba sola y, casi sin darse cuenta de que Sanders estaba allí, dijo:

—Vayamos a comer algo.

En el otro extremo de la cocina, junto a la puerta, el mulato y el africano se habían sentado en un banco y dormitaban sobre sus armas. La cocina estaba casi vacía. Había una nevera desconectada encima de la estufa apagada. Thorensen abrió la puerta y empezó a vaciarse los bolsillos de gemas y a dejarlas en los estantes, parecían cerezas entre la media docena de latas de carne en conserva y de judías. Una fina capa de escarcha cristalina cubría el esmalte exterior de la nevera, como todo lo que había en la cocina, pero las paredes interiores del refrigerador no estaban afectadas.

—¿Quién es ella? —preguntó Sanders mientras el otro abría la tapa de una lata—. Tiene que sacarla de aquí. Necesita tratamiento específico, y este no es el lugar para...

—¡Doctor! —Thorensen levantó una mano para silenciar al doctor. Parecía estar siempre ocultando algo, bajaba la mirada cada vez que hablaba con Sanders—. Ahora ella es mi... esposa —dijo con un curioso énfasis, como si todavía tratara de asimilar ese hecho en su mente—. Serena estará más segura aquí, siempre y cuando yo pueda controlar a Ventress.

—¡Pero él solo trata de salvarla! Por el amor de Dios, el hombre...

—¡Él es un demente! —gritó Thorensen con una energía inesperada. Los dos hombres del otro extremo de la cocina se

volvieron a mirarlo—. ¡Pasó seis meses con una camisa de fuerza! No trata de ayudar a Serena; lo único que quiere es llevársela de regreso a su casa de locos en medio del pantano.

Mientras comían la carne fría directamente de la lata con el tenedor, Thorensen le explicó a Sanders algunas cosas sobre Ventress, aquel arquitecto extraño y melancólico que había diseñado muchos de los nuevos edificios del Gobierno en Lagos y Accra, y que dos años antes había abandonado abruptamente el trabajo. Se había casado con Serena cuando ella tenía diecisiete años, después de sobornar a los padres, una pareja pobre de colonos franceses que vivía en Libreville, a las pocas horas de verla en la calle delante de su oficina cuando se marchaba de allí por última vez. Se la había llevado a una casa extravagantemente grotesca que había construido en una isla anegada, rodeada por los cocodrilos de los pantanos, a unos quince kilómetros al norte de Mont Royal, donde el río Matarre se ensanchaba formando una serie de lagos poco profundos. Según Thorensen, Ventress había hablado con Serena muy pocas veces después de la boda, y le impedía salir de la casa y que viera a nadie, excepto a un criado negro ciego. Al parecer, representaba a su joven esposa en una suerte de sueño prerrafaelista, enjaulada en su casa como el espíritu perdido de su propia imaginación. Thorensen la había encontrado allí, ya tuberculosa, durante una de sus partidas de caza, cuando se le rompió el eje de la hélice del yate y se quedó varado en la isla. La visitó varias veces durante las largas ausencias de Ventress, y ella finalmente se escapó con él después de que se incendiara la casa. Thorensen la envió a un sanatorio en Rodesia, y había preparado su enorme mansión de Mont Royal, llena de imitaciones de antigüedades, para cuando ella estuviera de regreso. Después de la desaparición de la muchacha, y de los primeros trámites legales para la anulación del matrimonio, Ventress se volvió loco y se internó voluntariamente algún tiempo en un sanatorio mental. Ahora había vuelto con la obsesión de secuestrar a Serena y

llevarla de nuevo a la casa en ruinas de los pantanos. Thorensen parecía convencido de que la lunática y malsana presencia de Ventress era la causa del persistente malestar de Serena.

Sin embargo, cuando Sanders le pidió que le dejara verla de nuevo, con la esperanza de persuadir a Thorensen de que la sacara de la selva congelada, el propietario de la mina se negó.

—Está bien aquí —le respondió a Sanders tenazmente—. No se preocupe.

—Pero, Thorensen, ¿cuánto tiempo más cree que durará aquí? Toda la jungla se está cristalizando, ¿no se da cuenta?

—¡Ella está bien! —insistió. Se levantó y miró la mesa. En la penumbra, su perfil encorvado con el pelo rubio se asemejó a la silueta de un cadalso—. Doctor, he vivido mucho tiempo en esta selva. La única posibilidad que tiene ella está aquí.

Intrigado por aquella frase críptica y el significado personal que pudiera tener para Thorensen, Sanders se sentó en una silla junto a la mesa. En la oscuridad sonó una sirena procedente del río, y los ecos reverberaron contra el frágil follaje de alrededor de la casa.

Thorensen habló con el mulato y volvió junto a Sanders.

—Le dejo en manos de mis ayudantes, doctor. Estaré pronto de vuelta. —Sacó un rollo de vendas del estante al lado de la cocinilla y luego le hizo un gesto al africano herido—. Kagwa, deja que te mire el médico.

Después de que Thorensen se hubo marchado, Sanders examinó las heridas de disparo en la pierna y el pecho del hombre y se las limpió con unas gasas. Una docena de perdigones había penetrado en su piel, pero las heridas ya casi estaban cicatrizadas; eran escoriaciones inertes que no mostraban ninguna tendencia a sangrar o a ulcerarse.

—Tiene suerte —le dijo al africano cuando hubo terminado—. Me sorprende que pueda caminar —y añadió—: Le vi esta tarde... en los espejos de la casa de Thorensen.

El joven le mostró una sonrisa amistosa.

—Era a *monsieur* Ventress a quien buscábamos, doctor. Hay mucha caza en la selva, ¿no cree?

—Tiene razón, aunque dudo que ninguno de ustedes sepa qué es lo que está buscando. —Sanders notó que el mulato lo miraba con más interés de lo habitual—. Dígame, ¿trabaja para Thorensen? —le preguntó a Kagwa, decidido a sacar el máximo provecho de la buena disposición del joven—. ¿En su mina?

—La mina está cerrada, doctor, pero yo era el encargado de los depósitos técnicos. —Asintió con orgullo—. De toda la mina.

—Un trabajo importante. —Sanders señaló hacia la puerta del dormitorio donde estaba la muchacha—. La señora Ventress..., Serena, creo que la llamó Thorensen, tienen que sacarla de aquí. Usted es un hombre inteligente, señor Kagwa, y se habrá dado cuenta. Unos días más aquí y será como si estuviera muerta.

Kagwa le dio la espalda al doctor y sonrió para sus adentros. Se miró los vendajes de la pierna y el pecho y se los tocó con aire pensativo.

—Como si estuviera muerta... Una gran frase, doctor. Entiendo lo que dice, pero ahora lo mejor para *madame* Ventress es quedarse aquí.

Apenas controlando la voz, Sanders exclamó:

—¡Por el amor de Dios, Kagwa, ella se morirá! ¿No lo entiende? ¿A qué demonios está jugando Thorensen?

Kagwa levantó las manos para tranquilizar a Sanders. Girando sobre la pierna sana, apoyó la otra contra la mesa.

—Usted, doctor, habla en términos médicos. ¡Escuche! —insistió cuando Sanders intentó protestar—. No le estoy ofreciendo ninguna magia *juju*; soy un africano educado. Pero están ocurriendo muchas cosas extrañas en esta selva. Quiere…

Se interrumpió cuando el mulato le ladró unas palabras y salió al porche. Oyeron a Thorensen que llegaba con dos o tres hombres más, sus botas aplastaban el frágil follaje a lo largo de la orilla.

Cuando Sanders se dirigió hacia la puerta, Kagwa le tocó el brazo. Con una sonrisa de advertencia, le sugirió al médico:

—Recuerde, doctor, siga un camino por la selva, pero busque otro más por si acaso. —Entonces, rifle en mano, salió cojeando sobre la pierna vendada.

Thorensen recibió a Sanders en el porche. Subió pesadamente los escalones, cerrándose la cremallera del chaquetón de cuero en el frío sepulcral de la casa de verano.

—¿Aún aquí, doctor? Le traigo un par de guías. —Señaló a los dos africanos que estaban al pie de la escalera. Eran miembros de la tripulación del yate, llevaban camisas y pantalones vaqueros. Uno usaba una gorra de visera blanca calada sobre la frente. Ambos llevaban carabinas y observaban la selva con mucho interés—. Mi barco está amarrado cerca de aquí —explicó Thorensen—. Lo llevaría por el río si el motor no hubiera dejado de funcionar. De todos modos, llegará a Mont Royal enseguida.

Mientras decía eso, entró a grandes zancadas en la cocina y, un momento después, Sanders lo oyó entrar en el dormitorio.

Rodeado por las brillantes figuras de los cuatro africanos, tallados en escarcha contra la penumbra, Sanders esperó a que reapareciera Thorensen. Luego se volvió y siguió a los guías, dejando al propietario de la mina y a Serena encerrados juntos en el sepulcro de aquella casa de verano. Al entrar en la selva se volvió y miró hacia el porche, donde Kagwa, el joven africano, todavía estaba mirándolo. Su cuerpo oscuro, casi exactamente dividido en dos por las vendas blancas, le hizo pensar en Louise Peret y en las palabras de la muchacha sobre el día del equinoccio. Recordó su breve conversación con Kagwa, y empezó a comprender los motivos de Thorensen para tratar de mantener a Serena Ventress dentro de la zona afectada. Ante el temor de que ella pudiera morir, prefería aquella inmolación semianimada dentro de la bóveda cristalina a su muerte física en el mundo exterior. Tal vez había visto insectos y pájaros inmovilizados vivos dentro de sus prismas, y había decidido

erróneamente que aquella era la única vía de escape para su novia moribunda.

Siguiendo el camino que bordeaba la ensenada, avanzaron hacia el lugar de inspección, que el doctor estimaba a poco más de un kilómetro corriente abajo. Con un poco de suerte, habría una unidad del ejército estacionada en los márgenes más cercanos de la zona afectada, y los soldados podrían volver sobre sus pasos y rescatar al propietario de la mina y a Serena Ventress.

Los dos guías avanzaban a buen ritmo, casi sin detenerse a elegir la dirección, uno delante de Sanders y el otro, el de la gorra de visera, diez metros por detrás. Pasados quince minutos, cuando ya habían recorrido casi un kilómetro y medio, aún estaban en medio de la selva. El médico se dio cuenta de que el verdadero objetivo de los marineros no era llevarlo a ningún lugar seguro. Thorensen lo había enviado a la selva y no había dudas de que estaba utilizándolo, con las mismas palabras de Ventress, como un señuelo, confiando en que el arquitecto trataría de llegar al doctor para que le contara algo de su esposa secuestrada.

Cuando entraron por segunda vez en un pequeño claro entre dos bosquecillos de robles, Sanders se detuvo y se volvió hacia el marinero de la gorra de visera. Empezó a protestar, pero el hombre negó con la cabeza y le hizo un gesto con la carabina para que siguiera.

Cinco minutos más tarde, Sanders descubrió que estaba solo. El camino por delante estaba desierto. Deshizo el sendero hasta el claro, donde las sombras brillaban vacuamente en el suelo de la selva. Los guías habían desaparecido entre la espesura.

El médico miró por encima del hombro hacia las oscuras grutas que rodeaban el claro, tratando de escuchar las pisadas, pero las cortezas de los árboles cantaban y crujían mientras el bosque se enfriaba en la oscuridad. Arriba, a través del entramado de celosías que se extendían por el claro, vio el fracturado cuenco de la luna. A su alrededor, en las paredes vítreas, las estrellas reflejadas centelleaban como luciérnagas.

Siguió adelante por el camino. Ahora su ropa había empezado a brillar en la oscuridad, y la escarcha que le cubría el traje destellaba a la luz de las estrellas. Astillas de cristal crecían en la esfera de su reloj de pulsera, encerrándole la muñeca en un medallón de piedra lunar.

A unos cien metros detrás de él, el estruendo de un rifle repiqueteó a través de los árboles. En respuesta se oyeron dos disparos de carabina, y una mezcla confusa de pasos a la carrera, gritos y tiroteos alcanzó a Sanders mientras se agachaba detrás de un tronco. De repente todo quedó en silencio. Esperó, observando en la oscuridad a su alrededor. Por el sendero llegaron unos pocos sonidos fragmentados e irreconocibles. Se oyó un grito breve, ahogado por un segundo disparo de rifle. A lo lejos gimoteaba la voz de un africano.

Sanders regresó al camino por entre los árboles. A ocho metros, en un hueco entre las raíces de un roble, se encontró con la figura moribunda de uno de los guías. El hombre estaba medio sentado contra el tronco, derribado sobre las raíces por la potencia del impacto. Miró al doctor con ojos velados, con una mano se palpaba la sangre que le brotaba del pecho. Su gorra de visera descansaba en el suelo a cuatro metros de distancia, con la huella de un pie pequeño estampada en su superficie.

El médico se arrodilló a su lado. El africano apartó la mirada. Sus húmedos ojos trataban de enfocar el espacio entre los árboles en el río distante. La superficie petrificada se extendía como hielo blanco hasta la selva enjoyada de la orilla opuesta.

Una sirena se oyó en la dirección de la casa de verano. Al darse cuenta de que Thorensen y sus hombres no tendrían ningún reparo en deshacerse de él, Sanders se levantó. En silencio, el africano se estaba muriendo a sus pies. Lo dejó allí, cruzó el sendero y se dirigió hacia el río.

Al llegar a la orilla, vio el yate amarrado en una charca de agua clara a casi medio kilómetro de distancia, en la desembocadura de un pequeño arroyo que serpenteaba más allá de un embarcadero en

ruinas. Un reflector brilló en el puente del yate, deslizándose sobre la superficie blanca que se extendía por el canal del río hasta mar abierto.

Asomando la cabeza de vez en cuando, Sanders avanzó agachado por entre la hierba que crecía en la orilla. Su propia sombra, proyectada por el reflector, corría por delante de él entre los árboles cristalizados: su silueta oscura manchada por la luz enjoyada.

Un kilómetro río abajo, el canal se ensanchaba en un amplio glaciar. En la superficie vio los tejados distantes de Mont Royal. Discurría por la oscuridad como una calzada de gas congelado, hendido por profundas grietas. Por el fondo corría el agua helada del canal original. Sanders se asomó a los bordes de las fisuras, esperando ver señales del cuerpo de Radek varado en las playas de hielo del interior.

Cuando la superficie empezó a dividirse en una serie de enormes cataratas, salió del río y se acercó a las afueras de Mont Royal. El contorno escarchado de la valla y los restos del material militar señalaban el lugar de la anterior zona de inspección. La escarcha había cubierto el remolque del laboratorio, las mesas y los equipos que estaban cerca. Las ramas de la centrifugadora habían vuelto a florecer con brillantes gemas. Sanders cogió un casco abandonado, ahora convertido en un puercoespín de cristal, y lo metió por una ventanilla del remolque.

En la oscuridad, las casas de tejados blancos del pueblo minero brillaban como los templos funerarios de una necrópolis. Las cornisas estaban decoradas con innumerables capiteles y gárgolas, unidas entre sí por el entramado de escarcha en plena expansión. Un viento helado soplaba por las calles desiertas, y había bosquecillos de astillas fosilizadas, que llegaban hasta la cintura de un hombre, entre los que yacían incrustados automóviles abandonados como saurios acorazados en un antiguo lecho oceánico.

El proceso de cristalización iba en aumento por todas partes. Los pies de Sanders estaban metidos en grandes zapatillas de cristal. Aquellas espuelas le permitían caminar por la superficie afilada de la calle, pero las agujas de sus pies pronto se fundirían con las del suelo y quedaría inmovilizado. La entrada oriental del pueblo aparecía sellada por la selva y el camino en erupción. El doctor volvió cojeando al río, con la esperanza de remontar las cataratas y dirigirse al campamento base del sur. Cuando subía por el primer bloque de cristal, oyó la corriente subterránea que discurría por la morrena hacia el río abierto.

Una larga grieta de bordes abruptos que cruzaba la catarata en diagonal conducía a una serie de galerías parecidas a las terrazas elevadas de una catedral. Más allá, las cascadas de hielo se derramaban sobre una playa blanca que parecía delimitar por el sur la zona afectada. Entre las cascadas se veían aberturas que daban a los canales subterráneos, y una corriente de agua iluminada por una luna discurría por entre los bloques hasta desembocar en un río poco profundo, a unos tres metros por debajo del curso original. Sanders caminó a lo largo de la playa congelada, contemplando la selva cristalizada a cada lado. Los árboles eran más opacos; ahora las vainas de cristal cubrían a medias los troncos de los árboles, como hielo medio derretido.

Cincuenta metros más adelante, en la zona de la playa de hielo que se estrechaba al paso del agua, Sanders vio la figura oscura de un hombre debajo de uno de los árboles que sobresalían. Con un gesto de cansancio, echó a correr en su dirección.

—¡Espere! —le gritó, temiendo que el hombre pudiera huir a la selva—. Por aquí...

A diez metros de distancia, aminoró el paso. El hombre continuaba inmóvil debajo del árbol. Con la cabeza gacha, cargaba a hombros un trozo grande de madera. Un soldado, decidió Sanders, recogiendo leña.

Cuando se le acercó, el hombre se tambaleó hacia adelante, en un gesto defensivo y agresivo a la vez. La luz de las cascadas de

hielo le iluminó el cuerpo destrozado.

—¡Radek..., Dios mío! —Horrorizado, Sanders retrocedió tambaleándose, y casi tropezó con una raíz que despuntaba en el hielo—. ¿Radek?

El individuo vaciló, como un animal herido que no supiera si rendirse o atacar. Sobre los hombros llevaba todavía el yugo de madera que Sanders le había atado con el cinturón. Dio un doloroso tirón con el lado izquierdo del cuerpo, como si tratara de librarse de aquel íncubo, pero era incapaz de levantar la mano hasta la hebilla detrás de la cabeza. El lado derecho del cuerpo estaba desmadejado, colgado de la cruz de madera como el cadáver de un hombre muerto hacía mucho. Una herida enorme se abría en carne viva desde el codo y le pasaba por el hombro hasta el esternón. De su rostro desgarrado, que miraba a Sanders con un único ojo, aún manaba sangre que caía al suelo de hielo blanco.

Reconociendo el cinturón con el que había atado el palo de madera a los hombros de Radek, el doctor avanzó unos pasos, haciéndole gestos para apaciguarlo. Recordó la advertencia de Ventress, y los trozos de cristal que había arrancado del cuerpo de Radek cuando lo arrastró desde el helicóptero. Y también recordó a Aragon dándose golpecitos en el colmillo y diciendo: «Cubierto... no sé si es la palabra adecuada. Mi diente es todo de oro, doctor».

—Deje que le ayude... —Sanders se acercó cuando Radek vaciló —. Créame, yo quería salvarlo…

Tratando todavía de quitarse el madero de los hombros, Radek se volvió hacia Sanders. Por su mente parecieron cruzar vagos pensamientos, y luego enfocó al doctor con el ojo que le quedaba.

—Radek... —Sanders levantó la mano para calmarlo, sin saber si le atacaría o huiría hacia la selva como un animal herido.

Entonces Radek se le acercó con paso vacilante. Algo parecido a un gruñido salió de su garganta. Se movió de nuevo, casi derrumbándose bajo el peso del madero oscilante.

—Lléveme... —empezó a decir. Dio otro paso tambaleante. Extendió un brazo ensangrentado como un cetro—. ¡Lléveme de

vuelta!

Forcejeó de nuevo, balanceando los hombros de un lado a otro, con un pie batiendo el hielo, con el rostro iluminado por la luz enjoyada de la selva. El médico lo observó mientras avanzaba con el brazo extendido, como si quisiera agarrarlo por el hombro. Sin embargo, parecía haber olvidado ya a Sanders, y toda su atención se centraba en las cascadas de hielo.

El doctor se apartó de su camino, dispuesto a dejarlo pasar. Pero, de repente, Radek balanceó el madero y golpeó a Sanders, que quedó frente a él.

—¡Lléveme...!

—¡Radek...! —Aturdido por el golpe, Sanders trastabilló hacia delante, como un espectador arrastrado hacia un sangriento calvario por la propia víctima. Un paso tras otro, dando cada vez más tumbos y mientras la luz prismática de la selva se mezclaba con su sangre, Radek avanzó cada vez más deprisa. El madero que llevaba sobre los hombros le cortaba al doctor la huida.

Sanders echó a correr hacia las cascadas de hielo. A unos veinte metros del primer bloque, donde los arroyos de los canales subterráneos corrían bajo sus pies con un agua tan oscura y fría como sus recuerdos del mundo exterior, se volvió y se lanzó a la corriente poco profunda. Radek dejó escapar un último lamento, y Sanders se zambulló en el río hasta los hombros y se alejó nadando por las aguas plateadas.

# 10

# La máscara

Unas horas más tarde, mientras caminaba empapado por los límites de la selva iluminada, Sanders llegó a una carretera ancha y desierta bajo el claro de luna. A lo lejos vio la silueta de un hotel blanco. La fachada alargada y las columnas derrumbadas parecían unas ruinas iluminadas por reflectores. A la izquierda de la carretera, las laderas llenas de vegetación subían hacia las colinas azules más allá de Mont Royal.

Esta vez, cuando se acercó a un hombre que estaba de pie junto a un Land Rover en la explanada vacía frente al hotel, el gesto que hizo con la mano fue respondido por un grito receptivo. Una segunda figura que patrullaba el hotel en ruinas cruzó la carretera corriendo. Conectaron el reflector del techo del vehículo y apuntaron a la carretera, delante del doctor Sanders. Los dos nativos, vestidos con el uniforme de servicio del hospital local, se adelantaron a recibirle. A la luz de la selva le observaron con ojos límpidos, mientras le ayudaban a subir al Land Rover, agarrando con los oscuros dedos la tela empapada de su traje.

El doctor se recostó en el asiento, demasiado cansado para identificarse ante los hombres. Uno de ellos se sentó en el asiento del conductor y conectó el trasmisor de radio del vehículo. Mientras hablaba por el micrófono, miró los cristales que se derretían en los zapatos y el reloj de pulsera de Sanders. La luz blanca brillaba levemente en el oscuro habitáculo. El último cristal de la esfera del

reloj se deshizo con un breve destello de luz y, de pronto, con un movimiento brusco, las manecillas empezaron a girar.

La carretera señalaba el límite de la zona afectada, y al doctor Sanders la oscuridad de alrededor le pareció absoluta; el aire negro, inerte y vacío. Tras el interminable fulgor de la jungla cristalizada, los árboles a los lados de la carretera, el hotel en ruinas e incluso los hombres que lo acompañaban parecían vagos reflejos de sí mismos, réplicas de los originales iluminadas en alguna tierra distante, en las fuentes del río petrificado. A pesar del alivio por haber escapado de la selva, esa sensación de irrealidad y absoluta quietud, de encontrarse en los escollos de un mundo agotado, hizo que le invadiera un sentimiento de fracaso y decepción.

Un automóvil se acercaba por la carretera. El conductor del Land Rover le hizo una señal con el reflector y el coche giró y se detuvo junto a ellos. Bajó un hombre alto, vestido con un uniforme de campaña del ejército encima de las ropas de civil. Metió la cabeza por la ventanilla, miró al médico y luego saludó con la cabeza al conductor nativo.

—¿El doctor Sanders? —preguntó—. ¿Se encuentra bien?

—¡Aragon! —Sanders abrió la puerta e hizo gesto de bajarse, pero Aragon le indicó con una seña que no lo hiciera—. Capitán..., casi me había olvidado. ¿Louise está con usted? *Mademoiselle* Peret.

Aragon negó con la cabeza.

—Está en el campamento con los otros visitantes, doctor. Pensamos que usted podía salir por aquí. Hemos estado vigilando la carretera. —Aragon se hizo a un lado para que la luz de los faros de su coche iluminara mejor el rostro de Sanders. Lo miró a los ojos, tratando de evaluar el impacto interior de la selva—. Tiene suerte de estar aquí, doctor. Temen que muchos de los soldados se hayan perdido en la selva, piensan que el capitán Radek ha muerto. El área afectada se extiende en todas direcciones. Ahora su tamaño es mucho mayor que antes.

El conductor del automóvil de Aragon desconectó el motor. Cuando la luz de los faros se desvaneció, Sanders se inclinó hacia

delante.

—¿Louise está a salvo, capitán? Me gustaría verla.

—Mañana. Ella vendrá a la clínica de sus amigos, entiende que usted debe verlos primero a ellos. El doctor Clair y su esposa están ahora en la clínica. Ellos lo cuidarán.

Regresó a su automóvil, que dio la vuelta y se alejó velozmente por la carretera oscura.

Cinco minutos más tarde, después de un corto trayecto por un desvío que pasaba por una vieja mina, el Land Rover entró en el recinto del hospital de la misión. Unas pocas lámparas de aceite ardían en las dependencias, y varias familias nativas estaban agrupadas frente a sus carros en el patio, reacias a refugiarse en el interior del edificio. Los hombres se encontraban sentados en un grupo alrededor de la fuente vacía que había en el centro, y el humo de sus cigarros formaba volutas blancas en la penumbra.

—¿El doctor Clair está aquí? —le preguntó Sanders al conductor —. ¿Y la señora Clair?

—Los dos aquí, sí, señor —respondió el conductor, que apenas dominaba su idioma, y miró a Sanders, todavía inseguro de aquella aparición que se había materializado en el límite de la selva cristalina —. ¿Usted doctor Sanders, señor? —se aventuró a decir mientras aparcaban.

—Así es. ¿Me están esperando?

—Sí, señor. Ayer el doctor Clair en Mont Royal buscándolo a usted, pero problemas en el pueblo, señor, y se fue.

—Ya lo sé. Todo ha enloquecido... Siento no haber llegado a tiempo.

Mientras Sanders salía del coche, una figura corpulenta y familiar, con una bata blanca de algodón y ojos miopes debajo de una frente prominente, bajó corriendo los escalones en su dirección.

—¿Edward? ¡Mi querido amigo, por el amor de Dios! —Cogió a Sanders por el brazo—. ¿Dónde demonios te has metido?

Sanders sintió que se relajaba por primera vez desde su llegada a Port Matarre; es más, desde su partida de la leprosería de Fort Isabelle.

—Max, ojalá lo supiera. Me alegro de verte. —Estrechó la mano de Clair, con fuerza y detenidamente—. Esto es una locura... ¿Cómo estás, Max? ¿Y cómo está Suzanne? ¿Está...?

—Está bien, está bien. Espera un momento. —Dejó a Sanders en la escalera, se acercó a los nativos del Land Rover y les dio unas palmadas en el hombro. Miró a los otros nativos en cuclillas sobre sus fardos a la luz tenue de las lámparas y los saludó con la mano. A un kilómetro de distancia, más allá de los tejados de los edificios anexos, un inmenso manto de luz plateada brillaba en el cielo nocturno sobre la selva—. Suzanne estará encantada de verte, Edward —dijo Max al volver a su lado. Parecía más preocupado de lo que recordaba Sanders—. Hemos hablado mucho de ti... Siento lo de ayer por la tarde. Suzanne había prometido visitar uno de los dispensarios de la mina, y después de que Thorensen se pusiera en contacto conmigo, no funcionaba la línea telefónica. —La excusa era pobre, y Max se disculpó con una sonrisa.

Cruzaron un patio interior hasta el otro extremo, donde había una villa grande. Sanders se detuvo a mirar por las ventanas de las salas vacías. En algún lugar zumbaba un generador, y unas cuantas bombillas de luz eléctrica brillaban en los extremos de los pasillos, pero el hospital parecía desierto.

—Max, cometí un terrible error. —Habló con rapidez, con la esperanza de que Suzanne no apareciera y lo interrumpiera. Media hora más tarde, cuando los tres estuvieran relajados con una copa en la mano en la comodidad de la sala de los Clair, la tragedia de Radek dejaría de parecerle real—. Ese hombre, Radek, un capitán del cuerpo médico… Lo encontré en medio de la selva, cristalizado por completo. ¿Sabes lo que quiero decir? —Max asintió, mirándole de arriba abajo con más atención de lo habitual. Sanders continuó—: Creí que el único modo de salvarlo era sumergirlo en el río, pero

tenía que arrancarlo de donde estaba. Se desprendieron algunos cristales de su cuerpo, y no me di cuenta...

—¡Edward! —Max lo cogió del brazo y lo llevó por el sendero—. Eso no...

Sanders le apartó la mano.

—Max, lo encontré más tarde; le había arrancado la mitad de la cara y del pecho...

—¡Por el amor de Dios! —Max le apretó el brazo—. El tuyo no fue el primer error, no te lo reproches.

—Max, yo no... Entiéndeme, ¡hay más! —Sanders dudó—. El problema es que... él quería volver. ¡Quería volver a la selva y cristalizarse otra vez! ¡Él sabía algo, Max, sabía algo!

Clair bajó la cabeza y se alejó unos pasos. Contempló los oscuros ventanales de la villa, donde la figura alta de su mujer los observaba desde la puerta entreabierta.

—Ahí está Suzanne —dijo—. Se aliviará al verte, Edward, pero... —de un modo vago, como distraído por asuntos distintos de los que Sanders le contaba, añadió—: querrás cambiarte de ropa, tengo un traje que te quedará bien, de uno de los pacientes europeos muerto, si no te importa eso..., y tienes que comer algo. Ese maldito frío de la selva te habrá debilitado.

Sanders miraba a Suzanne Clair. En vez de salir a saludarlo, se había refugiado en la oscuridad de la sala, y al principio él se preguntó si quedaría algún resto de su embarazoso pasado en común. Aunque sentía que su antigua relación con Suzanne no lo separaba de Max, sino que, de algún modo, lo unía más a él, Max parecía distante y nervioso, casi como si le molestara su llegada.

Pero Sanders vio la sonrisa de bienvenida en el rostro de Suzanne. Llevaba un vestido de noche de seda negra que hacía que su figura alta fuese casi invisible contra las sombras de la sala, y la luz pálida de su rostro flotaba encima como un aura.

—Suzanne..., verte es algo maravilloso. —Sanders le tomó la mano con una sonrisa—. Tenía miedo de que la selva os hubiera tragado a ambos. ¿Cómo estás?

—Muy feliz, Edward. —Sin soltar el brazo de Sanders, Suzanne se volvió hacia su marido—. Encantada de que hayas llegado, ahora podrás compartir la selva con nosotros.

—Querida mía, creo que el pobre ya ha tenido suficiente. —Max se agachó entre el sofá y una estantería, y encendió una lámpara de escritorio que estaba en el suelo. La tenue luz iluminó los títulos dorados de los lomos de piel de los libros, pero el resto de la habitación permaneció en sombras—. ¿Te das cuenta de que ha estado atrapado en la selva desde ayer por la tarde?

—¿Atrapado...? —Suzanne se apartó de él, fue hasta el ventanal y lo cerró. Contempló el resplandeciente cielo nocturno de la selva, y luego se sentó en una silla cerca de un gabinete de madera en la pared del fondo—. ¿Esa es la palabra correcta? Te envidio, Edward, habrá sido una experiencia maravillosa.

—Bueno... —Aceptando la copa que le ofrecía Max, que ahora se servía medio vaso de la botella de *whisky*, Sanders se apoyó en la repisa de la chimenea. Oculta por la sombra del gabinete, Suzanne seguía sonriéndole, pero ese reflejo de su antiguo buen humor parecía contaminado por la ambigua atmósfera de la sala. Se preguntó si aquella sensación se debía a su propio cansancio, aunque le parecía que había algo fuera de tono en aquella reunión, como si una dimensión invisible se hubiera colado furtivamente en la sala. Todavía llevaba puesta la ropa con la que había nadado en el río, pero Max no hizo ningún movimiento para ayudarlo a cambiarse.

Sanders levantó la copa hacia Suzanne.

—Supongo que se podría llamar maravillosa —dijo—. Es una cuestión de grado... No estaba preparado para todo lo está pasando aquí.

—Maravilloso… Nunca lo olvidarás. —Suzanne se inclinó hacia delante. Llevaba la melena larga y oscura peinada de una manera inusual, sobre la cara, ocultándole las mejillas—. Cuéntamelo todo, Edward, yo...

—Querida mía —Max levantó la mano—, dale tiempo al pobre para que recupere el aliento. Además, ahora querrá comer algo, y

luego irse a la cama. Podemos hablar de todo el asunto durante el desayuno. —Y le dijo a Sanders—: Suzanne pasa mucho tiempo paseando por la selva.

—¿Paseando? —repitió Sanders—. ¿Qué quieres decir?

—Solo por el borde, Edward —dijo Suzanne—. Aquí estamos en el límite de la selva, pero es suficiente: he visto esas bóvedas enjoyadas. —Animada, añadió—: Hace unas pocas mañanas, salí antes del amanecer, los zapatos se me empezaron a cristalizar, ¡mis pies se estaban convirtiendo en diamantes y esmeraldas!

Con una sonrisa, Max dijo:

—Querida, eres la princesa del bosque encantado.

—Lo fui, Max, lo fui. —Suzanne asintió y miró a su marido, que bajó la mirada a la alfombra y luego se volvió hacia Sanders. Suzanne continuó—: Edward, ahora ya no podríamos irnos de aquí.

El doctor se encogió de hombros.

—Lo entiendo, Suzanne, pero puede que no tengáis otro remedio. La zona afectada se está extendiendo. Solo Dios sabe cuál es el origen de todo esto, pero parece que no hay muchas probabilidades de detenerlo.

—¿Y por qué intentarlo? —Suzanne miró a Sanders—. ¿No deberíamos estarle agradecidos a la selva por ofrecernos esta recompensa?

Max terminó su copa.

—Suzanne, moralizas como un misionero. Todo lo que quiere Edward en este momento es cambiarse de ropa y comer algo. —Se acercó a la puerta—. Vuelvo en un momento, Edward. Hay una habitación preparada para ti. Sírvete otra copa.

Cuando Max se hubo marchado, Sanders le dijo a Suzanne mientras se llenaba el vaso con soda:

—Debes de estar cansada. Siento haberte mantenido despierta.

—No, en absoluto. Ahora duermo durante el día... Max y yo decidimos mantener el dispensario abierto día y noche. —Dándose cuenta de que la explicación no era muy convincente, añadió—: Para ser sincera, prefiero la noche, la selva se ve mejor.

—Eso es cierto. ¿Pero no te da miedo, Suzanne?

—¿Por qué? Es más fácil tener miedo de los propios sentimientos que de las cosas que los provocan. La selva no es así... La he aceptado, junto con todos los miedos que la acompañan. —Y en voz más baja, añadió—: Me alegro de que estés aquí, Edward. Creo que Max no entiende lo que pasa en la selva; hablo en el sentido más amplio, con todas nuestras ideas acerca del tiempo y de la mortalidad. ¿Cómo explicarlo? «La vida, como una cúpula de cristales de muchos colores, mancha el blanco resplandor de la eternidad». Estoy segura de que me entiendes.

Con la copa en la mano, Sanders cruzó la oscura sala. Aunque los ojos ya se le habían acostumbrado a la penumbra, el rostro de Suzanne todavía permanecía oculto por la sombra del gabinete de madera de granadillo. La sonrisa levemente burlona, casi tentadora, seguía dibujada en sus labios desde que él había llegado.

Al acercarse se dio cuenta de que aquella ligera inclinación ascendente de la boca no era en absoluto una sonrisa, sino un rictus facial causado por un engrosamiento nodular del labio superior. La piel de su rostro tenía un aspecto oscuro muy característico, y se las había arreglado para disimularlo con el pelo largo y una abundante capa de maquillaje. A pesar de aquel camuflaje, cuando Suzanne se inclinó ligeramente hacia atrás en la silla, alzando los hombros, le vio las protuberancias nodulares en toda la cara y en el lóbulo de la oreja izquierda. Tras tantos años de experiencia en la leprosería, reconoció enseguida el principio de la llamada *facies leonina*.

Desconcertado por su descubrimiento, aunque lo había medio adivinado al recibir la primera carta de Suzanne desde Mont Royal, Sanders se alejó al otro extremo de la habitación, con la esperanza de que ella no se hubiera dado cuenta de la manera delatora con la que se le había derramado un poco de su bebida en la alfombra. El primer sentimiento de ira hacia ese crimen de la naturaleza contra alguien que ya había pasado gran parte de su propia vida tratando de curar a otros de la enfermedad dio paso a una sensación de alivio, como si aquel fuera un desastre en particular para el que

ambos estaban psicológicamente bien preparados. Se dio cuenta de que había estado esperando que Suzanne contrajera la enfermedad; para él ese había sido quizás el único papel válido de ella. Incluso la relación entre ellos había sido un intento inconsciente de lograr ese fin. Él mismo, y no los pobres diablos de la leprosería, había sido la verdadera fuente de infección de Suzanne.

Sanders se terminó la copa y la dejó, luego se volvió hacia Suzanne. A pesar su anterior intimidad compartida, le resultaba imposible expresarse ante ella. Tras una pausa, dijo sin convicción:

—En su momento, Suzanne, sentí mucho que te fueras de Fort Isabelle. De hecho, tuve que esforzarme para no seguirte inmediatamente. Pero me alegro de que estés aquí, aunque para algunos pueda parecer una decisión extraña, pero lo entiendo. ¿Quién podría culparte por tratar de escapar del lado oscuro del sol?

Suzanne negó la cabeza, o confundida por sus crípticas palabras, o porque prefería no entenderlas.

—¿Qué quieres decir?

Sanders vaciló. Aunque parecía estar sonriendo, en realidad Suzanne trataba de controlar los movimientos involuntarios de sus labios. Su rostro, una vez elegante, estaba ahora torcido en una mueca que apenas conseguía disimular.

Él hizo un gesto con la mano.

—Pensaba en nuestros pacientes de Fort Isabelle. Para ellos...

—No tiene nada que ver con ellos. Edward, estás cansado, y yo tengo que ir al dispensario. No quiero retrasarte más la cena. —Suzanne se levantó con un movimiento rápido; su esbelta figura era más alta que Sanders. El rostro maquillado lo miró con una intensidad cadavérica que le recordó a Ventress. Luego, una vez más, apareció la sonrisa deforme. —Buenas noches, Edward. Nos veremos en el desayuno. Tenemos mucho de qué hablar.

Sanders la detuvo en la puerta.

—Suzanne...

—¿Qué pasa, Edward? —Ella entornó la puerta, impidiendo que la luz del pasillo le iluminara el rostro.

Él buscó algo que decir, y en un reflejo que casi no recordaba levantó los brazos para abrazarla. Entonces, atraído y repelido a la vez por aquel rostro herido, pero sabiendo que primero tenía que entender sus propios motivos, se alejó.

—No hay nada de qué hablar, Suzanne —dijo—. Tú ya lo has visto todo de la selva.

—No todo, Edward —le contestó Suzanne—. Un día tendrás que llevarme ahí fuera.

# 11

# El hotel blanco

A la mañana siguiente, vestido con las ropas del muerto, Sanders se encontró con Louise Peret. Había pasado la noche en una de las cuatro villas vacías que delimitaban los lados de un pequeño patio detrás del bungaló de los Clair. El resto del personal sanitario europeo había abandonado el hospital, y, antes del desayuno, ya vagaba por las villas desiertas, tratando de prepararse para el siguiente encuentro con Suzanne. Los pocos libros y revistas que quedaban en los estantes y las latas sin usar que había en la cocina parecían los restos de un mundo lejano.

Su nuevo traje había pertenecido a un ingeniero belga de una de las minas. El hombre, más o menos de su edad a juzgar por el corte de los pantalones y la chaqueta, había muerto de neumonía unas semanas atrás. En los bolsillos de la chaqueta, Sanders encontró pequeños trozos de corteza de árbol y unas cuantas hojas secas. Se preguntó si el hombre habría espirado su último suspiro mientras recogía aquellas muestras, entonces seguramente cristalizadas, en la selva.

Suzanne Clair no se presentó al desayuno. Cuando Sanders llegó al bungaló de los Clair y el joven criado lo hizo pasar al comedor, Max lo saludó con un dedo levantado.

—Suzanne está durmiendo —le dijo—. La pobre ha pasado una mala noche... Hay un montón de nativos por la maleza, supongo que

en busca de diamantes. Han traído aquí a sus enfermos, incurables la mayoría. ¿Y tú qué tal, Edward? ¿Cómo te sientes esta mañana?

—Bastante bien —dijo Sanders—. Por cierto, gracias por el traje.

—El tuyo ya está seco —dijo Max—. Te lo ha planchado uno de los chicos esta mañana. Si quieres cambiarte...

—Este está bien, y además abriga más. —Sanders palpó el tejido de sarga azul. De alguna manera, esa tela más oscura parecía más adecuada para el encuentro con Suzanne que su traje de algodón tropical, un disfraz apropiado para ese mundo inferior en el que ella dormía de día y solo aparecía de noche.

Max disfrutó de su desayuno, se comió el pomelo con las dos manos. Desde el encuentro de la noche anterior se había relajado por completo, casi como si la ausencia de Suzanne le diera su primera oportunidad de bajar la guardia con su amigo. Al mismo tiempo, Sanders adivinó que lo había dejado deliberadamente solo con Suzanne aquellos minutos para que se diera cuenta de por qué ella y Max se habían trasladado a Mont Royal.

—Edward, todavía no me has hablado de tu visita de ayer a la zona. ¿Qué pasó exactamente?

Sanders lo miró por encima de la mesa, sorprendido por el aparente desinterés de Max.

—Probablemente hayas visto tanto como yo. Toda la selva está cristalizándose. Por cierto, ¿conoces a Thorensen?

—Nuestra línea telefónica pasa por las oficinas de su mina. Lo he visto algunas veces... El traje que llevas pertenecía a uno de sus ingenieros. Siempre anda metido en algo.

—¿Qué sabes de la mujer que vive con él, Serena Ventress? Supongo que su relación es el chisme más habitual de por aquí.

—No, en absoluto. ¿Ventress, dices que se llama? Probablemente sea alguna *cocotte* sacada de alguna sala de baile de Libreville.

—No exactamente. —Sanders decidió no contarle nada. Al acabarse el desayuno, le habló de su llegada a Port Matarre y el viaje a Mont Royal, y concluyó con la explicación de su visita a la

zona de inspección. Al final, mientras iban por el patio, más allá de las salas vacías, mencionó la explicación del profesor Tatlin sobre el efecto Hubble, y lo que él mismo creía que significaba.

Sin embargo, Max no parecía muy interesado en sus palabras. Era evidente que consideraba la selva cristalizada como un fenómeno de la naturaleza que pronto remitiría y le permitiría seguir cuidando de Suzanne. Evitaba hacer referencias directas a ella cada vez que Sanders la mencionaba. Con un cierto orgullo, lo llevó a recorrer el hospital y le enseñó las salas adicionales y las instalaciones de rayos X, que él y Suzanne habían instalado durante su corta estancia.

—Créeme, Edward, ha sido un trabajo duro, aunque no todo el mérito es nuestro. Las empresas mineras nos proporcionan la mayoría de los pacientes, y en consecuencia la mayor parte del dinero.

Pasearon junto a la valla perimetral del lado este del hospital. En la lejanía, más allá de los edificios de una sola planta, se veía toda la extensión de la selva, su luz suave y brillante como una cúpula de cristal de colores bajo el resplandor de sol matutino. Aunque contenida todavía por la carretera perimetral cerca del hotel Bourbon, la zona afectada parecía haberse extendido varios kilómetros río abajo, llegando a las zonas boscosas de las orillas. Doscientos metros por encima de la selva, el aire parecía refulgir continuamente, como si los átomos que se cristalizaban estuvieran licuándose al viento y fueran remplazados por los que se elevaban de la selva.

Unos gritos y el crujir de unas cañas de bambú distrajeron a Sanders. A unos cincuenta metros de distancia, un grupo de celadores del hospital se movía entre los árboles del otro lado de la valla. Trataban de contener a una multitud de nativos ocultos bajo las sombras de las ramas. En lo que parecía ser una demostración de fuerza, los celadores soplaban sus silbatos y golpeaban el suelo a los pies de los nativos.

Sanders miró debajo de los árboles y se dio cuenta de que había al menos doscientos nativos, encorvados sobre bastones o acuclillados en pequeños grupos alrededor de sus bultos, mirando hacia la selva distante con ojos muertos. Todos ellos parecían lisiados o enfermos, con caras deformes y hombros y brazos esqueléticos. Los que estaban más cerca retrocedieron unos pocos metros entre los árboles, arrastrando a sus enfermos, pero los demás seguían inmóviles. No parecían ver los golpes de las cañas ni oír los silbatos. Supuso que no llegaban al hospital con la esperanza de encontrar ayuda y atención, sino que simplemente lo consideraban un escudo provisional que los protegería de la selva.

—Max, ¿qué diablos...? —Sanders saltó por encima de la valla de alambre. El grupo más cercano estaba a unos veinte metros de él, pero era casi imposible ver los cuerpos oscuros entre los desperdicios y la maleza de debajo de los árboles.

—Es una tribu de mendigos —explicó Max, tras seguir a Sanders al otro lado de la valla. Le devolvió el saludo a uno de los celadores —. No te preocupes por ellos, rondan por aquí todo el tiempo. Créeme, en realidad no buscan ayuda.

—Pero, Max... —Sanders avanzó unos pasos a través del claro. Los indígenas lo habían mirado sin mostrar expresión alguna, pero ahora, cuando se acercó a ellos, pareció que finalmente reaccionaban un poco. Un anciano de cabeza abultada se agachó como para rehuir la mirada del médico. Otro con las manos mutiladas las escondió entre las rodillas. No parecía que hubiera niños, pero aquí y allá vio pequeños bultos atados a las espaldas de algunas mujeres lisiadas. Todos se movían lentamente sobre sus propios lugares, apenas una leve agitación de los hombros, como si supieran que no podían ocultarse.

—Max, son...

Clair lo cogió del brazo. Empezó a tirar de Sanders hacia la valla.

—Sí, Edward, lo son. Son leprosos. Te siguen por todo el mundo, ¿no? Lo siento, pero no podemos hacer nada por ellos.

—¡Pero, Max...! —Sanders se volvió. Señaló las salas desiertas del recinto—. ¡El hospital está vacío! ¿Por qué los has echado?

—Nosotros no los hemos echado. —Max apartó la vista de los árboles—. Vienen de un pequeño campamento que no es del todo una leprosería y que atendía uno de los curas católicos. Cuando él se fue, simplemente abandonaron el campamento y empezaron a vagar por los bosques de los alrededores. Lo cierto es que no estaban muy bien atendidos; lo único que hacía aquel cura era rezar algunas oraciones, y no muchas, si es cierto lo que me han contado. Ahora han vuelto..., supongo que atraídos por la luz de la selva.

—Pero ¿por qué no atiendes a algunos? Tienes espacio suficiente para una docena por lo menos.

—Edward, no estamos preparados para tratarlos. Aunque quisiéramos, no iba a servir de nada. Créeme, tengo que pensar en Suzanne. Todos tenemos nuestros problemas, ya sabes.

—Por supuesto. —Sanders se contuvo—. Lo comprendo, Max. Ambos habéis hecho más de lo que podíais.

Max saltó por encima de la valla. Los celadores hacían retroceder a los últimos leprosos, golpeando con las cañas en las piernas a los más ancianos y a los tullidos que se retrasaban.

—Estaré en el quirófano, Edward. Tal vez podamos tomar una copa a las once. Si sales, díselo a alguno de los celadores.

Sanders se despidió de él con un gesto de la mano y se puso a caminar por el claro. Los celadores habían acabado su cometido y volvían a la garita de guardia con las cañas al hombro. Los leprosos se habían retirado a las sombras, casi fuera de la vista, pero él podía sentir, traspasándolo a él mismo, los ojos de aquellas personas fijos en la selva del otro lado, único vínculo existente entre los restos apenas reconocibles de humanidad y el mundo que lo rodeaba.

—¡Doctor! ¡Doctor Sanders!

Se volvió y vio a Louise Peret, que bajaba de un vehículo oficial del ejército estacionado junto a la entrada. Ella saludó con la mano al teniente francés que la miraba desde la ventanilla del conductor.

Él le devolvió el saludo con una reverencia, arrancó el motor y se marchó.

—Louise..., Aragon me dijo que vendrías esta mañana.

Louise llegó, se acercó a él y lo cogió del brazo, mostrándole una sonrisa de oreja a oreja.

—Edward, casi no te he reconocido. Este traje parece un disfraz.

—Creo que ahora lo necesito. —Con una media sonrisa, Sanders señaló los árboles a veinte metros de distancia, pero Louise no vio a los leprosos sentados en las sombras.

—Aragon me dijo que te habías quedado atrapado en la selva. —Y prosiguió, observándole con una expresión crítica—. Pero parece que aún estás entero. He hablado con el doctor Tatlin, el físico; me ha explicado sus teorías sobre lo que ocurre en la selva, algo muy complejo, créeme, todo sobre estrellas y el tiempo. Te sorprenderás cuando te lo cuente.

—Estoy seguro de ello. —Contento de escuchar su alegre cháchara, la cogió del brazo y la llevó hacia la zona de las villas de detrás del dispensario. Después del olor a antiséptico y el ambiente de enfermedad y de compromiso con la vida, el paso ligero de Louise y su cuerpo fresco parecían proceder de un mundo olvidado. La falda y la blusa blancas brillaban contra el polvo y los árboles oscuros con sus espectadores ocultos. Al sentir el roce de su cadera, casi creyó por un momento que se alejaba con ella para siempre de Mont Royal, del hospital y de la selva.

—¡Louise! —Sanders interrumpió con una risa el rápido resumen de la noche que había pasado en la base militar—. Por el amor de Dios, cállate. ¡Puede que no te des cuenta, pero me estás mostrando el catálogo completo de todos los oficiales del campamento!

—¡No! ¿Qué quieres decir? Oye, ¿adónde me llevas?

—A conseguir un café para ti y una copa para mí. Iremos a mi villa, y el criado de Max nos atenderá.

Louise vaciló.

—Está bien, pero ¿qué pasa con…?

—¿Suzanne? —Sanders se encogió de hombros—. Duerme.

—¿Cómo? ¿A estas horas?

—Siempre duerme durante el día. De noche se ocupa del dispensario. A decir verdad, apenas la he visto. —Consciente de que no era lo que Louise esperaba oír, se apresuró a añadir—: Ha sido inútil venir aquí, una completa decepción.

Louise asintió.

—Bueno —dijo ella convencida solo a medias—. Quizá sea mejor así. ¿Y tu amigo, el marido?

Antes de que Sanders pudiera responder, Louise se detuvo y lo agarró del brazo. Sorprendida, señaló los árboles. Allí, lejos de la carretera y de la garita de guardia, los leprosos solo habían retrocedido unos pocos pasos, y ahora sus rostros vigilantes eran claramente visibles.

—¡Edward! ¡Allí, esos! ¿Qué son?

—Humanos —le dijo Sanders con voz tranquila. Y con un leve sarcasmo, añadió—: No tengas miedo.

—No tengo miedo. ¿Qué están haciendo? ¡Dios mío, hay cientos! Estaban ahí todo el tiempo mientras hablábamos.

—Supongo que no se han molestado en escucharnos. —Hizo entrar a Louise por un hueco de la valla—. Pobres diablos, están ahí sentados, hechizados.

—¿Qué quieres decir? ¿Por mí?

Sanders se echó a reír ante aquella ocurrencia. Volvió a coger a Louise del brazo, pero ahora la abrazó con fuerza.

—Querida, ¿qué te han hecho esos franceses? Yo estoy hechizado por ti, pero me temo que esas personas solo están interesadas en la selva.

Cruzaron el pequeño patio y entraron en la villa. Sanders llamó con la campanilla al criado de los Clair y le pidió café para Louise y *whisky* con soda para él. Cuando se los trajeron, se instalaron en la sala. Él conectó el ventilador del techo y se quitó la chaqueta.

—¿Te quitas el disfraz? —preguntó Louise.

—Sí. —Arrastró un taburete y se sentó frente al sofá—. Me alegro de que estés aquí, Louise. Haces que este lugar se parezca

menos a una sepultura en ruinas.

Extendió la mano y recogió la taza y el platito de la joven. Se sentó a su lado, pero enseguida se levantó para cerrar la persiana de plástico de la ventana que daba al bungaló de los Clair.

—Edward —dijo ella—, para ser un hombre tan inseguro de su verdadera naturaleza, pareces muy calculador. —Lo miró divertida cuando se sentó a su lado en el sofá. Fingió que mantenía a raya sus manos y le preguntó—: ¿Todavía te estás probando, querido mío? A una mujer siempre le gusta saber su propio papel en todo momento, sobre todo en situaciones como esta. —Sanders no le contestó y Louise señaló la persiana—. Creí que habías dicho que dormía. ¿O es que aquí los vampiros vuelan de día?

Mientras ella se reía, Sanders la cogió de la barbilla con firmeza.

—El día y la noche, ¿es que ahora significan algo?

Almorzaron juntos en la villa. Después, él le describió sus experiencias en la selva.

—Recuerdo, Louise, que cuando llegué a Port Matarre me dijiste que era el día del equinoccio de primavera. Desde luego, antes no había pensado en ello, pero ahora me doy cuenta de que en el mundo fuera de la selva todo estaba dividido en claro y oscuro; se veía perfectamente en Port Matarre, esa extraña luz en las galerías y en la floresta de alrededor del pueblo, e incluso en las personas que lo habitan, donde cada uno tiene un gemelo claro u oscuro. Mirando hacia atrás, ahora creo que todos tienen sus parejas, Ventress con su traje blanco, y el propietario de la mina, Thorensen, con su banda de negros. En algún lugar de la selva, luchan entre sí por una moribunda. Y estáis tú y Suzanne, a la que aún no conoces, pero ella es tu opuesto exacto, tan escurridiza y sombría. Louise, cuando tú has llegado esta mañana, ha sido como si acabara de salir el sol. Y también está Balthus, ese sacerdote con el rostro como una máscara funeraria, aunque solo Dios sabe quién es su hermano gemelo.

—Tal vez tú, Edward.

—Puede que tengas razón. Supongo que trata de liberarse de la poca fe que le queda, así como yo trato de escapar de Fort Isabelle y de la leprosería. Radek me lo hizo ver, pobre hombre.

—Pero esta división, Edward, en blanco y negro... ¿por qué? Tú decides qué es blanco y qué es negro.

—¿Es así? Sospecho que se trata de algo más profundo. Puede que exista una diferencia fundamental entre la luz y la oscuridad que heredamos de las primeras criaturas vivas. Después de todo, la respuesta a la luz es una respuesta a todas las posibilidades de la vida misma. Por lo que sabemos, esa división es la más poderosa que existe, tal vez incluso la *única*, reforzada a diario por un curso de millones de años. Lo que lo mueve todo, en el sentido más simple, es el tiempo, y ahora que el tiempo se está agotando empezamos a ver los contrastes de todo con más claridad. No es una cuestión de identificar los conceptos morales del lado oscuro y de la luz, no estoy entre Ventress y Thorensen. Ahora, aislados, ambos son grotescos, pero quizá la selva los una. Allí, en ese lugar de arcoíris, nada se distingue de nada.

—Y Suzanne, tu oscura dama, ¿qué significa para ti, Edward?

—No estoy seguro. Es obvio que de alguna manera representa a la leprosería y todo lo que eso significa, el lado oscuro del equinoccio. Créeme, ahora reconozco que mis motivos para trabajar en la leprosería no eran del todo humanitarios, pero el simple hecho de aceptarlo no me ayuda. Por supuesto, la psique tiene su lado oscuro, y supongo que todo lo que uno puede hacer es encontrar la otra cara y reconciliarse con ella; es lo que ocurre ahí fuera, en la selva.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte en Mont Royal? —preguntó Louise—.

—Unos días más. No puedo irme inmediatamente. Desde mi punto de vista, venir aquí ha sido un completo fracaso, pero apenas los he visto y puede que necesiten mi ayuda.

—Edward... —Louise se acercó a la ventana y subió las hojas de la persiana para que entrara la luz de la tarde. Recortada contra el sol, el vestido blanco y la piel pálida se oscurecieron de repente. Mientras jugaba con la cadenita, abriendo y cerrando la persiana, su esbelta figura se iluminaba y eclipsaba como una imagen a través del obturador de una cámara—. Edward, una lancha del ejército regresa mañana a Port Matarre. Por la tarde. He decidido irme.

—Pero, Louise...

—Tengo que irme. —Lo miró, elevando la barbilla—. No hay esperanzas de encontrar a Anderson, a estas alturas debe de estar muerto, y le debo un artículo a la agencia de noticias.

—¿Artículo? Querida, eso son trivialidades. —Sanders se acercó al mueble bar, que estaba vacío a excepción de la botella de *whisky* —. Louise, esperaba que te quedaras conmigo. —Se interrumpió, consciente de que ella lo estaba poniendo a prueba y no quería molestarla. Fuera lo que fuera lo que había dicho sobre Suzanne, sabía que por el momento tenía que quedarse con ella y con Max. En todo caso, la lepra de Suzanne había aumentado su necesidad de quedarse a su lado. A pesar de su indiferencia de la noche anterior, sabía que él era la única persona que entendía la verdadera naturaleza de la aflicción de Suzanne, y su significado para ambos.

Mientras Louise cogía el bolso, le dijo:

—Le diré a Max que llame a la base y que envíen un coche para ti.

Sanders se quedó el resto de la tarde en la villa, contemplando la corona de luz que fluctuaba sobre la selva lejana. Detrás de él, al otro lado de la valla perimetral, los leprosos habían avanzado entre los árboles. Cuando la luz de la tarde fue desvaneciéndose, la jungla de cristal mantuvo cautivo el resplandor del sol, y los ancianos y las mujeres avanzaron hasta el límite marcado por los árboles y esperaron allí, como fantasmas nerviosos.

Después del crepúsculo Suzanne apareció de nuevo. Sanders no podía saber si había estado durmiendo o si, como él mismo, había pasado el día entero sentada en su habitación con las persianas echadas, pero en la cena la notó aún más reservada que durante el encuentro anterior; comía con una especie de nerviosismo compulsivo, como forzada a tragar alimentos completamente insípidos. Ya se había acabado los dos platos cuando él y Max todavía seguían bebiendo vino y conversando. La cortina de terciopelo negro que había detrás de ella, obviamente colocada contra la única ventana para que él la viera a contraluz, hacía de su vestido oscuro una prenda casi invisible en la penumbra, y desde el otro extremo de la mesa, donde había hecho sentar a Sanders, hasta la blanca y maquillada máscara de su rostro era una imagen velada.

—¿Max te ha enseñado el hospital? —preguntó—. Espero que te haya impresionado.

—Mucho —dijo Sanders—. No hay ningún paciente. —Y añadió —: Me sorprende que tengas que pasar tantas horas en el dispensario.

—Durante la noche viene un número considerable de nativos —explicó Max—. De día deambulan cerca de la selva. Uno de los conductores me ha dicho que empiezan a llevar a sus enfermos y moribundos a la zona afectada. Buscan una especie de momificación instantánea, supongo.

—Pero muchísimo más espléndida —dijo Suzanne—. Como una mosca atrapada en el ámbar de sus propias lágrimas, o un fósil de millones de años de antigüedad, que para nosotros se convierte en un diamante. Espero que el ejército los deje pasar.

—No pueden impedírselo —replicó Max—. Si esas personas quieren suicidarse, es asunto suyo. De todos modos, el ejército está demasiado ocupado evacuando a sus tropas. —Se volvió hacia Sanders—. Resulta casi cómico, Edward. Tan pronto como establecen su campamento en algún lugar, tienen que desmontarlo todo y retroceder medio kilómetro.

—¿Con qué rapidez se expande la zona?

—Alrededor de treinta metros al día, o más. Según las emisiones de radio del ejército, en la zona de actividad de Florida ya están al borde del pánico. Han evacuado la mitad del estado, la zona se extiende desde los pantanos de Everglades hasta Miami.

Suzanne alzó su copa al oír aquello.

—¿Puedes imaginártelo, Edward? ¡Una ciudad entera! Todos esos cientos de hoteles blancos convertidos en cristales de colores, debe de ser como Venecia en la época de Tiziano y Veronese, o Roma con docenas de catedrales de San Pedro.

Max se rio.

—Suzanne, haces que parezca una nueva Jerusalén. Antes de que te dieras cuentas, te habrías convertido en el ángel de un rosetón.

Tras acabar la cena, Sanders esperaba que Max saliera y lo dejara un momento a solas con Suzanne, pero en cambio sacó un tablero de ajedrez del armario y colocó las piezas. Mientras ellos jugaban los movimientos de apertura, Suzanne se excusó y se fue.

Sanders esperó una hora a que volviera. A las diez renunció a la partida y le dio las buenas noches a Max, que se quedó reflexionando sobre las posibles jugadas finales.

Incapaz de dormirse, deambuló por la villa mientras se acababa la botella de *whisky*. Encontró un montón de revistas ilustradas francesas en una habitación vacía, y se puso a hojearlas en busca de algún artículo de Louise.

En un impulso salió de la villa a la oscuridad de la noche. Se acercó a la valla perimetral, y a unos veinte metros del alambre vio a los leprosos sentados debajo de los árboles en el claro de luna. Habían salido a tierra abierta, y se exponían a la luz de la luna como bañistas bajo un sol de medianoche. Uno o dos se arrastraban entre los grupos de gente dormida en el suelo o acuclillada al lado de sus pertrechos.

Oculto en las sombras detrás de la villa, siguió la mirada de los leprosos. Una enorme fuente de luz emergía del bosque,

interrumpida solo por la tenue silueta blanca del hotel Bourbon.

Sanders se dirigió al recinto, cruzó el patio, y llegó hasta el lado de la valla perimetral que daba al hotel en ruinas, oculto ahora por los árboles que había entre las dos áreas. Un sendero se abría en su dirección pasando por delante de la mina abandonada. Saltó la valla de alambre y caminó hacia el hotel bajo el aire oscuro de la noche.

Diez minutos más tarde, cuando se detuvo en lo alto de la ancha escalera que descendía entre dos columnas derrumbadas, vio a Suzanne Clair abajo, caminando bajo la luz de la luna. La zona afectada había atravesado la carretera en varios puntos, y algunos de los arbustos de los lados habían empezado a cristalizarse. Las hojas grises emitían una tenue luminiscencia. Suzanne caminaba entre los arbustos barriendo con su larga túnica el suelo quebradizo. Sanders vio que los zapatos y la cola del vestido empezaban a cristalizarse, diminutos prismas relucían a la luz de la luna.

Sanders bajó la escalera, pisando los fragmentos marmóreos que había entre las columnas. Suzanne se volvió y lo vio acercarse. Por un momento retrocedió hacia la carretera, pero entonces lo reconoció y corrió hacia él por el camino cubierto de maleza.

—¡Edward!

Temeroso de que ella pudiera caerse, extendió los brazos para cogerla de las manos, pero Suzanne evitó las suyas y se apretó contra su pecho. La abrazó, sintiendo su melena oscura contra la mejilla. Su espalda y su cintura parecían de hielo, y el vestido de seda le heló las manos.

—Suzanne, me imaginé que estarías aquí. —Trató de apartarla para verle el rostro, pero ella seguía aferrada a él con la fuerza de una bailarina que ejecuta un paso complicado con su pareja de baile. Los ojos de ella miraban a otra parte, parecía hablarles a las ruinas que había más allá de su hombro izquierdo.

—Edward, vengo aquí todas las noches. —Señaló las plantas superiores del hotel blanco—. ¡Ayer estaba allí, te vi salir de la selva!

¡Sabes, Edward, tus ropas resplandecían!

Sanders asintió, y la acompañó por el sendero hacia las escaleras. Suzanne se llevó una mano a la frente, como si se alisara el cabello, con la otra agarró la mano con la que él le rodeaba la cintura fría.

—¿Max sabe que estás aquí? —preguntó Sanders—. Podría haber enviado a uno de los criados a vigilarte.

—¡Mi querido Edward! —Suzanne rio por primera vez—. Max no tiene ni idea, está dormido, el pobre sabe que está viviendo al borde de una pesadilla… —Se interrumpió, temiendo que Sanders se diera cuenta de que se refería a su propia enfermedad—. Es la selva. Nunca ha entendido lo que significa. Tú sí, Edward, lo he visto de inmediato.

—Tal vez. —Subieron los escalones entre las columnas derrumbadas y entraron en el enorme vestíbulo. En lo alto, la cúpula se había desplomado y Sanders vio una constelación de estrellas, pero la luz de la selva dejaba el vestíbulo en una oscuridad casi completa. Enseguida notó que Suzanne se relajaba. Le cogió de la mano y le guio más allá de la lámpara de araña estrellada al pie de la escalera.

Subieron a la segunda planta y doblaron por un pasillo a la izquierda. A través de las puertas rotas, Sanders vio armarios altos devorados por la carcoma y doseles de cama caídos, como monumentos abandonados de algún mausoleo dedicado al pasado olvidado del hotel.

—Hemos llegado. —Suzanne cruzó una puerta cerrada a la que le faltaban los paneles centrales. Aquella habitación aún tenía los muebles, de estilo imperial. En un rincón junto a la ventana había un escritorio, y un tocador sin espejo enmarcaba la selva al otro lado. Entre ellos, sobre el polvo y el serrín del suelo, las huellas de unas pisadas pequeñas marcaban recorridos sinuosos.

Suzanne se sentó a un lado de la cama y se abrió el vestido con los gestos plácidos de una mujer que regresa a casa con su marido.

—¿Qué te parece, Edward, mi *pied-à-terre*, o quizás está más cerca de las nubes que del suelo?

Sanders echó una mirada a la habitación polvorienta, buscando algún rastro personal de Suzanne. Aparte de las huellas en el suelo, allí no había nada de ella, como si habitara como un fantasma las estancias vacías del hotel blanco.

—Me gusta la habitación —dijo él—. Tiene una vista magnífica de la selva.

—Solo vengo aquí de noche, cuando el polvo parece luz de luna.

Sanders se sentó en la cama a su lado. Miró hacia el techo, casi temiendo que el hotel fuera a desmoronarse en cualquier momento y cayera en un foso de polvo devorándolos entre sus fauces. Esperó a que sus ojos se adaptaran mejor a la oscuridad, consciente del contraste entre Suzanne y aquella habitación del hotel abandonado, con sus muebles de estilo imperio iluminados por la luna, recordando el interior de la villa funcional pero soleada donde él y Louise habían hecho el amor por la mañana. A su lado, el cuerpo tendido de Louise había sido como un pedazo de sol, una odalisca dorada atrapada con el faraón en su tumba. Ahora, en cambio, con el cuerpo helado de Suzanne entre sus brazos, evitando tocarle el rostro de luz pálida como una luna mortecina, recordó las palabras de Ventress: «Este es un paisaje sin tiempo». Al desaparecer el tiempo, su relación con Suzanne, despojada de todo a excepción de la imagen de la lepra y todo lo que eso simbolizaba en su mente, había empezado a disolverse en el polvo que los rodeaba allí fuera en la selva.

—Suzanne... —Se incorporó en la cama y se frotó las manos, tratando de calentárselas. Los pechos de Suzanne eran como copas de hielo—. Mañana vuelvo a Port Matarre. Ya es hora de que me vaya.

—¿Qué? —Suzanne se cubrió con el vestido, ocultando la silueta blanca de su cuerpo en la oscuridad—. Pero, Edward, creía que...

Sanders le cogió la mano.

—Querida mía, aparte de todo lo que le debo a Max, están mis pacientes de Isabelle. No puedo abandonarlos.

—También fueron mis pacientes. La selva se extiende por todas partes; no hay nada que tú o yo podamos hacer por ellos.

—Tal vez no... Puede que solo esté pensando en mí mismo de nuevo, y tú, Suzanne...

Mientras Sanders hablaba, ella se había levantado de la cama y ahora estaba frente a él, rozando el polvo del suelo con su manto oscuro.

—Quédate con nosotros una semana, Edward. A Derain no le importará, sabía que venías. En una semana...

—En una semana quizá tengamos que irnos todos. Créeme, Suzanne, he estado atrapado en la selva y sé lo que es.

Suzanne se le acercó, con la barbilla alzada bajo un rayo de luna, como si fuera a besarlo en los labios. De repente, él se dio cuenta de que aquello distaba mucho de ser un gesto romántico. Por fin Suzanne le mostraba el rostro.

—Edward, dime, ¿sabes a quién... acabas de hacerle el amor?

Sanders le acarició el hombro con una mano, tratando de tranquilizarla.

—Lo sé, Suzanne. Anoche...

—¿Qué? —Ella dio un paso atrás, ocultando el rostro de nuevo —. ¿Qué quieres decir?

Sanders la siguió por la habitación.

—Lo siento, Suzanne. Puede que no te sirva de consuelo, pero sufro tus lesiones tanto como tú.

Antes de que pudiese alcanzarla, Suzanne se había escabullido por la puerta. Recogió la chaqueta y la vio marcharse rápidamente por el largo pasillo hacia la escalera. Cuando Sanders llegó al vestíbulo, ella le llevaba más de cincuenta metros de ventaja y corría por entre las columnas derrumbadas; su vestido oscuro flotaba en el aire como un inmenso velo mientras se alejaba del hotel blanco por los senderos cristalinos.

# 12

# Duelo con un cocodrilo

A medianoche, mientras dormitaba en su habitación en la parte trasera de la villa, Sanders oyó el ruido de una lejana algarabía en las dependencias del hospital. Demasiado agotado para dormirse y, sin embargo, lo suficientemente cansado como para no escuchar con más atención, hizo caso omiso de las voces y del haz de luz del reflector del Land Rover, que apuntaba al tejado y se reflejaba en las copas de los árboles.

Más tarde el ruido empezó de nuevo. Alguien trataba de arrancar una vieja camioneta. Mientras el motor tosía, se paraba y se oían voces a su alrededor, oyó pasos entrando y saliendo de las villas. Parecía que todos los sirvientes se habían levantado e iban y venían de las habitaciones del otro lado del patio, cerrando con violencia las puertas de los armarios.

Cuando vio que alguien con una linterna inspeccionaba la vegetación delante de su ventana, Sanders se levantó de la cama y se vistió.

En el comedor de la villa se encontró a uno de los criados que miraba por la ventana abierta a la selva.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Dónde está el doctor Clair?

El criado señaló hacia el recinto.

—Doctor Clair con camioneta, señor. Problema en la selva, ir a mirar.

—¿Qué tipo de problema? —Sanders se aproximó a la ventana —. ¿Se está acercando la selva?

—No, señor, no acercando. Doctor Clair dice usted duerma, señor.

—¿Dónde está la señora Clair? ¿Está aquí?

—No, señor. Señora Clair ocupada.

—¿Qué quieres decir? —insistió Sanders—. Creí que estaba haciendo el servicio nocturno del dispensario. Vamos, hombre, ¿qué está pasando?

El criado vaciló, sin emitir sonido alguno movió los labios tratando de recordar las frases que Max le había encargado que transmitiera. Iba a decir algo cuando el sonido de unas pisadas cruzó el patio. Sanders fue a la puerta y se encontró con Max Clair, seguido por dos celadores.

—¡Max! ¿Qué está pasando, has empezado a evacuar?

Max se detuvo frente a él. Con los labios apretados en una mueca; el mentón bajo y la frente abultada relucían a la luz de la linterna.

—Edward..., ¿está Suzanne contigo?

—¿Qué? —Sanders se apartó e invitó a Max a entrar—. Mi querido amigo... ¿Se ha ido? ¿A dónde?

—Me gustaría saberlo. —Max se acercó a la puerta y echó un vistazo dentro de la villa sin saber si debía aprovechar su gesto—. Se ha ido hace un par de horas, solo Dios sabe a dónde... ¿No la has visto?

—No desde poco después del atardecer. —Sanders se abotonó las mangas de la camisa—. ¡Vamos, Max! ¡Vamos a buscarla!

Max levantó la mano.

—Tú no, Edward. Ya tengo suficientes problemas, créeme. Hay uno o dos asentamientos en las colinas —dijo sin convicción—. Puede que haya ido a visitar enfermos. Quédate aquí y ocúpate de todo. Yo me llevaré el Land Rover y a un par de hombres. Los demás pueden coger la camioneta y vigilar el hotel Bourbon.

Sanders empezó a protestar, pero Max se volvió y se marchó. Lo siguió hasta el coche y lo vio subirse en él.

El doctor se dirigió al criado.

—Así que la señora Clair ha vuelto a la selva... ¡Pobre!

El criado lo miró.

—¿Usted lo sabe, señor?

—No, pero estoy casi seguro de ello. Todos tenemos cosas que no podemos soportar que nos recuerden. Dile al conductor de la camioneta que me espere. Me llevará hasta el hotel.

El criado le tocó el brazo.

—¿Va, señor..., a la selva?

—Por supuesto. Ella estará allí, en algún lugar. Es un presentimiento que debo comprobar por mí mismo.

El viejo motor de la camioneta había arrancado, y el estruendo resonaba en todo el hospital. Sanders se subió a la caja trasera, y el vehículo avanzó despacio, esquivando la fuente. Detrás del conductor iban sentados media docena de nativos enfermos.

Cinco minutos más tarde habían llegado a la carretera, y la camioneta continuó su traqueteo por la oscuridad hacia la blanca mole del hotel Bourbon. Apuntando con el reflector hacia la selva, el vehículo se detuvo en la explanada llena de matorrales. El haz de luz recorrió la superficie de los árboles cristalinos y, como una inmensa bóveda de cristales rotos, los prismas blancos relucían hasta el río, casi un kilómetro hacia el sur.

Sanders saltó de la plataforma trasera de la camioneta y se acercó al conductor. Ninguno de los hombres había visto salir a Suzanne, pero todos miraban hacia la selva, pensando obviamente que se había adentrado en la espesura. No obstante, al ver la confusión que rodeaba al vehículo, también se hizo evidente que no parecían tener muchas ganas de arriesgarse a ir a buscarla. El médico presionó al conductor, que murmuró entre dientes algo sobre los «fantasmas blancos» que patrullaban el interior de la selva..., tal vez imágenes fugaces de Ventress y Thorensen persiguiéndose uno a otro, o de Radek dando tumbos hacia su sepultura perdida.

Unos minutos más tarde, cuando vio que el grupo de búsqueda no parecía decidirse —el conductor insistía en quedarse junto al reflector y los demás estaban fumando en cuclillas entre las columnas derrumbadas del hotel Bourbon—, Sanders se aventuró por la carretera en solitario. A su izquierda, el brillo de la luna reflejaba una luz fría sobre el asfalto a sus pies, y alumbraba la entrada de una senda lateral que se dirigía hacia el río. Miró el estrecho desfiladero que llevaba al mundo iluminado. Por un momento dudó, escuchando el eco débil de las voces de los hombres. Luego se metió las manos en los bolsillos y echó a andar por el arcén del camino, abriéndose paso a través de las espinas de cristal cada vez más abundantes.

En quince minutos llegó al río y cruzó un puente en ruinas que se inclinaba sobre la superficie congelada como una red enjoyada; hilos de plata cubrían las vigas del armazón. La superficie blanca del río serpenteaba entre árboles congelados. Las pocas barcas amarradas a las orillas estaban ahora tan densamente incrustadas de piedras preciosas que eran apenas reconocibles. Su luz parecía más oscura y más intensa, como si hubiera quedado atrapada en su interior.

En ese momento, el traje de Sanders volvía a brillar en la oscuridad, y la escarcha despuntaba en el tejido como espinas de cristal. El proceso de cristalización estaba más avanzado en todas partes, y llevaba los zapatos encerrados en cuencos de prismas.

Mont Royal estaba vacío. Trastabillando por las calles desiertas, entre edificios blancos que asomaban a su alrededor como sepulcros, llegó al puerto. De pie en el embarcadero, y a través de la superficie congelada, vio la cascada a lo lejos. Más alta que antes, formaba ahora una muralla infranqueable entre él y el ejército perdido en algún lugar hacia el sur.

Poco antes del amanecer, mientras cruzaba el pueblo con la esperanza de llegar hasta la casa de verano donde se refugiaban Thorensen y su novia moribunda, pasó por delante de un pequeño

trozo de acera donde no había crecido la escarcha, debajo de la ventana rota de uno de los almacenes mineros. Había puñados de gemas desparramadas por el pavimento, anillos de rubíes y de esmeraldas, broches y pendientes de topacio, mezclados con incontables piedras menores y diamantes industriales. Bajo el claro de luna, aquella cosecha abandonada emitía un fulgor frío.

De pie entre aquellas joyas, Sanders se dio cuenta de que los cristales de sus zapatos empezaban a derretirse como carámbanos expuestos a un calor repentino. Las costras se caían en pedazos y se licuaban, desvaneciéndose en el aire.

Entonces entendió por qué Thorensen le había llevado las gemas a la joven, y por qué ella se había apoderado de ellas con tanta avidez. Por algún fenómeno óptico o electromagnético, el intenso foco de luz de las piedras producía simultáneamente una compresión del tiempo, de manera que la descarga de luz que emitían sus superficies invertía el proceso de cristalización. Tal vez ese regalo de tiempo reflejaba el eterno encanto de las piedras preciosas, así como el de toda la pintura y la arquitectura barrocas. Sus intrincadas y elaboradas ornamentaciones, que ocupaban más espacio que su propio volumen, parecían contener el tiempo, proporcionando esa inconfundible premonición de inmortalidad que se siente en el interior de la catedral de San Pedro o del palacio de Nymphenburg. Por el contrario, la arquitectura del siglo veinte, caracterizada por fachadas rectangulares sin adornos, por un sencillo espacio-tiempo euclidiano, era la arquitectura del Nuevo Mundo, confiada de su paso firme hacia el futuro e indiferente a los dolores de mortalidad que rondaban la mente de la vieja Europa.

Sanders se arrodilló y se llenó los bolsillos de gemas, y se frotó con ellas la camisa y los puños. Se apoyó contra la pared del almacén; frente a él tenía el semicírculo de la acera, liso como un patio en miniatura, en cuyos límites la escarcha cristalina brillaba con la intensidad de un jardín fantasmal. Al frotarlas contra su piel fría, le pareció que las duras superficies de las gemas le proporcionaron

una sensación de calor, y en unos segundos se hundió exhausto en un sueño.

Despertó a la brillante luz del sol en una calle llena de templos, donde arcoíris centelleaban en el aire con resplandores de colores. Se protegió los ojos con la mano, se echó hacia atrás y miró los tejados, cuyas tejas estaban incrustadas de filas y filas de piedras preciosas, como los pabellones del barrio de los templos de Bangkok.

Una mano lo agarró por el hombro. Al tratar de incorporarse, descubrió que el semicírculo vacío del pavimento había desaparecido, y que su cuerpo yacía en un lecho de espinas. En la entrada del almacén, el crecimiento había sido más rápido, y Sanders se dio cuenta de que tenía el brazo derecho cubierto por una capa de agujas cristalinas de siete y ocho centímetros de espesor que casi le llegaba al hombro. Dentro de aquel guante congelado, tan pesado que casi no podía levantarlo, sus dedos apenas se distinguían entre un laberinto de arcoíris.

Sanders se puso de rodillas con gran esfuerzo, y se arrancó algunos de los cristales. Descubrió al hombre barbudo del traje blanco agazapado detrás de él, con el rifle en las manos.

—¡Ventress! —Con un grito, Sanders levantó la mano enjoyada. A la luz del sol, los débiles nodos de las piedras que se había metido en los puños de la camisa relucían en los tejidos eflorescentes del brazo como estrellas incrustadas—. ¡Ventress, por el amor de Dios!

El grito distrajo a Ventress de su escrutinio de la calle llena luz. Extraños colores le transfiguraban el rostro pequeño y de ojos brillantes, y le moteaban la piel de pálidos azules, y de violetas la barba. Su traje irradiaba un millar de franjas de colores.

Se arrodilló junto a Sanders, y trató de recolocarle la cinta de cristales que se había arrancado del brazo. Antes de que pudieran hablar se oyó el estruendo de un disparo, y el entramado de cristal de la puerta destrozada cayó en una lluvia de fragmentos. Ventress

se parapetó detrás del doctor y luego entró por la ventana. Cuando se oyó otro disparo en la calle, ambos echaron a correr por delante de los mostradores saqueados y se metieron en una cámara acorazada donde había una caja fuerte abierta en cuyo interior se veía un revoltijo de cajas de caudales. Ventress abrió las tapas de las bandejas vacías y luego se puso a juntar las pocas gemas pequeñas esparcidas en el suelo.

Se las metió a Sanders en los bolsillos vacíos y tiró de él por una ventana que daba al callejón trasero, y de allí a la calle adyacente, transformada por el entramado que la cubría en un túnel de luz encarnada. Se detuvieron en la primera esquina, y Ventress le indicó por señas que se adentrara en la selva, a cincuenta metros de distancia.

—¡Corra, corra! ¡A donde sea, por la selva! ¡Es todo lo que puede hacer!

Empujó al médico con la culata del rifle, cuya recámara estaba ahora incrustada de masa de cristales plateados que le daban el aire de un arma de fuego medieval. Sanders levantó el brazo y las espinas enjoyadas danzaron a la luz del sol como un enjambre de luciérnagas.

—¡Mi brazo, Ventress! ¡Me ha llegado al hombro!

—¡Corra! ¡Solo eso puede ayudarle! —El rostro iluminado de Ventress temblaba de rabia, casi como si lo impacientara el rechazo de Sanders a entrar en la selva—. ¡No malgaste las piedras, no le durarán para siempre!

Sanders se obligó a correr, se dirigió hacia la selva, y se metió en la primera cueva de luz. Giró el brazo como si fuera una hélice torpe, y notó que los cristales menguaban ligeramente. Por suerte pronto alcanzó un pequeño afluente del río que serpenteaba desde el puerto, y se lanzó como un loco por la superficie petrificada.

Perdió el sentido del tiempo y corrió por la selva durante horas. Si se detenía durante más de un minuto, las bandas de cristal se apoderarían completamente del hombro y del cuello, y se obligaba a seguir, parando solo para desplomarse exhausto en las playas de

cristal. Luego se frotó el rostro con las gemas, y detuvo así el crecimiento de la capa. Pero el poder de las piedras fue desvaneciéndose, y sus facetas se desdibujaban, se transformaban en sílice sin pulir. Mientras tanto, las que llevaba incrustadas dentro de los tejidos cristalinos del brazo no dejaban de brillar.

Por fin, cuando corría entre los árboles de la orilla del río haciendo girar el brazo delante de él, vio la torre dorada de la casa de verano. Avanzó en aquella dirección, tropezando por la arena fundida. Para entonces la cristalización de la selva ya había unido el pequeño pabellón con los árboles de alrededor, y solo las escaleras y la puerta aparecían despejadas, pero él aún tenía la débil esperanza de que aquel lugar le sirviera de refugio. Las ventanas y los marcos de los balcones estaban adornados con escudos heráldicos de una extraña arquitectura barroca.

Sanders se detuvo a unos metros de las escaleras y miró hacia la puerta cerrada. Se volvió y observó el otro lado del canal, donde se ensanchaba el río. La superficie enjoyada resplandecía a la luz del sol, como la costra marmórea de un lago salado. A unos doscientos metros de distancia, el yate de Thorensen seguía varado en una charca de agua clara en la confluencia de las corrientes subterráneas.

Mientras observaba, aparecieron dos hombres en la cubierta de proa del yate. Los ocultaba en parte el cañón que había delante del mástil de la antena de radio, pero reconoció a uno de ellos, el que llevaba el cuerpo desnudo dividido en una mitad negra y la otra blanca por unas vendas. Era Kagwa, el ayudante de Thorensen.

Sanders dio unos pasos hacia la embarcación, sin decidirse si llegar a la orilla de la superficie petrificada y cruzar a nado la charca. Aunque los cristales podrían empezar a disolverse en el agua, temía que el peso del brazo lo hundiera hasta el fondo.

Un fogonazo brotó de la boca del cañón. Un instante después, mientras el suelo vibró levemente a sus pies, Sanders alcanzó a vislumbrar un proyectil de casi diez centímetros de diámetro que cruzaba el aire en su dirección. Con un silbido agudo, pasó por

encima de su cabeza e impactó contra los árboles petrificados a veinte metros de la casa de verano. Inmediatamente después, desde el crucero llegó el potente estruendo de la detonación. Reverberando en la dura superficie del río, el eco retumbó contra las paredes de la selva, tamborileando en su cabeza.

Sin saber bien hacia dónde moverse, corrió en dirección a unos arbustos junto a las escaleras de la casa de verano. Arrodillándose, trató de ocultar el brazo entre las frondas cristalinas. Los dos nativos a bordo del crucero recargaban el cañón; el enorme mulato apoyaba una rodilla en el suelo mientras metía y sacaba la baqueta en el interior del arma.

—¡Sanders! —Una voz débil, poco más que un susurro ronco, provenía de algún lugar a unos pocos metros a su izquierda. Miró alrededor, hacia la puerta cerrada. Entonces, debajo de la escalera asomó una mano y lo llamó por señas.

—¡Aquí! ¡Debajo de la casa!

Sanders corrió hasta la escalera. En el estrecho hueco que había debajo de la casa, Ventress estaba agazapado detrás de uno de los pilotes, rifle en mano.

—¡Al suelo! ¡Antes de que le disparen otra vez!

Mientras Sanders se deslizaba hacia atrás introduciendo el cuerpo en el pequeño espacio, Ventress lo agarró de un zapato y tiró hacia dentro, torciéndole el pie con un gesto de fastidio.

—¡Al suelo! ¡Por Dios, Sanders, qué manera de exponerse!

El pequeño rostro moteado se acercó al médico, tendido ahora en el suelo. Luego Ventress miró de nuevo hacia el río y el yate distante. Con el rifle por delante, el ornamentado cañón seguía todos los movimientos de las siluetas recortadas contra la luz.

El doctor miró a su alrededor, preguntándose si Thorensen se habría llevado a Serena con él y abandonado la casa de verano con la esperanza de atrapar allí a Ventress, o si este habría llegado antes al pabellón, después del ataque de esa mañana en las calles de Mont Royal.

Los tablones de madera sobre sus cabezas se habían cristalizado en un entramado rocoso, pero en el centro aún se distinguía el contorno de una trampilla. Debajo, en el suelo, había una bayoneta de acero entre unas cuantas astillas laboriosamente recortadas de los bordes de la puerta.

Ventress señaló la trampilla con un gesto breve.

—Enseguida podrá marcharse. Es un trabajo condenadamente duro.

Sanders se inclinó hacia delante. Levantó el brazo y se volvió para ver el río.

—Serena, su esposa, ¿aún está aquí?

Ventress levantó la vista hacia los tablones que tenían encima.

—Pronto estaré con ella. Ha sido una larga búsqueda. —Conteniéndose, comprobó a través de la mira del rifle las hierbas cristalizadas de la orilla del río, y después le dijo—: ¿Así que la vio, Sanders?

—Solo durante un minuto. Le dije a Thorensen que la sacara de aquí.

Tras soltar el rifle, Ventress se arrastró hasta él. Arrodillado en el hueco como un topo iluminado, lo miró a los ojos.

—Sanders, dígame cómo está... ¡Yo aún no la he visto! ¡Dios mío! —Tamborileó sobre los tablones de madera y una vibración mortecina se extendió por la plataforma.

—Ella… está bien —dijo Sanders—. Duerme casi todo el tiempo. ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?

Con la mente en otra parte, Ventress se lo quedó mirando. Luego volvió arrastrándose hasta el rifle. Le hizo un gesto a Sanders para que avanzara. Señaló la orilla, a cincuenta metros de distancia. Tendido boca arriba, entre la hierba, con las astillas de escarcha que brotaban de su cuerpo fundidas entre la maleza, estaba uno de los hombres de Thorensen.

—Pobre Thorensen —murmuró Ventress—. Lo abandonan uno a uno. Pronto se quedará solo.

Otro destello emergió de la boca del cañón del yate. La embarcación retrocedió ligeramente en el agua, y la bola de metal describió su parábola y fue a dar contra los árboles, a cien metros de la casa de verano. Mientras el estruendo de la detonación reverberaba en el río, haciendo temblar las barandillas del porche, Sanders notó que ahora la luz salía de su brazo en una serie de suaves latidos. La superficie del río se agitó y se reacomodó, hojas de luz carmesí se elevaron por los aires.

Kagwa y el mulato volvieron a arrodillarse junto al cañón y empezaron a recargarlo.

—Mal disparo. Pero si Serena está aquí, ¿por qué disparan contra la casa de verano? —dijo Sanders.

—No lo hacen, mi querido amigo. —Ventress observaba la maleza de ambas orillas, no parecía dispuesto a correr el riesgo de que Thorensen se escabullese hasta la casa de verano durante una de aquellas distracciones provocadas por el fuego de artillería. Un instante después, aparentemente satisfecho, se relajó—. Él tiene otros planes para su gran arma. Su intención es deshacer el río con el estruendo, para llegar luego con el yate hasta la casa y echarme a cañonazos.

En efecto, durante la siguiente hora, una serie de detonaciones sordas salpicaron el aire inmóvil. Los dos negros se afanaban en recargar el cañón, y cada cinco minutos estallaba un breve fogonazo y una bola de acero cruzaba el río. Al reverberar contra la orilla y los árboles, el eco de los cañonazos abría grietas de colores en la superficie petrificada.

Y a cada disparo, el brazo enjoyado de Sanders y el traje de Ventress lanzaban arcoíris de luz a su alrededor.

—¿Qué está haciendo aquí, Sanders? —preguntó Ventress durante una de las pausas. No había señales de Thorensen, y Kagwa y el mulato trabajaban sin que nadie los supervisara. Ventress se había arrastrado de nuevo hasta la trampilla, y picaba los bordes con la bayoneta, haciendo pausas de vez en cuando para acercar la

cabeza a la plataforma y escuchar posibles ruidos del otro lado—. Pensé que se habría ido.

—La esposa de un colega mío de Fort Isabelle, Suzanne Clair, se ha adentrado en la selva. En cierto modo, yo he tenido la culpa.

Sanders se miró la vaina de cristal del brazo. Al no tener que cargar con su enorme peso, descubrió que su aspecto monstruoso ya no lo asustaba tanto. Aunque los tejidos cristalinos estaban tan fríos como el hielo, y no podía mover los dedos ni la mano, parecía que los nervios y los tendones habían adquirido una nueva vida propia y brillaban con una intensa luz compacta. Solo en el antebrazo, donde se había arrancado la tira de cristales, notaba algo, pero se parecía menos al dolor que a una especie de sensación de calor.

Otra explosión retumbó a través del río. Ventress dejó la bayoneta y se arrastró hasta su lugar cerca de las escaleras.

Sanders miró el yate. Todavía seguía varado en la desembocadura del arroyo, pero Kagwa y el mulato habían dejado el cañón y estaban dentro. Era evidente que acababan de disparar la última carga. Ventress señaló con un dedo huesudo el pequeño rastro de humo que salía de popa. El yate comenzó a virar. Al moverse, y cambiar el ángulo de las ventanas, vieron a un hombre alto y rubio al timón.

—¡Thorensen! —Ventress se arrastró hacia delante con el pequeño cuerpo acuclillado y las rodillas contra el pecho.

Sanders recogió la bayoneta con la mano izquierda. El yate retrocedía, y el humo del escape se elevó por el casco. La embarcación se detuvo y se enderezó.

El yate avanzó entonces a toda máquina, elevando la proa sobre las aguas tranquilas. Un trecho de cincuenta metros la separaba del límite más cercano de la orilla petrificada. Cuando cambió de rumbo, adentrándose por una de las grietas abiertas por el bombardeo, Sanders recordó a Thorensen cuando probaba los canales en la superficie resquebrajada después de que Ventress escapara del mulato.

A unos veinte nudos de velocidad, el yate avanzó hasta el borde de la charca y atravesó la fina capa cristalizada como un rompehielos, apartando a los lados el hielo de la superficie. A treinta metros aminoró la velocidad. Unos trozos de hielo se amontonaban frente la proa, y el yate viró de lado y se detuvo. Hubo una intensa actividad en el puente mientras los hombres de dentro luchaban con los controles, y Ventress apuntó el rifle hacia las ventanas de la cabina. A cien metros de distancia, el yate quedaba fuera de su alcance. En la superficie del río se habían abierto unas grietas enormes, de las que manaba una intensa luz carmesí que se derramaba sobre el hielo. Los árboles de la orilla aún temblaban por el impacto; de sus ramas brotaban haces de luz que parecían flores líquidas.

Tras una pausa, el yate retrocedió unos metros y deshizo el camino por el canal. Cincuenta metros más atrás, en la embocadura de la charca, se detuvo y alineó de nuevo la proa.

Cuando la embarcación embistió otra vez, alzándose sobre el agua abierta, Ventress se metió la mano en la chaqueta y sacó la pistola automática que Sanders había pasado de contrabando por la aduana.

—¡Cójala! —Ventress apuntó con el rifle hacia el yate, cada vez más próximo, y le gritó por encima de la culata—. ¡Vigile la orilla de su lado! ¡Yo me encargaré de Thorensen!

Esta vez el avance del yate fue frenado más abruptamente. Golpeó contra los trozos de hielo más pesados y esparció sobre la superficie media docena de gigantescos bloques de cristal. Después se detuvo, escorado unos quince grados, y con el motor aún a toda máquina. Los dos hombres fueron arrojados al suelo de la cabina, y pasaron varios minutos antes de que el yate se enderezara y regresara lentamente por el canal.

Poco después volvió a acercarse más despacio, resquebrajando primero la superficie con la proa, y luego apartando los bloques de cristal.

Sanders se agachó detrás de uno de los pilotes, esperando a que el mulato disparara el cañón antes de que Ventress tuviera el yate al alcance de su rifle. La embarcación estaba ahora a solo setenta y cinco metros de la casa, y el puente se elevaba en el aire por encima de ellos. Sin embargo, Ventress parecía tranquilo, y observaba la orilla atento a cualquier posible ataque por sorpresa.

El suelo debajo de la plataforma de la casa de verano se estremeció cuando el yate volvió a embestir la placa de hielo. El humo del escape flotaba a su alrededor, ensuciando el aire brillante. La embarcación se acercaba unos metros más cada vez, y la proa se adelantaba entre las astillas resplandecientes. El yate ya estaba envuelto en una capa de escarcha y el mulato rompió con la culata de su carabina las ventanas de la cabina que se estaban cristalizando. Finas espuelas colgaban de las barandillas de cubierta. Ventress manipuló el rifle tratando de apuntar a los hombres de la cabina, pero escondían las cabezas de las ventanas rotas. El yate esparcía sobre la superficie los bloques de cristales mojados que arrancaba, y los primeros trozos resbalaron hasta el pie de las escaleras de la casa de verano.

—¡Sanders! —Ventress se incorporó un poco, dejando el rostro y el pecho al descubierto—. ¡Han embarrancado!

A unos treinta metros de distancia, atrapado en una grieta entre dos témpanos, el yate se balanceaba a un lado y a otro. El motor rugía a intervalos; luego gimió y se detuvo. El yate, inmóvil frente a ellos, se había transformado en un extravagante pastel de bodas. En un par de ocasiones volvió a balancearse un poco, como si empujaran con un remo o un arpón a través de una compuerta de estribor.

Ventress siguió apuntando a la cabina con el rifle. Tres metros a su derecha, Sanders sostenía la pistola automática con una mano. El otro brazo, en el suelo a un lado, brillaba con cristalina vida propia. Esperaron a que Thorensen diera el primer paso. El yate se mantuvo en silencio durante media hora, mientras la escarcha crecía en la cubierta. Espirales de cristal crecían en las ventanas de la cabina y

adornaron las barandillas de la cubierta y los ojos de buey. La proa estaba erizada de astillas como las barbas de una ballena congelada. Debajo del puente, el cañón se transformó en un arma de fuego medieval, con la recámara ornamentada por exquisitos cuernos y crestas.

La luz de la tarde se desvanecía. Sanders miró la orilla a su derecha, donde los colores vivos se apagaban mientras el sol se hundía tras los árboles al oeste.

Entonces, entre las espinas bancas de hierba vio una criatura de cuerpo largo y plateado que se arrastraba por la orilla. Ventress se agachó y observó también en la penumbra. Ambos vieron el hocico enjoyado y las curvadas patas delanteras enfundadas en una coraza de cristal. El cocodrilo se deslizaba lentamente sobre su estómago, con el movimiento arcaico de los reptiles. Medía casi cinco metros de longitud y parecía impulsarse más con la cola que con las patas. La pata izquierda delantera le colgaba en el aire, congelada dentro de la armadura de cristal. Al avanzar derramaba luz por los ojos cristalizados y por la boca entreabierta repleta de gemas.

Se detuvo, como si sintiera la presencia de los dos hombres debajo de la casa de verano, y luego siguió avanzando. A un metro de distancia se paró por segunda vez, abriendo levemente las fauces, aplastando la hierba con el cuerpo. Sintiendo una remota simpatía por aquel monstruo enfundado en una coraza de luz y que no podía entender su propia transfiguración, Sanders contempló aquellos ojos en blanco encima de la boca abierta.

Luego, mientras observaba los dientes enjoyados resplandeciendo frente a él, se dio cuenta de que estaba mirando el cañón de una pistola.

Ahogando un grito involuntario, Sanders agachó la cabeza y se apartó unos pasos del pilote. Cuando volvió a levantar la cabeza, vio que la boca del cocodrilo se abría. El cañón del arma asomó por debajo de la hilera superior de dientes y disparó una vez contra la sombra del pilote de madera.

En medio del fragor del disparo, apoyó la pistola automática en la superficie mellada de su brazo de cristal y disparó a la cabeza del cocodrilo. El animal se retorció de lado sobre sí mismo, mientras él trataba de apuntar de nuevo. Dentro de la piel repleta de gemas, vio los codos y las rodillas de un hombre apoyado en el suelo. Disparó de nuevo, ahora al tórax y al abdomen de la coraza. Con un impulso espasmódico, el enorme animal se irguió sobre las patas traseras y se tambaleó como un saurio enjoyado. Luego cayó de lado, mostrando la hendidura abierta que lo recorría desde la mandíbula inferior hasta la base del abdomen. Dentro, el cuerpo del mulato yacía bocarriba en la oscuridad; su piel negra iluminada por el barco de cristal amarrado como un fantasma detrás de él.

Se oyeron unos pasos que corrían por la orilla opuesta. Lanzando un grito, Ventress se arrodilló y disparó el rifle. Se oyó un chillido agudo, y la figura medio vendada de Kagwa cayó en la hierba a diez metros de la casa de verano. Se levantó y se tambaleó frente al edificio, ya sin saber lo que hacía. Por un momento, la última luz del día le iluminó la piel negra haciéndola parecer casi tan blanca como la pequeña figura de Ventress. El segundo disparo lo alcanzó en el pecho y lo derribó en la orilla. Quedó tendido con el rostro en el límite de las sombras.

Sanders esperó en el hueco mientras Ventress recargaba el rifle. Luego este se acercó a mirar los dos cuerpos. Durante unos minutos reinó el silencio, y después Ventress le tocó el hombro con el rifle.

—Bien, doctor.

Sanders levantó la mirada hacia aquel rostro inexpresivo.

—¿Qué quiere decir?

—Es hora de que se vaya, doctor. Ahora Thorensen y yo estamos solos.

Mientras Sanders se levantaba, dudando de exponerse al aire libre, Ventress dijo:

—Thorensen entenderá. Salga de la selva, Sanders, todavía no está preparado para venir aquí. —A la vez que hablaba, su traje se cubría de escamas enjoyadas que crecían en el tejido.

Sanders se despidió de Ventress. Fuera, el yate blanco había empezado a fundirse con la superficie resquebrajada del río. Mientras se alejaba de la casa de verano caminando por la orilla, dejando atrás aquellos cadáveres, uno todavía dentro de la piel del cocodrilo, no vio señal alguna de Thorensen. A cien metros de la casa, donde el río giraba en un meandro, se volvió para mirar, pero Ventress se había escondido de nuevo debajo de la plataforma. Por encima de él, la débil luz de un farol brillaba en las ventanas escarchadas.

Por fin, a última hora de la tarde, cuando la profunda luz rubí del crepúsculo invadió la selva, Sanders salió a un pequeño claro donde el sonido grave de un órgano resonaba contra los árboles. En el centro había una pequeña iglesia; su delgada torre se había fundido con el entramado cristalizado de las ramas de los árboles de alrededor.

El doctor levantó el brazo enjoyado para alumbrar las puertas de roble, las empujó y entró en la nave. Por encima de su cabeza, reflejado por los vitrales, un intenso resplandor caía sobre el altar. Escuchando el órgano, se apoyó en la barandilla frente al altar y extendió el brazo hacia la cruz de oro incrustada con rubíes y esmeraldas. Inmediatamente, la vaina vítrea se desprendió y empezó a disolverse como un guante de hielo. Mientras se le licuaban los cristales, una delicada luz brotó de su brazo como el agua de una fuente rebosante.

El padre Balthus se volvió para mirar a Sanders. Sentado al órgano, sus delgados dedos extraían de los tubos metálicos la música que atravesaba las vidrieras y subía hacia el distante sol desmembrado.

# 13

# Zarabanda para leprosos

Sanders se quedó con Balthus durante los siguientes tres días, mientras se disolvían las espinas de cristal que le cubrían los tejidos del brazo. Se pasaba el día entero arrodillado junto al órgano, moviendo los pedales de los fuelles con el brazo enjoyado. Al disolverse los cristales, la herida que se había abierto en el brazo volvió a sangrarle, lavándole los prismas pálidos de los tejidos expuestos.

Al atardecer, cuando el sol se hundía en mil pedazos en la noche occidental, el padre Balthus dejaba el órgano, y contemplaba los árboles fantasmales desde el porche. Aquel rostro delgado de erudito, de ojos tranquilos, de una compostura desmentida por los nerviosos movimientos de sus manos, tan parecidos a la falsa calma de alguien que se recupera de un ataque de fiebre, observaba a Sanders mientras ambos comían la escasa cena, sentados en taburetes junto al altar, protegidos del aire embalsamador por las gemas del crucifijo.

Aquel icono sagrado había sido un regalo de las compañías mineras, y el inmenso madero transversal, de casi dos metros de largo, llevaba su carga de piedras preciosas como las ramas de los árboles cristalizados de la selva. Las filas de esmeraldas y rubíes, entre las cuales los diamantes más pequeños de Mont Royal dibujaban figuras parecidas a estrellas, se extendían de un extremo a otro del travesaño. Las gemas emitían una luz fuerte y continua,

tan intensa que las piedras parecían fundirse en un espectro cruciforme.

Al principio el doctor pensó que Balthus veía su supervivencia como un ejemplo de intervención del Todopoderoso, y le ofreció alguna muestra de gratitud. El sacerdote le respondió con una sonrisa ambigua. Sanders no sabía por qué Balthus había regresado a la iglesia. A estas alturas estaba totalmente rodeada por el entramado de cristal, como si la hubieran construido en la grieta de un inmenso glaciar.

Desde la puerta que se abría a un lado del ábside, Sanders veía las dependencias de la escuela para nativos, y el dormitorio que Max Clair le había descrito, presumiblemente el hogar de la tribu de leprosos abandonados por su sacerdote. Le mencionó su encuentro con los leprosos, pero Balthus no mostró ningún interés por sus antiguos feligreses ni por su actual destino. Aislado de todo, apenas parecía darse cuenta de su presencia. Ensimismado, se pasaba las horas sentado al órgano o paseando entre los bancos vacíos.

Pero una mañana, Balthus encontró una serpiente pitón ciega a la puerta de la iglesia. Los ojos se le habían transformado en enormes piedras preciosas que le sobresalían de la frente como coronas. Balthus se arrodilló, levantó la serpiente y se enroscó el largo cuerpo en los brazos. La llevó por el pasillo hasta el altar y la levantó hacia el crucifijo. Cuando la serpiente recuperó la vista y se alejó deslizándose entre los bancos, el sacerdote la miró con una sonrisa irónica.

Al tercer día, Sanders se despertó con la primera luz del amanecer y encontró a Balthus celebrando la eucaristía solo. Tendido en el banco que había apoyado en la barandilla del altar, lo observó sin moverse, pero el sacerdote se interrumpió y se alejó, quitándose las vestiduras.

Mientras desayunaban, Balthus le confió a Sanders:

—Probablemente se preguntará qué estaba haciendo, pero me pareció un momento oportuno para poner a prueba la validez del sacramento.

Señaló los colores prismáticos que se derramaban a través de los vitrales de colores. Las escenas bíblicas originales se habían convertido en pinturas abstractas de una belleza desconcertante, en las que los fragmentos desmembrados de los rostros de Jesús, María y los apóstoles fluctuaban en el líquido azul ultramarino del cielo refractado.

—Le puedo sonar herético, pero aquí el cuerpo de Cristo está presente en todas partes —tocó la fina capa de cristales del brazo de Sanders—, en cada prisma y en cada arcoíris, en las diez mil caras del sol. —Levantó las manos delgadas, enjoyadas por la luz—. Así que ya ve, me temo que tanto la Iglesia como su símbolo —señaló el crucifijo— pueden haber sobrevivido a su función.

Sanders buscó una respuesta.

—Lo siento. Tal vez si se fuera de aquí...

—¡No! —insistió Balthus, molesto por la torpeza del doctor—. ¿No lo entiende? Una vez fui un verdadero apóstata; sabía que Dios existía, pero no podía creer en él. —Se rio de sí mismo con amargura—. Ahora los acontecimientos me han superado. Para un sacerdote no hay crisis mayor que negar a Dios cuando ve que existe en cada hoja y en cada flor.

Con un gesto condujo a Sanders por la nave hasta el porche abierto. Señaló la celosía en forma de bóveda llena de vigas cristalinas que subía desde el límite de la selva como los contrafuertes de una inmensa cúpula de diamante y cristal. Incrustadas en varios puntos se veían las formas casi inmóviles de unas aves con las alas extendidas, oropéndolas doradas y guacamayos escarlatas que derramaban resplandecientes charcos de luz. Las bandas de color se movían a través de la selva, y los reflejos del plumaje fundido las envolvían en infinitas figuras concéntricas. Los arcos superpuestos flotaban en el aire como los rosetones de una ciudad de catedrales. Sanders vio por todas partes incontables pájaros más pequeños, mariposas e insectos que unían sus aureolas cruciformes a la coronación de la selva.

El padre Balthus cogió al doctor del brazo.

—En esta selva se ve la celebración final de la eucaristía del cuerpo de Cristo. Aquí todo se transfigura e ilumina y se une en el matrimonio final del espacio y el tiempo.

Hacia el final, mientras estaban codo a codo de espaldas al altar, Balthus parecía estar perdiendo sus convicciones. La densa escarcha había penetrado en la iglesia y el pasillo se transformó en un túnel de columnas vítreas cada vez más angosto. Con una expresión casi de pánico, Balthus vio cómo las teclas del órgano se fundían unas a otras, y Sanders supo que el sacerdote estaba buscando alguna forma de escapar.

Entonces, Balthus se recuperó por fin. Agarró el crucifijo del altar y lo arrancó de su soporte. Con una ira repentina nacida de una convicción absoluta, se lo puso a Sanders entre los brazos. Luego lo arrastró hasta el porche y lo empujó hacia una de las bóvedas cada vez más estrechas, a través de la cual se veía la superficie distante del río.

—¡Váyase! ¡Váyase de aquí! ¡Busque el río!

Cuando Sanders vaciló, tratando de dominar el pesado cetro con el brazo vendado, Balthus le gritó furioso:

—¡Diga que yo le pedí que se lo llevara!

Sanders se volvió para mirar al sacerdote por última vez, y lo vio allí de pie, con los brazos extendidos hacia las paredes que se aproximaban, en la misma postura que los pájaros iluminados, con los ojos llenos de alivio al ver los primeros círculos de luz que él mismo había conjurado con sus elevadas palmas abiertas.

La cristalización de la selva estaba a punto de completarse. Solo las gemas del crucifijo le permitían a Sanders abrirse camino por las bóvedas entre los árboles. Empuñando la cruz entre las manos, la pasaba a lo largo del entramado que colgaba por todas partes como

redes de hielo, buscando las zonas más débiles, que se disolvían ante la luz. Cuando caían a sus pies, avanzaba por las aberturas, llevando la cruz consigo.

Cuando llegó al río, buscó el puente que había encontrado al entrar en la selva por segunda vez, pero la superficie prismática se extendía describiendo una curva amplia, borrando con su luz las pocas marcas que podría haber reconocido en otras circunstancias. Por encima de las orillas, el follaje resplandecía como nieve pintada; el único movimiento procedía de la lenta travesía del sol. Aquí y allá una mancha borrosa debajo de la orilla se revelaba como el espectro iluminado de una gabarra o de un bote de río, pero nada parecía conservar rastro alguno de su identidad anterior.

Sanders siguió la orilla, evitando las grietas de la superficie y las espinas que le llegaban a la cintura y que crecían en las laderas superiores. Alcanzó la desembocadura de un arroyo y empezó caminar por él, demasiado cansado para trepar por las cataratas que se interponían al otro lado. Aunque durante los tres días que había pasado con el padre Balthus había descansado lo suficiente como para poder darse cuenta de que aún tenía una oportunidad para salir de la selva, el silencio absoluto de la vegetación de las orillas y el intenso resplandor prismático casi lo convencieron de que toda la tierra se había transformado, y que avanzar por aquel mundo de cristal era un esfuerzo inútil.

Sin embargo, en ese momento descubrió que ya no estaba solo en la selva. Cada vez que en la cúpula de árboles se abría un retazo de cielo abierto, a lo largo del lecho del río o en los pequeños claros de la selva se encontraba con cuerpos de hombres y mujeres medio cristalizados, fusionados contra los troncos de los árboles, mirando hacia el refractado sol. La mayoría eran parejas de ancianos; los cuerpos sentados se fundían entre sí igual que con los árboles y la vegetación enjoyada. El único joven que encontró era un soldado con uniforme de campaña sentado encima de un tronco caído a la orilla del río. Su casco se había transformado en un inmenso

caparazón acristalado, una sombrilla que le enmarcaba la cara y los hombros.

Un poco más allá, una profunda grieta cruzaba la superficie del río. Por el fondo aún discurría un estrecho canal de agua que empapaba las piernas sumergidas de tres soldados que habían intentado vadear el río en aquel punto y estaban ahora embalsamados en paredes de cristal. De vez en cuando agitaban las piernas de manera lenta y líquida, como si aquellos hombres, fundidos entre sí por la cintura, avanzaran para siempre a través del glaciar de cristales, con los rostros perdidos en la confusión de luz que los rodeaba.

Algo se movió a lo lejos, en la selva, y se oyeron unas voces. Sanders se apresuró, apretando contra el pecho el pesado crucifijo. A unos cincuenta metros de distancia, en un claro entre dos bosquecillos, un grupo de personas vestidas como arlequines bailaban y gritaban sin dejar de avanzar por la selva. Las alcanzó y se detuvo en el límite del claro tratando de contar las decenas de hombres y mujeres de piel oscura de todas las edades, algunos de ellos niños, que participaban de aquella animada zarabanda. Avanzaban en una procesión caótica, y de vez en cuando un pequeño grupo se apartaba y bailaba alrededor de un árbol o de un arbusto. Eran más de un centenar, y se movían por la selva sin dirección aparente. Tenían los brazos y los rostros transformados por el crecimiento cristalino, y sus bastas túnicas y taparrabos empezaban a escarcharse y a cubrirse de gemas.

Cuando Sanders descansaba del peso de la cruz, un pequeño grupo se le acercó brincando, y luego bailó a su alrededor como si acabaran de ser admitidos en el paraíso y le dieran una serenata al arcángel guardián. Por delante de él pasó un anciano con el rostro deformado e iluminado, observando cómo brotaba una luz enjoyada de las articulaciones atrofiadas de sus manos y sus dedos. Recordó a los leprosos sentados debajo de los árboles cerca del hospital de la misión. Unos días atrás, toda la tribu había entrado en la selva. Entonces se alejaron bailando sobre sus piernas lisiadas, llevando a

niños de la mano, con grotescos arcoíris deslumbrantes en los rostros.

El médico siguió a los leprosos, arrastrando la cruz con ambas manos. A través de los árboles podía ver la cola de la procesión, pero los leprosos empezaron a desaparecer tan rápidamente como habían aparecido, como deseosos de familiarizarse con todos los árboles de su nuevo paraíso. Sin embargo, sin motivo aparente, todo el grupo se volvió a la vez como si desearan mirar a Sanders y a su cruz por última vez. Mientras pasaban por delante, vio a la cabeza del grupo a una mujer alta, vestida de negro, que llamaba a los demás con voz nítida. El rostro y los brazos pálidos de aquella joven brillaban ya con la luz cristalina de la selva. Ella se volvió, y Sanders le gritó por encima del movimiento de cabezas.

—¡Suzanne, aquí! ¡Suzanne!

Pero la mujer y el resto del grupo habían vuelto a dispersarse entre los árboles. Cojeando, encontró en el suelo los últimos restos, zapatos de trapo y canastas rotas, cuencos de mendigo y unos pocos granos de arroz ya casi fundidos con el suelo vitrificado.

Luego Sanders tropezó con el cuerpo medio cristalizado de un niño pequeño que se había quedado atrás sin poder alcanzar a los demás. Se había tumbado a descansar y se fundió con el suelo. El doctor escuchó las voces que se desvanecían detrás de los árboles, entre ellas, en algún lugar, debían de estar las de los padres del niño. Después bajó la cruz sobre el pequeño y esperó a que se derritiesen los cristales de los brazos y las piernas. Libres de nuevo, las manos deformes del crío se alzaron en el aire y, sobresaltado, gateó hasta levantarse, y echó a correr entre los árboles; una luz se derramaba de su cabeza y hombros, disolviéndose a su alrededor.

Sanders todavía seguía la procesión, que se perdía en la distancia, cuando llegó a la casa de verano donde antes se habían refugiado Thorensen y Serena Ventress. Anochecía, y las gemas de la cruz brillaban débilmente a la luz menguante. La cruz ya había perdido

gran parte de su poder, y la mayoría de los diamantes y rubíes más pequeños se habían desvanecido y eran ahora piedras romas de carbón y corindón. Solo las esmeraldas grandes ardieron con fuerza contra el casco blanco del yate de Thorensen, atrapado en la grieta frente a la casa de verano.

El médico recorrió la orilla, y pasó por delante de los restos congelados del mulato metido en la piel del cocodrilo. Los dos se habían fusionado: el hombre mitad blanco y mitad negro se había unido al oscuro animal enjoyado. Sus propios perfiles todavía eran visibles, cada uno floreciendo a través de los tejidos del otro. La cara del mulato brillaba a través de las mandíbulas abiertas y los ojos del enorme cocodrilo.

La puerta de la casa de verano estaba abierta. Sanders subió las escaleras y entró en el dormitorio. Miró la cama, en cuyas profundidades escarchadas, como nadadores en el fondo de una piscina encantada, yacían juntos Serena y el propietario de la mina. Los ojos de Thorensen estaban cerrados, delicados pétalos carmesíes florecían de un agujero en su pecho como una exquisita planta marina. Junto a él, Serena dormía tranquila; el invisible latir de su corazón le envolvía el cuerpo en un leve resplandor ambarino, un pálido resto de vida. Aunque Thorensen había muerto tratando de salvarla, ella continuaba viviendo su propia semimuerte.

Algo brilló en la oscuridad detrás del doctor. Él se volvió para ver una brillante quimera, un hombre de brazos y pecho incandescentes que pasó corriendo entre los árboles, esparciendo en el aire una cascada de partículas. Se estremeció, dio un paso atrás, protegiéndose detrás de la cruz, pero el hombre había desaparecido entre las bóvedas de cristal como un torbellino. Cuando se desvaneció la estela luminosa, Sanders oyó resonar su voz en el aire helado, las palabras quejumbrosas tan enjoyadas y adornadas como todo en aquel mundo transfigurado.

—¡SERENA! ¡SERENA!

# 14

# El sol prismático

Dos meses más tarde, mientras acababa la carta al doctor Paul Derain, director de la leprosería de Fort Isabelle, en la tranquilidad de la habitación del hotel en Port Matarre, Sanders escribió:

[...] aquí en este hotel vacío, Paul, cuesta creer que los extraños acontecimientos de esa selva fantasmagórica hayan ocurrido nunca. Sin embargo, de hecho, estoy a poco más de sesenta kilómetros a vuelo de pájaro (¿o debería decir a vuelo de grifo?) de la esfera de actividad, dieciséis kilómetros al sur de Mont Royal, y si necesitara algún recuerdo de lo sucedido, aquí está la herida de mi brazo, apenas curada. Según el camarero de abajo (me alegro de poder decir que él, al menos, sigue todavía en su puesto; casi todos los demás se han ido) la selva avanza ahora a una velocidad de unos cuatrocientos metros al día. Uno de los periodistas que han venido le ha dicho a Louise que, a este ritmo, por lo menos un tercio de la tierra estará afectada a finales de la próxima década, y una veintena de capitales del mundo se habrán petrificado bajo la capa de cristal prismático, como ya le ha ocurrido a Miami; seguro que has leído las noticias que describen esa zona abandonada como una ciudad con las agujas de mil catedrales, la materialización física de la visión de san Juan Evangelista.

Pero, a decir verdad, esa perspectiva no me preocupa demasiado. Como he dicho, Paul, ahora me parece obvio que sus orígenes no son solo físicos. Cuando salí de la selva, todavía sosteniendo entre los brazos la cruz de oro, a ocho kilómetros de Mont Royal, dos días después de haber visto al fantasma impotente que una vez fuera Ventress, y tropecé con un cordón del ejército, yo estaba

decidido a no volver a la selva jamás. Por una de esas absurdas inversiones de la lógica, lejos de ser aclamado como un héroe, me vi sometido a un juicio sumario ante un tribunal militar, acusado de saqueo. Al parecer creían que había robado las piedras preciosas de la cruz de oro (la generosa donación de las empresas mineras) y en vano protesté diciendo que aquellas gemas desvanecidas habían sido el precio de mi supervivencia. Solo me salvó la intervención de Max Clair y Louise Peret. Sugirieron al tribunal que enviaran a una patrulla de soldados equipados con cruces enjoyadas a la selva, en busca de Suzanne y Ventress, pero se vieron obligados a retroceder.

Fueran cuales fueran mis sentimientos en aquel momento, ahora sé que algún día volveré a la selva de Mont Royal. Cada noche, el disco fracturado del satélite Echo pasa por encima, iluminando el cielo nocturno como un candelabro de plata. Y estoy convencido, Paul, de que el mismo sol ha empezado a florecer. Al atardecer, cuando el disco está velado por ese polvo carmesí, parece atravesado por un entramado característico, una red inmensa que un día se extenderá hasta los planetas y las estrellas y detendrá su trayectoria.

Como lo demuestra el ejemplo de aquel valiente sacerdote apóstata que me dio la cruz para iluminarme, una inmensa recompensa nos espera en la selva congelada. Allí la transfiguración de todas las formas vivas e inanimadas ocurre ante nuestros ojos, y el don de la inmortalidad es una consecuencia directa de la entrega de cada uno de nosotros a nuestras propias identidades físicas y temporales. Por muy apóstatas que seamos en este mundo, nos convertimos forzosamente en apóstoles del sol prismático.

Así que cuando me recupere por completo volveré a Mont Royal con alguna de las expediciones científicas que pasan por esta zona. No me resultará demasiado difícil salir de aquí, y entonces regresaré a la solitaria iglesia de ese mundo encantado, donde de día pájaros fantásticos volaban a través de la jungla petrificada y cocodrilos enjoyados resplandecían como salamandras heráldicas a orillas del río cristalino, y donde de noche el hombre iluminado corría entre los árboles, con sus brazos como las ruedas de un carro dorado, su cabeza como una corona fantasmal...

Louise Peret entró en la habitación y Sanders dejó su pluma a un lado, dobló la hoja de papel y la metió en el viejo sobre de una carta

de Derain en la que pedía noticias sobre sus planes.

Louise se acercó a la mesa junto a la ventana y apoyó la mano en el hombro de Sanders. Llevaba un limpio vestido blanco que acentuaba la monotonía del resto de Port Matarre. Allí, a pesar de la transformación de la selva a solo unos pocos kilómetros de distancia, en la embocadura del río la vegetación conservaba todavía su apariencia, aunque las motas de luz que titilaban dentro del follaje anunciaban que la cristalización estaba al llegar.

—¿Sigues escribiéndole a Derain? —preguntó Louise—. Es una larga carta.

—Tengo mucho que contarle. —Sanders se inclinó hacia atrás y le acarició la mano a Louise mientras miraba hacia el porche desierto. Había unas cuantas lanchas militares de desembarco amarradas al embarcadero de la policía, y más allá el río oscuro se adentraba en la selva. La base militar principal estaba ahora en una de las grandes plantaciones del Gobierno, quince kilómetros río arriba. Habían construido una pista de aterrizaje, y llevaban directamente hasta allí en avión, sin pasar por Port Matarre, a centenares de científicos y técnicos, por no hablar de los periodistas, que aún intentaban comprender el comportamiento de la selva.

Una vez más, el pueblo junto al río estaba medio desierto. El mercado nativo había cerrado. La sobreabundante economía de la selva había acabado con los puestos y los adornos cristalizados. Sin embargo, de vez en cuando, durante sus paseos por Port Matarre, Sanders veía algún mendigo solitario merodeando cerca de la prefectura de policía o del cuartel, ocultando en una cesta bajo alguna vieja manta las grotescas ofrendas de la selva, un loro o un pez cristalizado, y, una vez, la cabeza y el tórax de un bebé.

—Entonces, ¿te has resignado? —preguntó Louise—. Creo que deberías reconsiderar lo que hemos hablado.

—Querida mía, uno no puede reconsiderar las cosas infinitas veces. En algún momento hay que tomar una decisión. —Sanders sacó la carta del bolsillo y la dejó sobre el escritorio. Para no herir a Louise, que se había quedado con él en el hotel desde su rescate, le

dijo—: En realidad, todavía no he tomado una decisión, escribo esta carta para reflexionar sobre todo el asunto.

Louise lo miró y asintió. Sanders se dio cuenta de que la muchacha volvía a usar las gafas de sol, revelando inconscientemente su decisión personal sobre él y su futuro, y su inevitable separación. Sin embargo, aquellas pequeñas traiciones no eran más que el precio de poder tolerarse el uno al otro.

—¿La policía sabe algo de Anderson? —preguntó. Durante su primer mes en Port Matarre, Louise había pasado todas las mañanas por la prefectura de policía con la esperanza de obtener alguna noticia sobre su colega perdido, en parte, pensaba Sanders, para justificar su prolongada estancia en el hotel. Que ahora pudiera prescindir de aquella pequeña excusa en su conciencia significaba que había hecho otros planes—. Puede que sepan algo... nunca se sabe. ¿Has vuelto allí?

—No. Ahora casi nadie entra en la zona. —Louise se encogió de hombros—. Supongo que vale la pena intentarlo.

—Por supuesto. —Sanders se levantó, apoyándose en el brazo herido, y luego se puso la chaqueta.

—¿Cómo está? —preguntó Louise—. Tu brazo. Ahora tiene mejor aspecto.

El doctor se dio unas palmaditas en el codo.

—Creo que ya se me ha curado. Louise, me has cuidado muy bien. Ya lo sabes.

Louise lo miró desde detrás de sus gafas de sol. Una breve sonrisa, no desprovista de afecto, se dibujó en sus labios.

—¿Y qué más podía hacer? —Se rio, y luego se dirigió a la puerta—. Tengo que ir a mi habitación a cambiarme. Disfruta de tu paseo.

Él la acompañó hasta la puerta y le apretó el brazo durante un instante. Cuando ella se hubo marchado, se quedó junto a la puerta, escuchando los pocos sonidos de aquel hotel casi vacío.

De nuevo frente a la mesa, releyó su carta a Paul Derain. Pensando al mismo tiempo en Louise, se dio cuenta de que no podía

culparla por haber decidido abandonarlo. La había forzado a actuar de esa manera, no tanto por su comportamiento en Port Matarre, sino simplemente por no estar allí del todo, porque su verdadera identidad aún vagaba por la selva de Mont Royal. Durante su viaje río abajo en la lancha ambulancia con Louise y Max Clair, y su posterior convalecencia en Port Matarre, se había sentido como la proyección vacía de un yo que todavía deambulaba por la selva con la cruz enjoyada en los brazos, reanimando a los niños perdidos que se encontraba, como un dios en el día de la creación. Louise no sabía nada de eso, y creía que Sanders estaba buscando a Suzanne.

Llamaron a la puerta y Max Clair entró en la habitación. Lo saludó con un gesto y dejó su maletín médico en una silla. Desde su llegada a Port Matarre había estado ayudando en la clínica dirigida por los padres jesuitas. En varias ocasiones, los jesuitas habían intentado ver a Sanders con el propósito, suponía, de interrogarlo acerca de la autoinmolación del padre Balthus en el interior de la selva. Era obvio que sospechaban que la verdadera preocupación del sacerdote no había sido su parroquia.

—Buenos días, Edward. Espero no perturbar tu meditación del día.

—Ya he terminado. —Cuando Max miró hacia la puerta entornada del baño, Sanders dijo—: Louise está arriba. Y ahora ¿qué noticias hay para hoy?

—No tengo idea. No he tenido tiempo de ir a la prefectura de policía. Estamos muy ocupados en la clínica. Nos llegan pacientes desde todas las partes posibles, de cada rincón.

—¿Qué esperabas? Ahora tienen aquí a un médico. —Sanders sacudió la cabeza—. Pon un médico en un lugar como Port Matarre e inmediatamente crearás un importante problema de salud.

—Bueno... —Max lo miró spor encima de las gafas, sin saber si hablaba en serio o en broma—. Eso no lo sé. Lo cierto, Edward, es que estamos muy ocupados. En realidad, hemos pensado, sobre todo los sacerdotes, que podrías venir y echarnos una mano ahora

que tu brazo está mejor. Solo un par de mañanas a la semana, para empezar. Los sacerdotes te lo agradecerían mucho.

—Tal vez. —Sanders miró hacia la selva distante—. Me gustaría ayudarte, Max, por supuesto. Pero ahora mismo yo también estoy muy ocupado.

—No, no lo estás. Estás sentado aquí todo el día. Mira, casi todo es pura rutina que no te impedirá pensar en cosas más importantes, unos pocos casos de maternidad, pelagra... —Y añadió en voz baja —: Ayer llegaron dos pacientes con lepra. He pensado que podrían interesarte.

Sanders se volvió y observó el rostro de Max, con sus brillantes ojos miopes debajo de la frente prominente. Era difícil detectar si había ironía en aquellas palabras. Desde hacía algún tiempo, sospechaba que Max sabía que Suzanne había huido al bosque después de haber estado con él, y que su propia búsqueda inútil en los asentamientos de las colinas había sido una manera deliberada de asegurarse de que nadie la detendría. Desde que estaban en Port Matarre, Max raramente nombraba a Suzanne, aunque a estas alturas su esposa ya estaría congelada como un icono en el interior de la jungla de cristal. Pero la última mención de Max sobre los leprosos, a menos que se tratara de una manera de provocarlo para que volviera a la selva, sugería que, de hecho, Max no tenía idea de lo importante que era la selva para Suzanne y para Sanders, que la única solución final para el desequilibrio mental de ambos, su inclinación hacia el lado oscuro del equinoccio, estaba dentro de aquel mundo de cristal.

—¿Dos casos de lepra? No me interesan lo más mínimo. —Antes de que Max pudiera hablar, añadió—: Francamente, Max, no estoy seguro de que todavía esté en condiciones de ayudarte.

—¿Qué? Por supuesto que sí.

—En absoluto. Me parece a mí, Max, que la profesión médica ha sido superada. No creo que la simple distinción entre la vida y la muerte tenga mucho sentido ahora. En vez de tratar de curar a esos

enfermos, deberías meterlos en una lancha y enviarlos río arriba, a Mont Royal.

Max se levantó. Hizo un gesto de impotencia y luego dijo alegremente:

—Volveré mañana. Cuídate.

Después de que se hubo marchado, Sanders acabó de escribir la carta, añadiéndole un párrafo final y la despedida. La metió en un sobre, escribió la dirección de Derain y la apoyó contra el tintero. Luego sacó el talonario de cheques y firmó uno. Lo metió en un segundo sobre, en el que escribió el nombre de Louise.

Cuando se puso de pie y se abrochó la chaqueta, vio por la ventana que Louise y Max conversaban en la calle, delante del hotel. Últimamente los había visto muchas veces juntos, en el vestíbulo del hotel o en la puerta del restaurante. Esperó a que acabaran de hablar y entonces bajó al vestíbulo.

En la recepción pagó su propia factura y la de Louise de la semana anterior, y dejó pagadas dos semanas más. Después de intercambiar unas cuantas bromas con el dueño portugués, Sanders salió a dar su habitual paseo de antes del almuerzo.

Por lo general, el paseo lo llevaba hasta el río. Caminó por las galerías desiertas, fijándose, como todas las mañanas, en los extraños contrastes entre luces y sombras, a pesar de la aparente ausencia de luz solar directa en Port Matarre. En la esquina, frente a la prefectura de policía, flexionó su brazo lesionado por última vez contra una de las columnas. En algún lugar de las calles cristalinas de Mont Royal seguían los fragmentos perdidos de sí mismo, viviendo en su propio prisma.

Pensando en el capitán Radek y en Suzanne Clair, Sanders caminó por los embarcaderos vacíos. Casi todas las embarcaciones nativas habían desaparecido, y los asentamientos en la otra orilla del río estaban abandonados.

Sin embargo, como siempre, una embarcación continuaba patrullando la costa desierta. A trescientos metros, vio la lancha motora roja y amarilla en la que él y Louise habían viajado a Mont

Royal. La alta figura de Aragon sobresalía de ella; había dejado la barca a merced de la deriva de la marea. Todas las mañanas, Aragon se acercaba a ver pasar a Sanders, pero los dos hombres nunca se hablaban.

Sanders caminó hacia él, buscándose la billetera en la chaqueta. Al llegar a la altura de Aragon, este saludó con la mano, arrancó el motor y se alejó. Sorprendido, siguió caminando, y entonces vio que Aragon ponía rumbo río abajo, hasta el lugar de la orilla donde habían depositado el cuerpo cristalizado de Matthieu dos meses antes.

Sanders alcanzó la lancha y luego se acercó a ella por la orilla. Los dos hombres se miraron durante un instante.

—Buena barca, capitán —dijo Sanders por fin, repitiendo la primera frase que le había dicho a Aragon al llegar a Port Matarre.

Media hora más tarde, a medida que se alejaban río arriba, Sanders se recostó en el asiento al pasar por el muelle principal. Atrás, en las aguas agitadas, la estela derramaba un abanico de arcoíris. En una calle, debajo de las arcadas de una de las galerías, un anciano negro estaba de pie entre el polvo con un escudo blanco en la mano, esperando el paso de la lancha. Louise Peret y Max Clair estaban juntos en el embarcadero de la policía. Con los ojos ocultos detrás de sus gafas de sol, Louise observó a Sanders. No lo saludó. Un instante después, la lancha aceleró por el río desierto.

*El mundo de cristal*

*The Crystal World* © 1996, J. G. Ballard
Todos los derechos reservados

Traducción: © Manu Manzano, 2026
Diseño de cubierta: Opalworks
Revisión: Balloon Comunicación

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026
ISBN: 978-84-450-2104-0 (epub)
Conversión a libro electrónico: Acatia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91702 19 70 / 93 272 04 45).

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros